Una renovada

GUERRA FRÍA

UCRANIA DONBASS

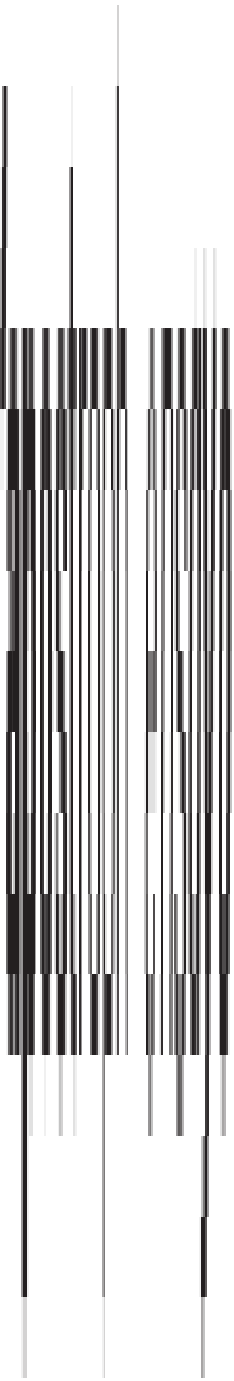
Las guerras nunca estallan por un solo motivo

Ignacio Hutin

'apostroph

Ignacio Hutin

Ucrania / Donbass



© de la obra: Ignacio Ezequiel Hutin
© de la edición: Apostroph, edicions i propostes culturals, SLU
© de la cubierta: Apostroph
© de la fotografía de cubierta: Viktor Kovalenko. Licencia Creative Commons cc-by-sa-2.0. Disponible en: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:**Дорога_на_Дебальцеве**_(16170898900).jpg
© de las fotografías del interior: Ignacio Ezequiel Hutin

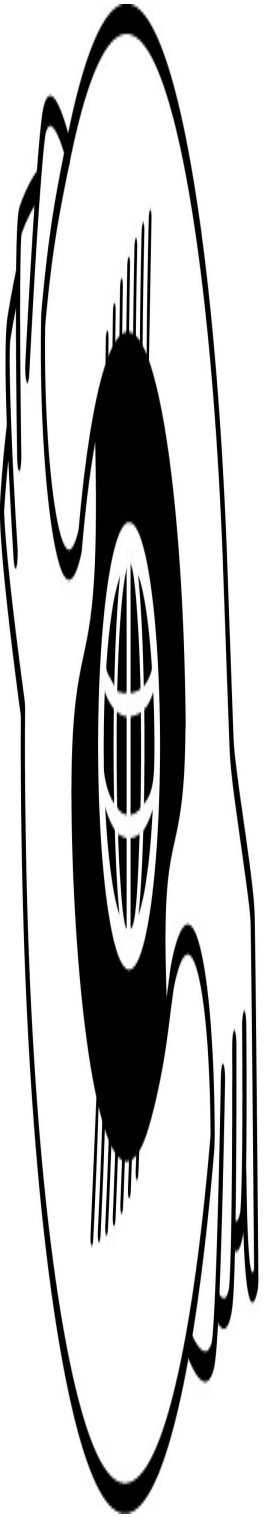
ISBN: 978-84-124504-3-9

Edición: Apostroph
Corrección: Dièresi
Diseño de cubierta: Apostroph
Diseño de tripa: Mariana Eguaras
Maquetación: Apostroph

Primera edición en papel: abril 2022
Primera edición digital: abril 2022

Apostroph, edicions i propostes culturals, SLU
www.apostroph.cat
apostroph@apostroph.cat

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



VERKAMI

CREATIVE CROWDFUNDING

Este libro ha sido posible gracias a un proyecto de micromecenazgo en Verkami.
Agradecemos el apoyo de todos los participantes en la campaña.
La lista de mecenas está disponible en:

https://apostroph.es/es/product/ucraniadonbass/

El proyecto original en Verkami está disponible en:
https://www.verkami.com/projects/32468-libro-ucraniadonbass-una-renovada-guerra-fria/

Presentación del editor

No puedo adelantarle las acciones de Rusia. Es un acertijo, envuelto en un misterio, dentro de un enigma, pero quizá haya una clave. La clave es el interés nacional de Rusia.

Winston Churchill
Entrevista en BBC Radio, 1 de octubre de 1939

Casi nadie fuera de Rusia esperaba el ataque y la posterior invasión de Ucrania el 24 de febrero de 2022, y dentro del país muy pocos debían saberlo. Al parecer, muchos de los soldados rusos ignoraban el carácter y alcance de lo que no tardó en convertirse en una sangrienta guerra pese al eufemismo utilizado por el Kremlin: operación militar especial.

La realidad no entiende de eufemismos y eso es lo que Ignacio Hutin deja patente en este libro. El autor de las páginas que siguen a esta breve presentación estuvo en Ucrania, en el Donbass, en los *oblast* de Donetsk y Lugansk, en las zonas ocupadas por los separatistas desde 2014 y 2015, pero también en las controladas por el gobierno de Kiev. Pudo ver por sí mismo los efectos devastadores de lo que para unos era una rebelión, para otros era una guerra civil y para otros más una guerra de independencia para unirse a Rusia. Entrevistó a civiles atrapados en el conflicto, a soldados locales y a voluntarios extranjeros, conoció a ultraderechistas de ambos bandos y a nostálgicos del comunismo soviético del lado separatista. Mantuvo el contacto con muchas de esas personas y fruto de esas relaciones ha podido escribir los últimos capítulos, con la invasión rusa ya iniciada.

Ignacio Hutin nos muestra un abigarrado caleidoscopio de personajes que blanden motivos, razones, antecedentes históricos, desconfianzas y malentendidos, un lienzo que a veces nos parecerá enloquecido y en el que todo el mundo afirma llevar razón. Pero las razones y la razón no son lo mismo, como tampoco podemos confundir la verdad con la realidad. Parecidas, sí, pero no exactamente iguales, menos todavía cuando la verdad pasa, siempre, por el falible filtro humano.

En una guerra de agresión sin provocación previa es imposible ponerse del lado del agresor, y nosotros no lo hacemos. Incluyo al equipo de la editorial, hablo en primera persona del plural, porque nuestro objetivo con la publicación de este libro es arrojar luz sobre una guerra muy compleja. La invasión rusa debe ser condenada, pero también debe ser comprendida por difícil que nos parezca.

Quiero terminar esta presentación con unas palabras de Charles E. Bohlen, embajador de los Estados Unidos en la URSS entre 1953 y 1957, justo en el período posterior a la muerte de Stalin:

> *Hay dos casos en los que se puede decir definitivamente que alguien es un mentiroso. Si un hombre dice que puede beber champán toda la noche sin emborracharse y si dice que entiende a los rusos.*

Puede que no comprendamos a los rusos ni a su invasión de Ucrania, pero sería imperdonable no haberlo intentado.

Bernat Ruiz Domènech
Editor, 11 de abril de 2022

Prólogo

Podría decirse que fue un accidente o quizás una casualidad, quién sabe. Definitivamente no fue algo planeado y mi improvisación resultó demasiado evidente. “He visto muchos improvisados por aquí, pero tú… es como si hubieras caído a jugar. Esto es una guerra”, me dijo el vasco Jon cuando nos conocimos. Yo no sabía siquiera quiénes luchaban ni por qué, apenas llevaba conmigo algunos números de teléfono y las ganas irrefrenables de tener una buena historia para contar. Esa noche cenamos junto a otros soldados extranjeros en un bar cualquiera de Donetsk, ciudad que llevaba entonces más de tres años bajo el control de la autoproclamada República Popular de Donetsk, al este de Ucrania. Hoy son más de siete. Para los sucesivos gobiernos en Kiev se trata de una invasión de Rusia a una región en la que se habla ruso y cuyos habitantes con frecuencia se identifican como étnicamente rusos. Pero la realidad es más compleja.

El Donbass es una región histórica comprendida por las dos provincias más orientales de Ucrania, Donetsk y Lugansk, y caracterizada por su alto nivel de industrialización y urbanización, además de su cercanía, tanto geográfica como cultural y política, con la Federación Rusa. En el otro extremo del país, el occidente es predominantemente agrícola y proclive al nacionalismo. Estos dos mundos supieron convivir en paz durante casi un cuarto de siglo de independencia, pero en 2014 estalló la guerra. Soldados locales, rusos y de otros países forman ahora un ejército regular y asalariado en el que confluyen comunistas y nostálgicos del zarismo, izquierdas y derechas unidas por el enemigo común. Al otro lado de la línea de contacto hay fuerzas ucranianas que responden al gobierno central, pero también agrupaciones paramilitares de extrema derecha en las que resuena el neonazismo. De alguna forma el Donbass se convierte así en una suerte de pequeña Segunda Guerra Mundial en la que hay nazis y comunistas, pero también en una renovada Guerra Fría a escala que enfrenta a un sector apoyado por Moscú y a otro apoyado por occidente, por la OTAN. En el medio, alrededor de trece mil muertos y casi un millón y medio de desplazados internos.

Para Ucrania la guerra marcó un punto de quiebre, no solo por perder el control sobre un territorio que le representaba casi un 25% del PIB. Optó por alejarse de Rusia, hasta entonces su principal socio comercial, y se acercó a la Unión Europea y a Estados Unidos. Paralelamente, Kiev desarrolló un proceso de relectura histórica que tenía por fin deslegitimar todo pasado vinculado a la Unión Soviética y, en cambio, reivindicar a figuras del nacionalismo local, incluso a colaboracionistas del nazismo, incluso a quienes asesinaron a decenas de miles de civiles tan solo por no ser ucranianos, blancos y cristianos. Esa lógica derivó en una simplificación de lo ocurrido en Donbass a partir de 2014: el enemigo era una simple amalgama entre invasores y terroristas, no más que eso.

Ningún conflicto bélico enfrenta a un bando compuesto 100% por víctimas y a otro compuesto en un 100% por victimarios. Las épicas batallas entre buenos y malos pueden estar muy bien para películas de superhéroes, pero el mundo real requiere un mayor análisis. Podría decirse que fue un accidente o una casualidad que yo estuviera allí como periodista,

en una región en guerra, con las banderas de dos repúblicas autoproclamadas como telón de fondo. Aunque también es cierto que me empujaba la necesidad de hacer ese análisis y entender la complejidad de la guerra y del día a día en dos pseudo países, autoproclamados y sin reconocimiento. Para eso entrevisté a soldados y a civiles a ambos lados de la línea de contacto, a *nazis* y a *terroristas*, a jóvenes y a ancianos, a referentes de ONGs locales e internacionales, conviví con refugiados en búnkers, visité trincheras en el frente de batalla y bases militares. Durante meses recorrí el territorio para conocer historias, especialmente de combatientes extranjeros, incluyendo a algunos latinoamericanos y a españoles. ¿Qué hacían allí? ¿Qué les impulsaba a luchar en una guerra ajena frente a un Estado europeo? Me resultaron tan fascinantes sus historias e ideas como sus contradicciones.

Lo que algunos separatistas pretendían presentar como una lucha contra el fascismo violento era también un gran negocio: el hacerse con la infraestructura productiva y con los recursos naturales del Donbass, tierra rica en carbón. Decenas de comandantes separatistas fueron asesinados o expulsados a partir de disputas de poder y dinero, y algunos perdieron la vida en circunstancias lo suficientemente extrañas como para que jamás se encontrase a los culpables. Alexey Markov fue uno de ellos: el líder de la brigada Prizrak, de Lugansk, murió en octubre de 2020 en un supuesto accidente de tránsito. Él es uno de los protagonistas de este libro.

Al momento de escribir estas líneas, la guerra en Donbass parece haber sido olvidada. La violencia y la destrucción que tan bien cotizan en la prensa internacional han menguado notablemente desde 2015. El conflicto se ha estancado. Pero no hay paz, sino meras burbujas de estabilidad precaria ubicadas bien lejos de los breves aunque frecuentes enfrentamientos. Así se desarrolla hoy una guerra en el medio de Europa, con potencias como Rusia y los miembros de la OTAN cara a cara pero no tanto: de manera lenta, escueta e imperceptible para buena parte del mundo. Una guerra invisible, congelada. Una guerra a destiempo, accidentada, a la que yo también llegué accidentalmente.

I. Para honrar su memoria

Isaac es un muchacho de barba y bigote, con ojos caídos y mirada seria. Lleva un gorro militar y un ramo de claveles rojos en las manos. Es chileno, o al menos lo era hasta fines de 2017, cuando se convirtió en el primer latinoamericano en obtener el pasaporte de la República Popular de Donetsk. Entonces el sitio de Internet *News Front* grabó una entrevista frente al monumento a los Libertadores de Donbass. En esa ocasión, Isaac llevaba una *ushanka*, el sombrero típico ruso, con una estrella soviética acompañada por la hoz y el martillo en el frente, estaba frente al monumento, hablaba de Chile como su "ex país" y cerraba con una sola palabra: "venceremos".

Ahora está parado junto a la entrada del cementerio Mar de Donetsk y mira con seriedad al frente, a la nada, como si esperara el instante preciso para dar el primer paso. Ayer se cumplió el primer aniversario de la muerte del comandante Arsen Pavlov, *Motorola*, e Isaac ha traído claveles rojos para colocar en su tumba. Lo acompaña Dima, asturiano, que ha vuelto hace algunas semanas del frente de batalla y pronto partirá de regreso a España.

Al fin avanzan los dos, caminan despacio, en silencio. La entrada al cementerio no tiene vigilancia y, más allá del portón, hay tan solo un campo abierto con lápidas. Un camino central asfaltado divide la zona en dos, con tumbas a la izquierda y una pequeña área vacía hacia la derecha limitada por un bosque frondoso. Justamente allí, en esa zona, se encuentra el memorial: tres espacios de unos 25 m^2, claramente delimitados por muros bajos, rodeados de canteros con diminutos árboles recién plantados, hay bancos y una mesa redonda del mismo color y material que las lápidas. Junto a estos espacios hay tres mástiles: en el central, la bandera de la República Popular de Donetsk, con bandas horizontales negra, azul y roja; en el derecho, la del batallón Somalí, con los mismos colores de la primera; y a la izquierda, la insignia del batallón Sparta, que exhibe un lobo y una letra M supuestamente inspirada en la simbología de la Orden Espartana, un grupo operativo —*task force*— en la novela rusa (2005) y videojuego (2010) *Metro 2033*. La letra y el animal aparecen sobre los colores negro, amarillo y blanco de la vieja bandera imperial rusa.

Junto al primer espacio, el más cercano a la entrada, hay una buena cantidad de arena que evidentemente no ha sido limpiada en medio del apuro por inaugurar el memorial. Hay un coche detenido. Cuando Isaac y Dima se acercan, bajan del vehículo dos mujeres y una niña: la mayor debe tener unos cincuenta años; otra mucho más joven, de treinta, o menos, viste completamente de negro, lleva una falda corta, botas de tacones finísimos hasta las rodillas y gafas oscuras grandes. Camina con tal seguridad que parece dirigirse a una discoteca. La niña, muy abrigada, sigue a las otras dos algunos pasos por detrás sin pronunciar palabra. Isaac observa cómo las tres mujeres avanzan hacia el tercer espacio, allí donde se encuentra lo tumba de *Motorola*. La joven con atuendo de discoteca rusa se para frente a la lápida. Lleva algunas flores en la mano; tras algunos segundos las apoya en el suelo y se deja caer de rodillas. Se quita las gafas y luego quiebra el silencio del cementerio con un llanto agudo, sorprendente, como de criatura herida. Pero pronto las expresiones de

dolor se terminan, de forma tan imprevista como comenzaron.

Las mujeres pasan velozmente al espacio del medio, donde hay tres lápidas negras en lugar de solo una, las tres exactamente iguales: con los rostros de los combatientes grabados sobre la superficie vertical lisa, una cruz blanca, una pequeña y oscura vasija para depositar flores. Decenas de claveles rojos reposan encima de los sepulcros. Allí descansan tres miembros del batallón Somalí: Antón Sidorov, alias *Cónsul*; Víktor Gulakov, alias *Makey*; y Andrey Novikov, alias *Gnomo*.

La mujer más joven encabeza la peregrinación hacia el último de los espacios que resta visitar, donde se encuentra la tumba de Mijail Tolstij, alias *Guivi*. Hace un breve gesto, agacha la cabeza, se persigna, permanece algunos minutos en silencio sentada en el banco oscuro junto a su madre y a su hija. Allí comen algo mientras la niña deambula distraídamente. Entonces llegan otras tres personas: una pareja mayor acompañada de un joven de unos treinta años. Todos ellos llevan claveles en las manos. Rápidamente, los dejan sobre las cinco tumbas, las observan por escasos segundos y se retiran sin hacer o decir más. Las dos mujeres se levantan del banco oscuro, convocan a la niña que sigue deambulando y se suben al vehículo. Se marchan sin ver a Isaac ni a Dima, que continúan parados observando las tumbas en silencio, mientras entran y salen coches del cementerio. El incesante peregrinaje de vecinos de Donetsk.

El viento frío de la tarde hace flamear las tres banderas y provoca un ruido irregular y metálico cuando golpean contra los mástiles. El chileno y el asturiano ahora sí se dirigen a la tumba de *Guivi*, la más cercana a la entrada. Es mucho más grande que las de sus tres soldados y sobre la lápida está esculpido el rostro y torso del comandante, uniformado y con la insignia del batallón Somalí. Tiene una mirada firme y una leve y desafiante sonrisa. Por detrás aparece un mapa del territorio controlado por la República Popular de Donetsk y algunos puntos marcados donde se han dado batallas relevantes: el barrio Spartak, los pueblos de Pisky y Marinka, un pequeño dibujo de un avión simbolizando el ya inexistente aeropuerto internacional de Donetsk, el distrito de Shajtarsk, Uspenka, Snezhnoye; por debajo de la figura, hacia el sur del mapa, aparecen Novoazovsk y el pequeño pueblo costero de Shirokine, casi completamente destruido durante los enfrentamientos de febrero a julio de 2015. Por encima de todo esto brilla la estrella dorada que recibió Tolstij como “Héroe de la República Popular de Donetsk”, y abajo, en letras también doradas se lee: “GUIVI. Tolstij Mijaíl Serguéievich. 19.07.1980-08.02.2017”. A continuación, en una tipografía más pequeña: “¡Y algún día tu Donbass florecerá!”. La tumba está cubierta por decenas de rosas y claveles adornadas con los colores de la república autoproclamada.

Una vieja tradición rusa que se ha expandido a otros países de la región obliga a llevar flores en números pares a los muertos: una es para el difunto; la otra, para Dios. Por el contrario, las flores en cantidades impares se reservan únicamente para agasajar a personas vivas y no respetar esta costumbre puede ser considerado una falta de respeto grave. El chileno apoya su bolso sobre el banco frente a una lápida y coloca sobre la mesa los claveles rojos. Lenta y parsimoniosamente separa las flores en cinco grupos pares. Luego las une utilizando una cinta con los colores naranja y negro de San Jorge. Parece llevar adelante un rito sagrado, con el cuidado de un sacerdote ancestral, y narra en voz alta cada movimiento, enumerando los pasos sucesivos que constituyen tan delicado proceso.

Se coloca junto a la tumba de *Guivi* con un par de claveles en las manos, la misma actitud seria y solemne de antes. “Compañero”, le dice a Dima, “¿puedes?” Y le da su teléfono

celular para que grabe un video. Habla despacio mirando a la cámara, con aire compungido, bajando la vista intermitentemente como quien pronuncia palabras muy dolorosas:

Estamos aquí, en el cementerio Mar de Donetsk, donde reposan los comandantes Guivi *y* Motorola. *Hace un año se produjo un acto terrorista que acabó con la vida del comandante Arsen Pavlov, alias* Motorola. *Hoy en día, de forma muy humilde, venimos a rendirle homenaje, a dejarle estos claveles para honrar su memoria. A nombre de todos ustedes, le dejo estos claveles primero al comandante del batallón Somalí, Mijaíl Serguéievich Tolstij, más conocido como* Guivi.

Mira hacia la lápida, aprieta los claveles que lleva en su mano y se dirige nuevamente a la cámara. "Para honrar su memoria". Se quita la gorra verde militar, lleva el puño derecho al pecho y baja la cabeza en un acto aparatoso, un tanto forzado.

La tumba de *Motorola* es muy similar a la de *Guivi*: una lápida negra con el rostro y torso del comandante, también uniformado, pero esta vez con casco; la medalla dorada de Héroe de la República Popular de Donetsk en la parte superior, el mismo mapa con las importantes batallas y el nombre en letras doradas: "MOTOROLA. Pavlov Arsen Serguéievich. 02.02.1983-16.10.2016". La lápida es rematada con la frase "Por encima de nosotros hay un cielo común. Así que estoy cerca de donde sea que estés". A diferencia de *Guivi*, *Motorola* estaba casado, y todos en Donetsk conocían a su familia, lo más parecido a una farándula local. Sobre la tumba, en medio de decenas y tal vez cientos de flores, un pequeño dibujo infantil de un sol y un corazón incluye la palabra "papi".

"Cuánto de nosotros se ha ido contigo, cuánto tuyo queda con nosotros", dicen las últimas palabras doradas sobre el mármol negro y junto a una insignia grabada del batallón Sparta. Entre los muchísimos ramos de rosas y claveles, hay uno con pequeñas florecitas amarillas y blancas. Está envuelto en un papel negro, completando así los colores de la bandera imperial rusa y del batallón.

Isaac se detiene junto al monumento, mira nuevamente a la cámara y vuelve a impostar el mismo tono compungido.

Acá estamos en la tumba de nuestro hermano, de nuestro comandante, Arsen Pavlov, más conocido como Motorola. *A un año de su ruin asesinato, nosotros, en forma humilde, con estos claveles, venimos aquí a rendirle un homenaje, a honrar su memoria y por supuesto a continuar con su lucha.*

Echa una ojeada a la tumba antes de continuar:

Debo admitir que tanto la perdida de Guivi *como la de* Motorola *me producen un dolor que no había sentido desde que murió el comandante Hugo Chávez. Para mí, estas muertes fueron lo que más me ha impactado en forma personal. Como internacionalista, como hijo latinoamericano, vengo aquí a rendirle honores al comandante* Motorola.

Una vez más se quita la gorra y repite el mismo gesto solemne que había hecho frente a la tumba de *Guivi*. "Muchas gracias, compañero" le dice a Dima cuando el asturiano le devuelve

el celular.

ГИВИ
ТОЛСТЫХ
Михаил Сергее

Dima se aleja en silencio y permanece un largo rato frente a las tumbas de los comandantes. Sin cámaras, sin discursos, sin claveles. Tan solo con la cabeza baja. Entonces el español, ateo y comunista, se persigna en memoria de *Motorola*, un ruso monárquico. Y murmura en ruso, casi como si estuviera contando un secreto: “spasiva bolshói”.

“Muchas gracias”.

II. La nueva Guerra Fría

Motorola no inició la guerra en Donbass, la región al oriente de Ucrania. Tampoco lo hizo *Guivi* y mucho menos Isaac o Dima. La guerra en Donbass ni siquiera empezó en Donbass sino a más de 700 kilómetros de allí: en Kiev.

La capital de Ucrania, como muchas otras antiguas ciudades soviéticas, aún está aprendiendo a lidiar con el pasado, y lo hace como puede, a los tumbos: transforma, oculta, recicla, olvida los restos de lo que fue alguna vez. Mientras el visitante ocasional es recibido por el enorme monumento a la Madre Patria, con su espada y escudo soviético al borde de un barranco, también son parte de Kiev los cientos de vendedores de recuerdos que ofrecen papel higiénico con hoces y martillos o con la cara del presidente ruso Vladimir Putin. Todos en la ciudad hablan ruso pero también todos parecen odiar a Rusia, tanto que no hay ni un solo vuelo directo entre ambos países desde 2015. Se han partido las profundas relaciones sociales y culturales que existieron siempre.

Para la nueva Ucrania, esa que pretende desprenderse y olvidarse del pasado soviético como si fuera una enfermedad, esa que mira a la Unión Europea y a la OTAN, esa que se despreocupa del avance de la ultraderecha, para esa Ucrania tan parecida a la Hungría de Viktor Orbán o a la Polonia de Ley y Justicia, Rusia y los rusos son un grano molesto en medio de la nariz. Tal vez ese grano sea la raíz de la guerra del Donbass. O tal vez lo sea la imposibilidad de proyectar la unidad en un país dividido por una gigantesca grieta, por una disputa social que abarca cuestiones identitarias, conceptuales, políticas, idiomáticas; el cuestionar qué es Ucrania, quiénes son los ucranianos, qué fue el pasado, qué debe ser el futuro. Las diferencias son hoy demasiado marcadas, tal vez irreconciliables. Alcanza con ver los resultados electorales desde finales del siglo XX y hasta el inicio de la guerra en 2014, tanto en comicios parlamentarios como presidenciales: en el este y el sur del país, provincias más industrializadas y con mayor porcentaje de rusoparlantes, solían votar tradicionalmente a partidos cercanos cultural y políticamente a Rusia; mientras que el oeste y el norte, zonas más agrícolas en las que se habla ucraniano, votaban a partidos que tendían a ser liberales en lo económico, conservadores en lo social, nacionalistas o cercanos al occidente europeo. No era necesariamente una división entre izquierdas y derechas como entre oriente y occidente. Una versión modernizada y en miniatura del mundo bipolar de la Guerra Fría. El embrión del conflicto bélico apareció casi una década antes de que sonaran los primeros disparos. Víktor Yanukovich es una de las figuras más relevantes de la política local de las últimas décadas. Nació en la provincia de Donetsk, la segunda más oriental del país, una zona industrializada y casi exclusivamente rusoparlante. Su Partido de las Regiones (PR) fue fundado en 1997 y estaba signado por el acercamiento a Rusia y a la idea de una Ucrania multinacional donde se reconocieran los derechos de ciudadanos étnicamente rusos y étnicamente ucranianos por igual, más allá de las diferencias culturales o lingüísticas. Tanto es así que promovió el ruso como idioma cooficial en las provincias donde fuera lengua nativa de al menos el 10% de la población.

En las elecciones presidenciales de 2004 Yanukovich era Primer Ministro y se enfrentó a Víktor Yúschenko, que encabezó el Banco Nacional de Ucrania durante casi toda la década de los noventa, Primer Ministro entre 1999 y 2001 y originario de la región de Sumy, al noreste de Kiev, parte de la zona más cercana política y culturalmente a occidente. Yúschenko lideraba por entonces la alianza Nuestra Ucrania, liberal-conservadora y proeuropea, que dos años antes había derrotado por algo más del 3% al Partido Comunista Ucraniano (KPU) en elecciones parlamentarias. Entonces el oriente había votado al comunismo y el occidente a Yúschenko.

Los ucranianos votaron tres veces en 2004: en la primera ronda, Yúschenko derrotó a Yanukovich por algo más de medio punto y ambos quedaron apenas por debajo del 40%. En los comicios del 21 de noviembre, Yanukovich ganó por casi tres puntos: 49% contra cerca del 46%. Y ese fue el quiebre, el punto en el que se plantó la semilla de la guerra. Porque esa noche comenzó la llamada Revolución Naranja. El color partidario de Nuestra Ucrania le dio nombre a esta serie de protestas y huelgas en Kiev y otras ciudades que se extendieron hasta comienzos de 2005.

El principal reclamo era que Yanukovich se había impuesto en forma fraudulenta, pero también se sumaban la pobre situación económica y un hecho conocido como Kuchmagate: en 2000, Leonid Kuchma, presidente entre 1994 y 2005, aparentemente había ordenado el secuestro y asesinato del periodista Georgiy Gongadze. Kuchma fue absuelto recién once años más tarde, pero para 2004 un importante sector de la sociedad lo consideraba un homicida. Y Kuchma apoyaba a su Primer Ministro, Yanukovich.

Las protestas también tenían una importante carga generacional. Los que participaban en forma más activa tenían menos de treinta años y habían vivido más en la Ucrania independiente que en la Unión Soviética. Una nueva generación que empezaba a mirar a Europa, que veía en occidente una alternativa a todas sus dificultades. El desempleo, la corrupción, los salarios bajos o la falta de infraestructura eran problemas que simplemente no existían (ni podían existir) en el Espacio Schengen.

Tanto Estados Unidos como la Unión Europea ignoraron rápidamente los resultados y fueron convocados muchos embajadores ucranianos para elevar protestas formales. Eventualmente, occidente apoyó al Movimiento Naranja y no faltaría quien asegurase que, más que apoyarlo, lo promovieron. Por su parte, el presidente ruso Vladimir Putin y el bielorruso Aleksandr Lukashenko felicitaron a Yanukovich por el triunfo y cuestionaron las protestas y sus reclamos. Si antes de las elecciones Ucrania era una Guerra Fría en miniatura, ahora parecía el reinicio de la Guerra Fría a nivel internacional. Y Ucrania comenzaba a ser el campo de batalla de esa disputa.

En noviembre, el Palacio de Hielo de Severodonetsk, en la provincia de Lugansk, fue sede del Primer Congreso de Diputa-dos Populares y Consejos Locales, encuentro de partidarios de Yanukovich convocado en respuesta a la Revolución Naranja. Allí no solo se reafirmó la legitimidad del triunfo electoral sino que incluso se llegó a plantear la posibilidad de establecer algo llamado República Autónoma del Sudeste de Ucrania en caso de que Yúschenko llegara al poder. No era un proyecto independentista sino de mayor autonomía en el marco de una república federativa. Claramente no fue bien recibido en Kiev. Hasta el presidente Kuchma, que apoyaba a Yanukovich, anunció que el proyecto era inconstitucional. Finalmente, quedó en la nada.

Al mes siguiente, la Corte Suprema Ucraniana declaró que había existido fraude, anuló los

resultados del recuento y convocó a una nueva segunda ronda para el 26 de diciembre. Esta vez Yúschenko obtuvo casi el 52% contra algo más del 44% de Yanukovich, pero este último había obtenido triunfos abrumadores en todas las provincias orientales y sudorientales, especialmente en su Donetsk natal.

Las elecciones parlamentarias de 2006 y 2007 confirmaron la tendencia de un país dividido en dos, la diferencia era que para entonces los partidos que miraban a Europa y a la OTAN se habían fragmentado: por un lado Nuestra Ucrania y por el otro Patria, de Yulia Timoshenko. Durante los años noventa, ella había sido la cabeza de una compañía que importaba gas de Rusia y se convirtió en una de las personas más ricas del país. Al final de la década fundó el partido centroderechista Patria y se estableció como una de las caras más visibles de la Revolución Naranja. Por entonces empezó a mostrarse en público con una trenza que atravesaba la parte superior de su cabeza, un peinado típico de las campesinas ucranianas al oeste del país. Era su forma de asociarse con el nacionalismo en oposición a la etnia rusa de oriente.

Cuando la plaza se vació y volvió la calma a Kiev, Timoshenko se alejó de ese gran frente opositor que derrotó a Yanukovich, aunque fue nombrada Primera Ministra en 2005 y una vez más de 2007 a 2010, durante la presidencia de Yúschenko. Su distanciamiento significó que los votos occidentales se dividieron y el Partido de las Regiones, con fuerte apoyo oriental, ganó ampliamente los comicios legislativos de 2006 y también de 2007. Para estas últimas elecciones, la popularidad de Timoshenko había crecido y ya se consolidaba como la principal referente del sentimiento antirruso y pro europeo, pro OTAN, por eso en 2010 se postuló por primera vez a la presidencia. Pero su nacionalismo y retórica anticorrupción no bastaron para vencer a Yanukovich en las presidenciales ni al Partido de las Regiones en las parlamentarias de 2012. Mientras tanto, la popularidad de Nuestra Ucrania, aquel partido naranja que dio nombre a la revolución del 2004, se diluyó y el frente dejó de existir oficialmente en ese mismo 2012. Con Yanukovich ahora sí en el poder y la oposición dividida y derrotada, la llamada Revolución Naranja parecía muerta. Pero no.

La división del país iba más allá de quién gobernara o cómo. La plaza central de Kiev, Plaza de la Independencia, Maidán Nezalezhnosti o simplemente Maidán, fue el centro neurálgico de las protestas de 2004. Fue el sitio en donde nació y se consolidó la idea de una Ucrania alejada de Rusia y del pasado soviético. La plaza solía llamarse Revolución de Octubre y presentaba un monumento de casi nueve metros a Vladimir Ilich Ulianov, Lenin, hasta que la caída de la Unión Soviética en 1991 significó el cambio de nombre y derribo de la estatua que recién sería reemplazada una década más tarde por la Columna de la Independencia. Ese fue uno de los primeros monumentos al líder bolchevique en ser desmantelados en Ucrania, pero no fue el último. Alejarse del pasado soviético significó desterrar cualquier tipo de símbolo de él, como si no hubiera más alternativa que destruir, como si de nada sirviera lo construido hasta entonces.

Los últimos dos años de gestión de Yúschenko, entre 2010 y 2012, estuvieron marcados por una importante crisis económica y un rescate del Fondo Monetario Internacional (FMI). En medio de estas dificultades, el presidente promovió más que nunca distintos debates sobre el pasado ucraniano y sobre la Unión Soviética. La historia no era una fuente de lecciones sino una mera excusa para no debatir el presente. Una forma de distraer mientras el desempleo y la pobreza ganaban las calles.

III. Héroes de Ucrania

El resurgir nacionalista iniciado tras la Revolución Naranja trajo también el renacer de un símbolo olvidado, ese viejo estandarte partido en horizontal, con una banda superior roja y una inferior negra. Era la bandera del Ejército Insurgente Ucraniano (UPA, por sus siglas en ucraniano), una agrupación paramilitar anticomunista fundada durante la Segunda Guerra Mundial con la idea de luchar por una Ucrania independiente frente a la Unión Soviética, incluso colaborando con el nazismo y participando activamente en la aniquilación masiva de judíos europeos, pero también de polacos y de rusos. El UPA era el brazo armado de una de las facciones de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN), establecida durante los años veinte del siglo pasado y aún activa al día de hoy. En pocas palabras, nada menos que un cúmulo de nacionalismo violento, racista, antisemita, homofóbico y profundamente antisoviético y anticomunista.

El más importante de los numerosos líderes de la OUN hasta la Segunda Guerra Mundial fue Stepan Bandera, portavoz del concepto de "Ucrania para los ucranianos". Así, promovió el asesinato de polacos, aunque también de judíos, especialmente durante el periodo en el que se alió a los invasores nazis. A lo largo de los años treinta, planificó numerosos ataques contra polacos en la región occidental de Galitzia y organizó el asesinato del Ministro del Interior de Polonia, Bronisław Pieracki, en 1934. Fue condenado a muerte y luego su sentencia se redujo a cadena perpetua, pero finalmente fue liberado tras la ocupación nazi de Polonia. Entonces se alió al ejército alemán, hasta que eventualmente se distanció por insistir en la independencia ucraniana, pasó unos años en un campo de concentración y finalmente recaló en Múnich, en donde fue asesinado en 1959 por la KGB.

En 2010, como parte de su proceso de relectura histórica, el por entonces presidente ucraniano Yúschenko otorgó a Bandera el título póstumo de Héroe de Ucrania, hecho que fue duramente criticado por los gobiernos de Polonia y de Rusia, por el Parlamento Europeo y por muchas organizaciones judías. Ya con Yanukovich presidiendo el país se anuló la decisión, no por falta de apoyo popular ni porque pueblo y gobierno se dieran cuenta de que premiaban a un criminal asesino, sino por un tecnicismo: el homenajeado nunca había sido ciudadano ucraniano.

Román Shujévych fue líder militar del UPA, con antecedentes muy similares a los de Bandera, aunque a diferencia de éste, Shujévych no solo se alió a los nazis sino que se incorporó a su ejército. En nombre del nacionalismo, la independencia y la segregación, junto a sus seguidores masacraron a varias decenas de miles de polacos al noroeste de Ucrania.

A medida que en Ucrania se destruían monumentos a héroes soviéticos, se construían cada vez más monumentos a colaboradores del nazismo. Yúschenko no solo declaró Héroe de Ucrania a Stepan Bandera sino que reconoció a los miembros de OUN y UPA como veteranos de guerra, con todos los beneficios y honores que eso significa. Además, construyó el memorial a las víctimas del Holodomor, la hambruna que afectó entre 1932 y 1933 a la por

entonces República Socialista Soviética de Ucrania, un territorio en el que el 80% de la población era campesina. Aunque nunca se pudo determinar con exactitud la cifra de muertos, diversas especulaciones rondan las tres a cuatro millones de personas. Las políticas de reestructuración que promovía Iósif Stalin en ese momento están directamente relacionadas: el gobierno soviético buscaba imponer la colectivización de la producción agrícola, terminar con la actividad independiente e industrializar los procesos. Esto llevó a una gigantesca confiscación de tierras y recursos que terminaría por someter al hambre a un alto porcentaje de la población.

Desde Ucrania ahora se difunde que la hambruna fue impuesta por Stalin para castigar y restringir la resistencia local a Moscú y suprimir los movimientos nacionalistas en la región, pero bien podría haberse tratado de una pésima imposición de políticas productivas, fruto de la inexperiencia e ignorancia de la cúpula soviética.

En 1993, apenas dos años después del colapso de la Unión Sovié-tica, Barry Posen, del Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT), publicó un artículo en el que argumentaba la baja probabilidad de enfrentamientos entre rusos y ucranianos[1]. El autor señalaba por entonces que, más allá de la cantidad de armamento nuclear que ambos poseían y que en la práctica funcionaba como una enorme disuasión, no había antecedentes de rivalidades militares a gran escala, ni conflictos profundos vinculados al nacionalismo, ni persecución ucraniana a residentes rusos. Sin embargo, sí destacaba el Holodomor como un antecedente peligroso si el nacionalismo ucraniano comenzaba a responsabilizar al pueblo ruso y no solo al Partido Comunista Soviético, liderado por Stalin, un georgiano. También mencionaba que los rusos asentados en territorio ucraniano no vivían en pequeñas regiones aisladas sino en zonas grandes, muy próximas entre sí y cercanas a la frontera con Rusia y a la costa del Mar Negro, lo que haría de su expulsión una tarea muy difícil si algún día se levantaban los nacionalismos racistas en Ucrania.

Posen tenía mucha razón: el avance del nacionalismo llevó no solo a que el gobierno culpara abiertamente a Rusia por el Holodomor, sino a que además se planteara la posibilidad concreta de expulsar o subyugar a las poblaciones rusas del este y sudeste ucraniano. Como preveía el autor, ese proceso se probó sumamente dificultoso y derivó en el conflicto bélico más extenso en Europa desde la caída de la Alemania nazi.

[1] R. Posen, Barry. “Nationalism, the Mass Army, and Military Power”. *International Security*. MIT Press, 1993. Pag. 80-124.

IV. El protagonista de la revolución

El segundo prólogo de la guerra del Donbass tiene dos escenarios centrales: Maidán, nuevamente la plaza central de Kiev, y una mansión conocida como Mezhyhirya, ubicada a unos 25 kilómetros al norte de la capital ucraniana. El dueño de esa mansión era Víktor Yanukovich, presidente desde 2010 y hasta comienzos de 2014.

No es fácil llegar a Mezhyhirya y tampoco es fácil entrar. Desde que Yanukovich abandonó su mansión, las fuerzas que lo derrocaron imponen las condiciones de visita, cobran entrada, organizan visitas guiadas. El responsable se llama Petro Oliynyk, es un hombre joven que suele estar prolijamente afeitado y en público viste siempre un chaleco tradicional, oscuro pero repleto de pequeños y coloridos objetos. También suele llevar a modo de capa sobre los hombros la bandera rojinegra del Ejército Insurgente Ucraniano, el UPA. Se muestra orgulloso y petulante. Quizás sus aires de superioridad moral y su bandera a modo de capa se deban a que efectivamente se siente un héroe, un protagonista de la revolución, tal vez crea que debe ser respetado y aplaudido. Y es que sin duda tuvo un rol importante durante Euromaidán, ¿por qué no permitirle autoatribuirse un supuesto heroísmo? La historia que cuenta Oliynyk es que tenía treinta y dos años cuando decidió viajar desde su Lviv natal hacia Kiev con la idea de participar de las protestas que terminarían expulsando del poder a Yanukovich en febrero de 2014. Pero todo había empezado en noviembre. Para entonces, el presidente contaba con poco apoyo, ya no solo en el occidente ucraniano sino también en su propio y natal oriente. La corrupción se había vuelto moneda corriente durante su gestión y habían sido encarcelados diversos opositores, entre ellos Yulia Timoshenko, condenada a siete años de prisión en 2011 por abuso de poder como Primera Ministra, y algunos de los que habían sido sus ministros. Ya desde comienzos de 2013 las políticas económicas de Yanukovich, continuación de aquellas impuestas por el FMI durante la gestión de Yúschenko, eran muy resistidas y las protestas más importantes tenían más que ver con los recortes de presupuesto que con cuestiones partidarias, identitarias o con la liberación de presos políticos. En ese periodo la ultraderecha ingresó por primera vez al Parlamento Nacional, de la mano del partido Svoboda, que significa Libertad. Así, con una economía en crisis, protestas, un líder impopular y el auge del nacionalismo extremo, llegó noviembre.

[image]

El presidente decidió suspender la firma de un acuerdo de asociación entre Ucrania y la Unión Europea, acercándose de hecho a Rusia y a la Unión Económica Euroasiática. No era

una decisión ridícula, considerando que la UE no había permitido a Ucrania mayor negociación y que la firma del acuerdo significaba dejar de lado a Rusia, su principal socio comercial. Ucrania insistía en la posibilidad de un acuerdo tripartito, algo que descartaban tanto la UE como Rusia. Yanukovich simplemente había elegido una de dos ofertas. Pero las protestas se volvieron masivas casi inmediatamente y llegaron a contar con alrededor de medio millón de participantes en Maidán para principios de diciembre. Europa occidental era para los manifestantes un símbolo de transparencia institucional, democracia, respeto, dignidad y progreso, e interpretaban el rechazo al acuerdo como optar por la corrupción y el autoritarismo. Pronto ya no solo se criticaba el alejamiento de la Unión Europea que promovía la gestión de Yanukovich sino también una serie de supuestos: la corrupción reinante, el abuso de poder, la falta de libertad de prensa, violaciones a derechos humanos y la influencia del gobierno ruso sobre el ucraniano.

La primera etapa de la protesta, a partir del 21 de noviembre de 2013, fue impulsada por políticos opositores, especialmente miembros de Patria, pero también por grupos apoyados por las embajadas de Estados Unidos y Países Bajos. Esto nunca fue un secreto. De hecho, algunas organizaciones como la estadounidense USAID[1] enviaron aportes a los manifestantes a medida que las protestas se radicalizaban, y durante los tres meses en que se extendieron el apoyo de occidente a algunos líderes políticos, como Vitali Klichkó, eventualmente alcalde de Kiev, fue cada vez más explícito.

Tres días después de la primera convocatoria, ya había unas cien mil personas en la plaza reclamando la renuncia de Yanukovich. Algunas de ellas instalaron las primeras carpas que fueron desalojadas en forma extremadamente violenta hacia fines de mes por parte de las Fuerzas Especiales Berkut. Fue la primera fase de la represión y de la escalada de violencia, y también el principio del fin de un presidente que quedaba cada vez más solo. Los canales de televisión propiedad de poderosos empresarios como 1 + 1, de Ígor Kolomoisky, y Canal 5, de Petro Poroshenko, comenzaron a transmitir en forma predominante las protestas, abandonando así la posición cómoda de apoyar implícitamente al gobierno. Mientras tanto, el empresario Rinat Ajmétov, el hombre más rico del país y muy cercano a Yanukovich, publicó una carta a mediados de mes solidarizándose con los manifestantes y convocando al diálogo.

La represión del 30 de noviembre transformó una manifestación multitudinaria pero no excepcional en una importante revuelta. El reclamo ya no era por la firma del acuerdo de asociación con la UE sino por la dimisión inmediata de Yanukovich. De hecho, durante esos días se hicieron más fuertes y más visibles diversas organizaciones nacionalistas que no buscaban mayor contacto con la Unión Europea y mucho menos la incorporación de Ucrania al bloque, como Svoboda y el naciente Sector Derecho. Se establecieron barricadas en Maidán y comenzó la toma de edificios públicos, entre ellos el Ayuntamiento de Kiev y la sede de la Federación de Sindicatos de Ucrania, en el extremo norte de la plaza, que se constituyó como cuartel general de los manifestantes. La plaza se convirtió en un pueblo fortificado, con una organización cada vez más asentada. El 9 de diciembre, y tras una nueva protesta masiva en el centro de Kiev, Yanukovich llamó a desalojar los edificios públicos de la forma que fuera, pero luego dio marcha atrás. Había recibido una llamada del entonces vicepresidente estadounidense Joe Biden que lo instaba a no hacer uso de la fuerza. Era una amenaza.

Cuando a mediados de mes hubo intentos para desalojar los edificios y quitar las

barricadas de la plaza, el Secretario de Estado de Estados Unidos, John Kerry, y el Secretario de Defensa, Chuck Hagel, enviaron contundentes mensajes en contra del gobierno de Yanukovich. Unos días más tarde se presentaron en el escenario instalado en Maidán el senador y ex candidato presidencial republicano John McCain junto al senador demócrata Christopher Murphy. Ambos expresaron su apoyo y el del Congreso estadounidense a las protestas y a los reclamos. Tal vez sin este apoyo explícito, las manifestaciones nunca se hubieran radicalizado, nunca hubiera comenzado la espiral de violencia.

Más allá de la represión de finales de noviembre, bien valdría preguntarse si el por entonces presidente Barack Obama hubiera permitido sin más la toma de edificios públicos en Washington DC y una violenta protesta frente a la Casa Blanca apoyada por senadores extranjeros. No parece probable.

La respuesta de Yanukovich fue la represión, primero con policía, luego con grupos de Fuerzas Especiales Berkut y finalmente con formaciones ilegales de matones conocidos como *titushki*. La represión justificó la radicalización de la protesta, así como la creación de formaciones armadas, autodenominadas "de autodefensa", para responder a la violencia de las fuerzas estatales, e incluso se llegó a plantear la posibilidad de una guerra civil abierta en contra del gobierno. Las Autodefensas de Maidán se convirtieron algunos meses más tarde en la base para muchos de los batallones que terminaron combatiendo en Donbass.

Los enfrentamientos violentos, no solo entre policías y manifestantes sino también entre aquellos que apoyaban al presidente y quienes reclamaban su salida, se extendieron más allá de Maidán y más allá de Kiev. El centro de la capital se volvió un campo de batalla. Cundió el pánico y la desesperación, una espiral de violencia a lo largo del crudo invierno. El fuego y la sangre con la nieve como telón de fondo parecían de película apocalíptica y hollywoodense. Todo era caos, todo era mentira, incertidumbre. El sentimiento antirruso se potenció y las primeras víctimas materiales fueron los monumentos a Lenin por todo el país.

Entonces aparecieron los grupos nacionalistas que se levantaron en armas para enfrentar al gobierno. Dmitro Yarosh, líder de Sector Derecho, llamó explícitamente a aprovisionarse de armas de fuego. El primer día de 2014 estos grupos llevaron adelante una marcha de antorchas para celebrar el cumpleaños de Stepan Bandera, asociando de esta forma a todo el movimiento de Maidán con la extrema derecha, aunque aún seguía siendo un sector minoritario en el marco de la inmensa protesta. Por acción u omisión, la alianza ya estaba conformada.

El 19 de enero se produjo una importante batalla cuando miembros de Sector Derecho intentaron ingresar al Parlamento, mientras en Lviv, al oeste de Ucrania, se ocuparon los edificios de la administración local, replicando lo que sucedía en la capital. Tres días más tarde fueron asesinadas dos personas en medio de una desproporcionada y salvaje represión que tan solo servía para justificar las acciones cada vez más violentas y radicales de los manifestantes. El Primer Ministro, Mykola Azarov, renunció a fines de mes, poco después de que Yanukovich intentara un diálogo rechazado por la oposición.

A mediados de febrero los manifestantes rodearon el parlamento y los Berkut intentaron hacerlos retroceder hacia la plaza, a unos 700 metros colina abajo, mediante una ofensiva particularmente agresiva. Fue entonces que comenzaron a disparar hacia la multitud francotiradores apostados en el palacio presidencial y otros edificios cercanos. Hubo más de quinientos heridos en pocas horas. La primera respuesta fue responsabilizar al gobierno de Yanukovich y esa misma noche fue incendiado el edificio de la Federación de Sindicatos de

Ucrania.

En tres días murieron cerca de cien manifestantes y al menos una decena de policías. El 21 de febrero fue liberada Timoshenko, nueva supuesta heroína y mártir del movimiento, y se firmó un acuerdo entre gobierno y oposición para terminar con la crisis y que incluiría una serie de modificaciones constitucionales, el fin de la represión policial y la convocatoria a elecciones anticipadas antes de diciembre de 2014. Ese mismo día Yanukovich abandonó Mezhyhirya y Kiev esgrimiendo razones de seguridad: afirmó que habían intentado asesinarlo. El Parlamento votó su destitución sin que hubiera juicio político ni renuncia formal, y se formó un gobierno de coalición encabezado por Oleksandr Turchynov, líder del partido Patria durante el periodo en que Timoshenko permaneció en prisión. Tanto Estados Unidos como la Unión Europea felicitaron al presidente provisional.

Según la Constitución, Yanukovich tendría que haberse sometido a juicio político, pero el Parlamento consideró que había renunciado, pese a que el mismo Yanukovich lo negó. Ya era tarde. Los legisladores aprobaron la convocatoria a elecciones anticipadas para mayo y el despido de cinco jueces de la Corte Constitucional. Los manifestantes ya habían tomado el palacio presidencial. Al mismo tiempo, comenzaban manifestaciones Anti Maidán en la península de Crimea que serían el primer paso de un proceso que culminaría con la anexión rusa *de facto* de la región.

A los pocos días, el gobierno de transición dictaminó el arresto del depuesto mandatario bajo la acusación de ordenar asesinatos masivos. Para entonces, habían muerto unas ciento cincuenta personas, entre policías y manifestantes, aunque no hay cifras oficiales y las estimaciones varían notablemente. Pero Yanukovich ya no estaba allí: se fue a Rusia y nunca regresó. Desde el país vecino habló de golpe de estado, dijo que debió escapar después de que el coche en el que viajaba fuera atacado con armas de fuego y repitió hasta el cansancio que él era el legítimo presidente.

Sin habitantes ni protección alguna, Mezhyhirya fue tomada por cientos de manifestantes, entre ellos Petro Oliynyk, el del chaleco con objetos coloridos. Una de las primeras cosas que hicieron al ingresar al predio fue colocar la bandera rojinegra del UPA sobre la entrada, como el Ejército Rojo flameando el estandarte soviético en el techo del Reichstag. El enemigo había caído. Ahora Oliynyk dice que la multitud embravecida quería saquear y romper, pero que él, tan heroico y valiente, detuvo a las fieras y logró proteger los valiosos objetos que debían pertenecer a todo el pueblo ucraniano. Se encerró dentro de la casa y desde entonces insiste en que es el guardián de los tesoros que Yanukovich le robó al país. Ahora cobra lo que quiere por hacer recorridos dentro de la mansión en idioma ucraniano y para ucranianos, y se da el gusto de cerrarles las puertas en la cara a los visitantes y mirarlos con cierto asco porque él es el verdadero héroe de su propia historia.

Oliynyk afirma que desde hace años el gobierno quiere expulsarlo pero no se irá hasta que la mansión y todo el predio se conviertan oficialmente en un museo del que nadie pueda llevarse nada. Aunque probablemente lo que le interese sea mantener su status de autoproclamado protagonista. Al fin y al cabo, no todos los ucranianos tienen la suerte de elegir cuándo trabajar y cuánto cobrar. Y muchos menos tienen la suerte de vivir en una mansión como Mezhyhirya.

[1] La Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (en inglés: United States Agency for International Development), también conocida por sus siglas en inglés, USAID, es una institución estadounidense encargada de distribuir la mayor parte de la ayuda exterior de carácter no-militar, cooperando con los países receptores en las áreas económica, agrícola, sanitaria, política y humanitaria. Se trata de un organismo que recibe directrices estratégicas del Departamento de Estado.

V. El ultranacionalismo al poder

Tras Euromaidán, hubo un apogeo del anticomunismo, pero también de sentimientos antirrusos y antisoviéticos en la sociedad. Eso se tradujo eventualmente en el inicio de un extenso proceso de descomunización. Entre 2015 y 2017, fueron desmantelados o destruidos miles de monumentos del período soviético y cambiaron oficialmente de nombre más de cincuenta mil calles, unas cien ciudades y casi mil aldeas y pueblos. El proceso también incluyó la prohibición de utilizar símbolos comunistas, la proscripción de los tres partidos políticos comunistas activos en Ucrania y la promulgación de una ley en honor a la "memoria de los combatientes por la independencia de Ucrania en el siglo XX", entre ellos el Ejército Insurgente Ucraniano (UPA) y la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN). El Museo de la Gran Guerra Patria formó parte de este proceso y desde 2015 se denomina Museo Nacional de la Historia de Ucrania en la Segunda Guerra Mundial. Ahora no solo conserva objetos de los años cuarenta sino que también dedica una amplia sala central al conflicto en Donbass: se exhiben vehículos baleados, uniformes, banderas ucranianas y de las Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk, identificaciones de soldados, armas, periódicos, fotografías, todo tipo de objetos personales de combatientes y hasta letreros con nombres de ciudades que fueron tomadas por la insurgencia y recuperadas por Ucrania antes de 2015. Como si el gobierno buscara imponer una suerte de paralelismo entre ambas guerras, entre ambos enemigos: curioso, considerando que ese mismo gobierno honraba a colaboradores del nazismo.

El trabajo que había iniciado Yúschenko fue continuado por el mandatario interino Turchynov y por su sucesor, Petro Poroshenko, presidente de 2014 a 2019. El desafío era construir un nuevo relato histórico en el que el nacionalismo extremo fuera reivindicado, Yanukovich fuera el paradigma de la maldad, Rusia fuera un gigantesco enemigo y acercarse a la Unión Europea fuera la única alternativa viable. Se instalaron rápidamente monumentos con fallidas aspiraciones solemnes, formales, honorables, como si hubiera tanta urgencia por honrar a los muertos ucranianos de la guerra en Donbass como por deshonrar a todo lo soviético: se construyó tan rápido como se destruyó. Muchas de las construcciones que aún se mantienen en pie han sido reconvertidas, pintadas con los colores de la bandera ucraniana, se les ha quitado la hoz y el martillo, se han modificado placas y nombres. Esta segunda etapa en la transición del socialismo a la economía de mercado incluyó una reestructuración del pasado, una relectura de la historia, una reinterpretación en la que ahora héroes y villanos intercambian roles. Para Ucrania en particular la transición también involucra asignarles a los rusos (y a lo ruso en general) el papel de enemigos.

El problema nunca fue un monumento a Lenin, o al menos nunca fue solamente un

monumento a Lenin.

Ahora se ven alrededor de Maidán fotos de quienes murieron en ese invierno de protestas que terminaron con la expulsión de Yanukovich. El antiguo edificio de la Federación de Sindicatos de Ucrania fue incendiado y aún se encuentra en estado ruinoso, pero lo cubre un letrero con la imagen de cadenas rotas sobre un cielo celeste espolvoreado de pequeñas nubecitas blancas como la nieve. En letras mayúsculas, rojas y pesadas, anuncia que "¡LA LIBERTAD ES NUESTRA RELIGIÓN!". Para la administración presidencial de Poroshenko los manifestantes naranjas de 2004 y los participantes de Maidán luchaban por esa libertad que aparentemente Yanukovich no representaba. Incluso Poroshenko se refería a las protestas de Maidán como "Revolución de la Dignidad". Libertad. Dignidad. Un discurso simple y maniqueo que enfrentaba al bien contra el mal.

Ese discurso permitió que cada vez más organizaciones de extrema derecha sumaran adeptos. Muchas nacieron en Maidán, promoviendo la lucha armada contra Yanukovich y sus partidarios, otras surgieron a comienzos de la guerra. Algunas se iniciaron como agrupaciones paramilitares y luego pasaron a ser partidos políticos, mientras que otras hicieron el camino inverso.

Sector Derecho se convirtió en una de las más famosas: una enorme organización paramilitar y partido político, nacido como coalición de distintos grupos de ultraderecha, neofascistas, profundamente nacionalistas, anticomunistas y homofóbicos. Fue fundada en noviembre de 2013, en los albores de Euromaidán, como uno más de los tantos grupos que protestaban en contra de Yanukovich en pleno centro de Kiev. Pero los que comenzaron reclamando la dimisión del presidente terminaron guerreando en el Donbass a través de su brazo armado DUK PS: el Cuerpo Ucraniano de Voluntarios de Sector Derecho, que llegó a tener cinco mil miembros. Pese a su importante fuerza militar y al notable tamaño de su batallón, el partido Sector Derecho obtuvo menos del 2% en las elecciones parlamentarias de 2014 y logró tan solo hacerse de un diputado.

También apareció el Ejército de Voluntarios de Ucrania (UDA), desprendido de Sector Derecho en diciembre de 2015, luego de que su líder Dmitro Yarosh fuera herido cerca del aeropuerto de Donetsk y abandonara la agrupación para dedicarse a la política partidaria. El UDA siguió combatiendo en Donbass hasta principios de 2018.

***

El batallón Azov, con sede en la ciudad portuaria de Mariupol, al sur de la provincia de Donetsk, fue fundado en 2014 a petición del Ministerio del Interior ucraniano, llegó a contar con unas quinientas personas entre sus filas y es particularmente famoso por su ideología y estética neonazi, su antisemitismo, crímenes de guerra, denuncias por tortura y claro mensaje supremacista. Incluso su escudo exhibe el Wolfsangel, un símbolo heráldico alemán utilizado por el Partido Nazi en sus orígenes y por distintas divisiones alemanas durante la Segunda Guerra Mundial.

Aidar, con sede en la ciudad de Ivano-Frankivsk, capital de la provincia homónima y ubicada casi en el extremo occidental de Ucrania, y nacido en base a activistas de Maidán, participó de diversas batallas en la región de Lugansk y llegó a contar con cuatrocientos miembros, muchos de los cuales utilizaban abiertamente simbología nazi. Según su primer comandante, Serguéi Melnichuk, la prioridad de Aidar era reconstruir el país y unificarlo, mientras que la integración a la Unión Europea no le representaba prioridad alguna. Fue

acusado por la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), Amnistía Internacional y la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH) de cometer numerosos crímenes de guerra, violaciones a los derechos humanos, robos, crimen organizado, secuestros y delitos sexuales.

Dnipro 1 tiene su base en la antigua Dnipropetrovsk, ciudad que pasó a llamarse Dnipro en 2016, aunque la provincia de la que es capital, al oeste de Donetsk, mantuvo su nombre. Subordinado al Ministerio del Interior, llegó a contar con dos mil miembros y participó de las batallas en Mariupol, Ilovaisk y en el aeropuerto de Donetsk. En 2014 Amnistía Internacional denunció que Dnipro 1, junto a Aidar, estaba bloqueando la llegada de ayuda humanitaria a los territorios no controlados por Kiev.

El batallón Donbass está asentado en Severodonetsk, en la provincia de Lugansk, y llegó a tener alrededor de mil soldados, participó de las batallas de Ilovaisk y Debáltseva (ambas duras derrotas para las fuerzas ucranianas) y, según un informe de las Naciones Unidas, realizó diversas violaciones a los derechos humanos, incluyendo tortura y abusos sexuales. Al menos buena parte de su financiación llegó a través de Ígor Kolomoisky, gobernador de Dnipropetrovsk entre 2014 y 2015, cuando fue destituido por el presidente Poroshenko. Poderoso empresario, dueño de la cadena televisiva 1+1, en 2019 se constituyó como un factor fundamental para que el actor devenido político Volodimir Zelenski alcanzara la presidencia. Además, diversas fuentes también apuntaban a que Kolomoisky financió a los batallones voluntarios Aidar, Azov y Dnipro.

Por otro lado, el partido ultranacionalista y antisemita Svoboda, Libertad, formó en junio de 2014 su propio batallón llamado Sich, que contaba con unos cincuenta miembros destinados a operaciones especiales y se desplegó en zonas cercanas a la ciudad de Donetsk, en Sloviansk y en Kramatorsk. También fundó un pequeño batallón Oleg Liashko, miembro del Parlamento, candidato presidencial en 2014 y líder del derechista Partido Radical.

El despertar nacionalista que siguió a la Revolución Naranja y a Euromaidán trajo consigo un profundo sentimiento antirruso y antisoviético, o, tal vez, se tratara en realidad de una intensa hostilidad hacia todo lo que no fuera blanco, heterosexual, cristiano y ucraniano. El neonazismo proliferó a partir de 2014 por acción u omisión del gobierno de Petro Poroshenko y al final no fue más que un gran círculo vicioso: se formaron cada vez más agrupaciones paramilitares de ultraderecha para combatir a los separatistas prorrusos del Donbass y cada vez más civiles del Donbass se unieron a las brigadas separatistas para luchar contra las agrupaciones neonazis. Los que clamaban una Ucrania para los ucranianos no veían a los rusoparlantes de oriente como sus compatriotas y el sentimiento no tardó en volverse recíproco. Los avances de los ejércitos de Donetsk y Lugansk, entre abril y mayo de 2014, a comienzos de la guerra, llevaron a que el gobierno de transición de Oleksandr Turchynov llamara a la creación de Batallones de Defensa Territorial a través de reclutamientos. Al mismo tiempo, apoyaba el crecimiento de agrupaciones paramilitares, muchas de las cuales terminaron convirtiéndose en algunos de estos batallones bajo la órbita del Ministerio del Interior. Los más voluntariosos fueron grupos de extrema derecha.

Con la guerra ya iniciada, en noviembre de 2014 se incorporaron como diputados del Parlamento Nacional de Ucrania el primer comandante de Aidar, Serguéi Melnichuk; el fundador de Azov y líder de la organización política supremacista y antisemita Asamblea Social Nacional, Andrei Biletsky (que estuvo preso por intento de homicidio hasta la destitución de Yanukovich); el ex comandante adjunto de Azov y preso hasta la caída de

Yanukovich, Ígor Mosichuk (ingresó como segundo de la lista del derechista Partido Radical, encabezada por Oleg Liashko, candidato presidencial ese mismo año); el líder de Dnipro, Yuri Bereza; el miembro del mismo batallón, Volodimir Parasyuk; el líder de Sector Derecho y de la organización de extrema derecha Tryzub, Dmitro Yarosh; y el comandante del batallón Donbass, Semen Semenchenko (nacido Konstantin Grishin). También debía asumir como diputada por el partido Patria, de Yulia Timoshenko, Nadiya Savchenko, teniente del batallón Aidar y piloto de aviación del Ejército, pero fue capturada en junio de ese mismo año por las fuerzas de la República Popular de Lugansk. Fue liberada en mayo de 2016. Al volver a Kiev recibió la condecoración de Héroe de Ucrania y anunció que sería candidata presidencial, pero dos años más tarde fue detenida acusada de planear un ataque al Parlamento Nacional y un golpe de estado.

Estas agrupaciones no eran lo suficientemente fuertes en términos político-partidarios como para ganar elecciones, pero sí para formar parte del Parlamento. Y, definitivamente, sí eran lo suficientemente fuertes como para hacer avanzar la guerra, aún cuando el Estado ucraniano llevaba casi un cuarto de siglo sin invertir en sus fuerzas armadas y equipamiento militar.

VI. El principio de la guerra

Antes de la guerra, Donetsk tenía cerca de un millón de habitantes y era la quinta ciudad más grande de Ucrania, además de la más importante del Donbass y ubicada a menos de 70 kilómetros de la frontera con Rusia. Era la capital de la provincia homónima, centro de una región caracterizada por su minería, especialmente de carbón, su industria siderúrgica, metalúrgica y de maquinaria pesada en general. Este altísimo nivel de industrialización se tradujo en un crecimiento exponencial de su población, particularmente después de la destrucción casi total durante la Segunda Guerra Mundial. A esto se le suma que en la provincia de Donetsk la enorme mayoría de los habitantes habla ruso y hay un vínculo muy estrecho con el país vecino. Por eso no es sorprendente que las protestas de Maidán no hayan sido bien recibidas allí.

La expulsión de Yanukovich significó el fin de Euromaidán, pero también el comienzo de un efecto rebote: el levantamiento del este y del sur ucraniano, los sectores más cercanos cultural, política, histórica y étnicamente a Rusia. El movimiento Anti Maidán se manifestaba en contra de lo que denominaba "golpe de estado" en Kiev, pero también reclamaba el apoyo del gobierno ucraniano a las organizaciones políticas y paramilitares de extrema derecha, que a las pocas semanas se haría aún más explícito. Se autopercibía como una fuerza de resistencia popular que enfrentaba a un gobierno al que consideraba ilegítimo. Desde entonces no solo en Crimea se habló de la posibilidad de incorporarse formalmente a Rusia.

La respuesta del gobierno de transición primero, y del de Poroshenko después, fue responsabilizar a Putin: se trataba de una invasión rusa, de un castigo a Ucrania por mirar hacia la Unión Europea. Pero la mayor parte de los combatientes, tanto de un lado como del otro del conflicto, eran locales. Sin duda había influencia rusa en la región, como la había habido desde hacía muchas décadas porque buena parte de la población se consideraba étnicamente rusa y la mayoría tenía al ruso como lengua materna.

Para finales de marzo, la península de Crimea había sido anexada por Rusia, pese a los reclamos ucranianos. Al mismo tiempo comenzó la transformación política y económica de una Ucrania que viró rápidamente hacia occidente. El gobierno provisional y la Unión Europea acordaron un rescate de casi veinte mil millones de euros a través del FMI, que pronto exigió fuertes recortes y aumentos de impuestos. Esto aceleró aún más la escalada de tensión. Los manifestantes Anti Maidán tomaron la sede del gobierno provincial de Donetsk a principios de abril, en un curioso reflejo de la toma de edificios públicos en Kiev pocas semanas antes, y declararon la creación de la República Popular de Donetsk (DNR); algo muy similar ocurrió en Lugansk hacia fines de mes. También en otras capitales regionales hubo intentos de ingresar a edificios administrativos pero sin éxito, entre ellas Odesa, Dnipro y Járkiv. Desde el comienzo, en Donetsk se habló de autodeterminación y de una posible independencia, mientras que en Lugansk se impuso un reclamo de federalización y mayor autonomía.

Pavel Gubarev encabezó la toma de edificios públicos en Donetsk y se proclamó

Gobernador Popular de la DNR. Fue también uno de los fundadores de las Milicias Populares del Donbass, grupos de protesta que se convirtieron en unidades militares embrionarias y que eventualmente se transformarían en ejércitos regulares y profesionales de las repúblicas separatistas, de la misma forma en que las Autodefensas del Maidán evolucionaron a combatientes. Gubarev fue arrestado a comienzos de marzo por el gobierno ucraniano y recién sería liberado dos meses más tarde a cambio de agentes del Servicio de Seguridad Ucraniano (SBU) prisioneros.

Algo muy similar sucedió en Lugansk, capital de la provincia homónima, y con cerca de la mitad de población que Donetsk, además de un desarrollo económico e industrial menor. Aleksandr Jarito-nov fue elegido Gobernador Popular el 5 de marzo tomando como ejemplo a Pavel Gubarev. A la semana siguiente, Jaritonov también fue detenido por el SBU y también fue liberado algunos meses más tarde en el marco de un intercambio de prisioneros. Su detención impulsó la toma de la sede local del SBU hacia principios de mayo, de la mano de dos hombres que serían las figuras predominantes en Lugansk a comienzos de la guerra: Valeri Bolotov y Gennadiy Tsypkalov, ambos originarios de la provincia rusa de Rostov, la más cercana al Donbass. Bolotov se convirtió en Gobernador Popular y el 27 de abril se declaró la creación de la República Popular de Lugansk (LNR) con un ultimátum: si las autoridades ucranianas no atendían al día 29 los reclamos respecto a un cambio de estatus que tendiera a la federalización, el reconocimiento del idioma ruso como cooficial y la liberación de prisioneros, comenzaría una insurgencia armada siguiendo el ejemplo de Donetsk.

Con Donetsk y Lugansk, los dos principales centros urbanos de la región, bajo su control, a partir de abril los Anti Maidán buscaron expandir su área de control hacia el oeste. El avance se encontró con poca o nula resistencia de las autoridades locales. Claro que para entonces buena parte de la población del Donbass consideraba ilegítimo al gobierno de transición de Kiev y no veía con buenos ojos el rebrote nacionalista y las banderas del UPA.

En una base militar de la República Popular de Lugansk, el comandante Alexey Markov de la Brigada Prizrak decía algunos años más tarde que desde el principio, desde aquel marzo de 2014, la guerra no enfrentaba a rusos y a ucranianos, ni a grupos de derechas y a grupos de izquierdas, sino a nazis contra personas comunes que no querían vivir en un estado nazi:

> *Gente ordinaria, taxistas, granjeros, doctores… vieron a grupos avanzar hacia sus casas levantando retratos de Bandera, de Shujévych y de otros nazis. Aquí todos recuerdan la Segunda Guerra Mundial, todos tienen familiares que murieron luchando contra el nazismo. Yo tengo a mis dos abuelos, por ejemplo. Cuando la gente del Donbass vio a los nazis que de nuevo estaban entrando en su tierra, los identificaron como enemigos. Y los* ukrop *hicieron todo lo posible para ratificar esta opinión: mataron a personas en Odesa, mataron a personas en Mariupol, mataron a policías en Kiev y gritan abiertamente que su objetivo es liberar sus tierras de población rusa. Es una guerra civil común, como la que hubo en Rusia hace cien años, como la que hubo en Estados Unidos. De un lado, un grupo de personas que quieren imponer un camino occidental para el desarrollo del país, grupos de ultraderecha que solo quieren limpiar el territorio de Ucrania de todas las personas que no comparten sus ideas. Pero sus ideas son muy simples: quieren vengarse por perder la Segunda Guerra Mundial. No es un secreto que la mayoría de los grupos políticos que apoyan a la actual Junta en Kiev son ultraderechistas y grupos nazis comunes. Por eso han elegido héroes nazis, los reivindican.*

Ukrop significa literalmente “eneldo”, pero los rusos utilizan esta palabra en forma despectiva para referirse a los ucranianos, particularmente al nacionalismo ucraniano vinculado al nazifascismo.

Una vez establecido el control sobre las ciudades de Donetsk y Lugansk, las milicias populares comenzaron a ganar territorio.

Sloviansk es la hermana melliza de Kramatorsk: dos ciudades cercanas, similares, casi parte de una misma mancha urbana pero no, porque en los quince kilómetros que las separan apenas si hay campo abierto y algún *terrikon*, esas colinas cónicas de residuos, escoriales o escombreras, que se forman al excavar una mina de carbón y que son protagonistas constantes en cualquier paisaje del Donbass. La primera tiene unos cien mil habitantes, mientras que la segunda ronda los ciento cincuenta mil y desde el comienzo de la guerra se constituyó como capital provisoria de la provincia de Donetsk, ahora que la ciudad homónima está en manos rebeldes. Kramatorsk y Sloviansk, unos cien kilómetros al norte de Donetsk, constituían un punto fundamental para las ambiciones separatistas.

Las batallas por Sloviansk, a partir del 12 de abril, fueron los primeros intentos de avance rebelde. Entonces un grupo armado comandado por el veterano de guerra y ex agente del Servicio Federal de Seguridad ruso (FSB) Igor Guirkin, también conocido como *Strelkov*, llegó desde Crimea, tomó el ayuntamiento local junto a cincuenta y un hombres, se atrincheró dentro del edificio y levantó la bandera rusa. Difícilmente pudieran ganar apoyo popular aquellos hombres vestidos con camuflaje militar escondidos detrás de bolsones de arena, en un edificio ocupado y con los rostros cubiertos. Y sin embargo buena parte de la sociedad local apoyó la convocatoria a un referéndum en mayo para dirimir el status de la región. Pronto también fue ocupada la sede del SBU local y las milicias se hicieron de diversos tipos de armamentos: desde armas ligeras a fusiles automáticos e incluso lanzagranadas.

Perder Sloviansk y la vecina Kramatorsk, quinta urbe provincial, durante los albores del conflicto fue una dura derrota para el gobierno interino de Oleksandr Turchynov, que gobernó el país desde la caída de Yanukovich, el 22 de febrero, hasta la asunción de Poroshenko a principios de junio.

El mismo mes, las milicias del Donbass tomaron Bajmut, una ciudad de setenta mil habitantes a unos 30 kilómetros al sudeste de Kramatorsk, y que era conocida como Artemivsk hasta el proceso de descomunización de 2016. El nombre Artemivsk refería a Fiodor Sergeyev, *Artyom*, quien fundara la breve República Socialista Soviética de Donetsk-Krivoy Rog en buena parte del Donbass y que existió de 1918 a 1919. Luego murió en un accidente y Iósif Stalin adoptó a su hijo.

Pero Bajmut no era relevante por su monumento a *Artyom* ni por su valor simbólico. Allí se encontraba la unidad militar de las Fuerzas Armadas Ucranianas A2730, un gigantesco depósito de unos dos mil vehículos militares soviéticos. La mayor parte del material bélico estaba en pésimo estado, aún así las milicias lograron apropiarse de decenas de tanques, vehículos blindados BMP, sistemas de misiles Grad y misiles antiaéreos BUK. Las fuerzas insurgentes se hicieron de un enorme botín al controlar la ciudad.

En Lugansk, unos tres mil de aquellos manifestantes que protestaban frente a la sede del gobierno pasaron a ser unidades militares con el comienzo de la guerra y los primeros avances territoriales de la LNR, hacia las ciudades de Stajánov, Pervomaisk, Alchevsk —las tres a menos de 50 kilómetros hacia el oeste de Lugansk y con poblaciones de setenta y cinco mil, treinta y cinco mil y cien mil habitantes respectivamente—, Rovenky, Antratsit —unos

50 kilómetros hacia el sur, ambas con poco menos de cincuenta mil habitantes— y Slovianoserbsk —25 kilómetros al norte, con menos de diez mil habitantes. Nació así el Ejército del Sureste, milicias voluntarias lideradas por Tsypkalov que eventualmente se convertirían en un ejército regular, parte de las Fuerzas Armadas Unidas de Nueva Rusia, con unos quince mil combatientes en total hacia mediados de 2015, conformado por brigadas y batallones heterogéneos y de mayor o menor autonomía, como Prizrak, comandado por Alexey Mozgovoy; Zarya, comandado por Igor Plotnitsky; Batman, de Aleksandr Bednov; y dos grupos cosacos: uno al mando de Nikolai Kozitsyn, y el otro, de Pavel Dryomov.

En mayo, la Guardia Nacional Cosaca contaba con alrededor de cuatro mil miembros en el Donbass y participó, entre otras, de las batallas en Lysychansk y Severodonetsk, dos ciudades parte de una misma mancha urbana con doscientos mil habitantes y a unos 70 kilómetros hacia el noreste de Lugansk. Por entonces Pavel Dryomov, alias *Batya*, se convirtió en su comandante. Este ex albañil oriundo de Stajánov, formó parte de la toma de edificios públicos en Lugansk y de los primeros avances rebeldes en la región. Durante un breve periodo del verano de 2014, los cosacos dominaron la mayor parte del territorio de la LNR y no faltaban aquellos que fantaseaban con la tan ansiada instauración de un estado cosaco propio.

Cada vez eran más las autoridades del Donbass que desconocían la legitimidad del gobierno de Kiev, y Crimea ya había sido anexada por Rusia, por lo que a Turchynov no le quedó más alternativa que mostrarse firme. Declaró que los rebeldes eran terroristas, que no se podía alcanzar ningún tipo de diálogo político con ellos, y el 15 de abril envió al ejército a suprimir los levantamientos en lo que llamó Operación Antiterrorista (ATO). Pronto no solo los hombres armados eran considerados terroristas para Kiev, también lo era todo funcionario público del Donbass, todo aquel que mantuviera su trabajo en lugar de abandonar la región y mudarse lejos. Era una estrategia demasiado simplista.

Como no existe una definición consensuada de terrorismo desde un punto de vista académico, el catalogar a alguien de terrorista es una mera cuestión política. Es una forma sencilla de ganar la batalla discursiva porque difícilmente el denominado terrorismo sume apoyo. Pero también es un arma de doble filo porque el concepto empieza a perder sentido a medida que se lo aplica a cada vez más grupos. Si todos los habitantes de una región son terroristas, nadie lo es. Así, la estrategia de Turchynov no tardó en debilitarse.

Que el presidente interino enviara soldados a atacar poblaciones de su propio país no causó mayores simpatías entre los civiles del Donbass. Como la represión de Yanukovich en Maidán, las decisiones de Turchynov tan solo sirvieron para acrecentar la tensión, la radicalización y las divisiones en la sociedad local. Ahora sí había comenzado la guerra.

Los primeros avances ucranianos en abril fueron un fracaso. Con la caída de la Unión Soviética, el país había heredado mucha infraestructura, material y personal militar, pero tras casi un cuarto de siglo todo había cambiado. Para 2014, el ejército contaba con cerca de un 70% menos de efectivos que al momento de la independencia y alrededor de 90% del equipamiento era obsoleto. Los pocos soldados que fueron enviados al frente no tenían la suficiente preparación como para afrontar una guerra. Al mismo tiempo, buena parte de la población civil local se oponía a las órdenes de Turchynov y lo demostraba impidiendo el avance de vehículos militares.

La cantidad de deserciones e incumplimientos llevó a que Turchynov ordenara disolver la 25° Brigada Aerotransportada, que en Sloviansk rindió seis vehículos blindados al enemigo.

El presidente interino habló entonces de cobardía y llamó a la creación de Batallones de Defensa Territorial a través de reclutamientos. Pero esto tampoco era suficiente para detener los avances y el crecimiento de las milicias populares. Por eso el gobierno comenzó a apoyar solapadamente la conformación de batallones paramilitares de ultraderecha y neofascistas, que ya entonces contaban con una importante financiación privada. En noviembre, Kiev ordenó la incorporación de estos grupos al ejército regular, pero no todos lo hicieron. Quizás el más importante entre los que siguieron combatiendo autónomamente en Donbass sea Sector Derecho.

Los grupos paramilitares significaban muchas ventajas para el gobierno. No solo no debía sostenerlos económicamente ni pagar ningún tipo de pensión a sus soldados o familias en caso de que fueran heridos o muertos, sino que además sus miembros tenían un altísimo nivel de motivación. Eran voluntarios decididos a luchar, no jóvenes obligados a cargar con un fusil. Esto se tradujo en importantes avances, pero con un costo que Ucrania no logró resolver. Al poco tiempo de formarse, crearon sus propios centros de entrenamiento, sus propios símbolos militares y hasta sus propios campamentos para niños, donde se dictaba adiestramiento militar ultranacionalista.

Nunca es gratis apoyar a agrupaciones armadas semiautónomas guiadas tan solo por el nacionalismo extremo. Grupos como Sector Derecho dificultaron cualquier tipo de negociación y, al mismo tiempo, sirvieron para alimentar la propaganda al otro lado de la línea de contacto, para que las milicias populares pudieran difundir, no sin parte de razón, que solo se defendían de grupos fascistas que querían terminar con la población rusa en Ucrania. Por otro lado, desde el comienzo fue notable la presencia de la ultraderecha en la primera línea de combate de los recientemente formados Batallones de Defensa Territorial, entre ellos Aidar (con sede en Ivano-Frankivsk), Azov (en Mariupol), Shajtar (de Dnipro, disuelto en octubre de 2014) y Sich (formado con miembros del partido Svoboda).

Cabe preguntarse qué pasará con Sector Derecho y otras organizaciones similares una vez que acabe la guerra. Como partido, no tienen prácticamente peso político, pero sí como organización armada ¿Existen riesgos de que vuelvan sus armas contra quienquiera que gobierne entonces? Sin duda. De hecho, el batallón Aidar lo hizo en 2015, cuando algunos de sus miembros intentaron tomar oficinas gubernamentales y se enfrentaron con las fuerzas de seguridad ucranianas tras rumorearse que el batallón sería disuelto. Fue un importante riesgo que Turchynov, Poroshenko y toda la sociedad ucraniana decidieron correr.

VII. Un turista en Kramatorsk

Vladimir es un muchacho corpulento, alto, con la cabeza cuadrada y algo desgarbado. Habla bien inglés y le gusta la historia, especialmente todo lo relacionado con la Segunda Guerra Mundial. En 2014, cuando comenzaban los enfrentamientos en Donbass, dejó su Kramatorsk natal junto a su familia y se mudó a Járkiv, pero regresó aquel verano, cuando el ejército ucraniano recuperó la zona tras dos meses y medio de enfrentamientos y de al menos ochenta muertos, once civiles entre ellos. Ahora trabaja en el pub irlandés de sus padres, uno de los pocos bares de la ciudad que no es un antro de vodka y humo. Es un lugar cómodo, acogedor, al que se accede bajando algunos escalones, lo que le da cierta sensación de bunker tan común en las viejas ciudades soviéticas. Vladimir ríe mucho, casi constantemente, salvo cuando habla de Rusia. Odia a Rusia, odia a los rusos. Le molesta que su lengua materna sea el ruso y no el ucraniano, y también le molesta ser tocayo del presidente ruso Putin. Para su último cumpleaños le regalaron algo que suele mostrar con orgullo y profunda alegría a los clientes del pub: una bandera rojinegra. La besa y la exhibe en redes sociales. También conserva algunos objetos nazis en su habitación, como un casco con la marca de las SS. Y, aunque no haya judíos en Kramatorsk y probablemente Vladimir no haya conocido nunca a uno, tiene una mala impresión de ellos: “son mala gente”, dice desde el otro lado de la barra.

Esta noche llueve en Kramatorsk y hay poca gente en la calle, el pub está prácticamente vacío salvo una excepción: un alemán de Colonia llamado Otto, de cincuenta y cinco años. Hace algunos años llegó accidentalmente a Kramatorsk y le resultó fascinante por su completa ausencia de turistas. Dice que lo que más le gusta de la pequeña ciudad son los precios bajos, la buena comida y sobre todo, que no hay absolutamente nada para hacer. Visita todos los años la zona por algunos días en los que no hace más que leer sin que nadie, ni locales ni extranjeros, lo molesten. Vuela a Járkiv y desde allí toma un taxi directamente a Kramatorsk, a casi 200 kilómetros hacia el sudeste, sea la hora que sea.

Hay tan poca gente en el pub que Vladimir se aburre e invita al alemán a fumar narguile. Otto acepta con la infantil alegría del turista que ve todo lo ajeno como un espectáculo divertido, pintoresco. Entonces el muchacho ucraniano pasa unos buenos veinte minutos desarrollando por qué la victoria nazi en Ucrania hubiera sido mejor que su derrota en manos de los soviéticos. Luego abre una cerveza y aprovecha la oportunidad para exponer ante el extranjero cuán inaceptables le resultan los derechos civiles que la canciller alemana Angela Merkel “promueve” para los homosexuales. Y el hombre proveniente de Colonia, una ciudad con una enorme comunidad gay y tradicionalmente populares marchas del orgullo, ríe y lo mira como quien mira a un niño que repite tonterías.

Igor, un amigo suyo algo más grande, no habla inglés pero Vladimir lo suma a la mesa porque quiere que Otto lo conozca. Es soldado y participó en los enfrentamientos en la zona de Bajmut. Un muchacho hosco y serio, de ojos apagados y cejas pronunciadas. Con Vladimir oficiando de traductor, le cuenta al alemán que luchó contra los invasores rusos y que

Ucrania está por encima de todo, incluso del miedo que le generaba calzarse un fusil y marchar al frente. No dice mucho más y permanece un rato largo en silencio con un vaso de cerveza en la mano.

Vladimir tiene apenas veintitrés años, pero es un gran estereotipo del ucraniano nacionalista al que se enfrentan los insurgentes del Donbass. Tal vez no represente a la mayoría de jóvenes ucranianos, probablemente no todos sus coetáneos guarden a modo de recuerdo un casco de las SS, la guardia personal de Hitler. Pero Vladimir está allí, es un joven de carne y hueso, no es solo propaganda extranjera para mostrar a Ucrania como un país nazi. La reivindicación del nazismo, del fascismo, del UPA, no radica tan solo en monumentos a Stepan Bandera: también se encarna en jóvenes a los que no les demandaría mayor esfuerzo tomar un arma.

Aunque estas ideas extremas no representen a la mayoría de la población, sus partidarios son muy visibles, muy ruidosos. ¿Cómo podría el pueblo ucraniano disociarse de ese sector si incluso muchos ultranacionalistas se incorporaron democráticamente al Parlamento? En el Donbass insurgente se enseñan imágenes del batallón Azov, con sus esvásticas y sus saludos fascistas, y no es difícil insistir en que Ucrania está dominada por el neonazismo más violento, en que no queda más alternativa que levantarse en armas para combatirlo. Pero para estas organizaciones, basadas en el odio y los prejuicios, también es muy sencillo cargar las culpas de cualquier problema social o económico en los extranjeros o en la población ucraniana que hable ruso. Basta con difundir la idea de una invasión rusa para sumar adeptos e incorporar soldados al frente.

Sin importar qué suceda al final de la guerra, Ucrania continuará debiéndose un debate interno respecto a qué hacer con el nacionalismo más radical y con la violencia de sus seguidores. Un debate que implica mirar tanto al pasado como al futuro.

VIII. La paz es la unidad

Román ha visitado muchas veces el frente de batalla, va casi cada semana de la mano de la organización no gubernamental de Sloviansk con la que trabaja. Fue tantas veces que finalmente compró una cámara y ahora registra todo lo que ve: cientos de fotos de edificios destruidos, de soldados, de familias aisladas, de personas que resisten en sus casas en medio del fuego cruzado. Román es un civil, nunca ha tenido un arma en sus manos, y simplemente va a la zona de contacto entre dos ejércitos a ayudar a otros civiles como él. Por eso tiene miedo y tal vez la cámara sea una forma de hacer pie, algo a lo que aferrarse cuando se escucha un disparo o una explosión cercana. Esto no es Hollywood: aquí las armas matan. También escribe mucho, incluso pensó alguna vez en un libro sobre su propia experiencia, cuando debió abandonar Donetsk y radicarse en Sloviansk. Pero no, ahora simplemente no le interesa. Para él, la fotografía es casi una terapia, una forma de lidiar con todo lo que ve. Entonces narra y retrata casi cada semana los pueblos en el frente a los que lleva alimentos y medicinas. Y guarda cada dato que recopila. Quizás algún día todo eso sirva de algo, para al menos mantener viva la memoria de quienes nunca abandonaron sus casas durante la guerra.

¿Por qué esa gente sigue ahí? ¿Por qué no se va a otras ciudades, al menos por un tiempo, a empezar una vida algo más tranquila, a uno u otro lado de la línea de contacto? ¿Por qué son tantos los que permanecen en medio de las balas y proyectiles, por qué no huyen, por qué no se refugian? Esas preguntas no caben en la mentalidad de un ruso o de un ucraniano. Es que la respuesta siempre será la misma: esa gente no se va porque es su casa, no quiere irse de su casa y no lo hará. Al menos un miembro de la familia permanece siempre y no hay sangre ni fuego que pueda convencerlo de abandonar su tierra.

Incluso así funciona en la zona de exclusión de Chernóbil, treinta kilómetros alrededor de la famosa planta donde aconteció el mayor accidente nuclear de la historia, en abril de 1986. Casi todos los habitantes de Chernóbil, Prípiat y muchas aldeas cercanas fueron evacuados ante el enorme riesgo de la radiación, muchos de ellos terminaron en Kiev, a 150 kilómetros, o mucho más lejos, en cualquier ciudad grande a la que el régimen soviético los asignara. Y sin embargo, no fueron pocos los que regresaron. Lo hicieron ilegalmente, esquivando guardias y todo tipo de controles, a veces de noche, a veces de día, por el bosque, por caminos alternativos. En general se trataba de gente mayor, ya retirada, que no tenía razones para establecerse en una gran y lejana ciudad a la que no pertenecía y que distaba tanto de las pequeñas aldeas rurales en las que estas personas habían vivido siempre. Son los *samosely*, los "colonos": unas trescientas cincuenta personas que ya no viven ilegalmente sino con cierto apoyo del Estado en las zonas cercanas a la planta nuclear. Curiosamente, ha habido en los últimos años casos de refugiados de la guerra en el Donbass asentándose en la zona de exclusión de Chernóbil porque es más fácil y barato que en cualquier otro lugar de Ucrania. Si la radiación y las normativas del régimen soviético primero y del gobierno ucraniano después no bastaban para echar a una persona de su tierra, mucho menos bastaría una guerra. El hogar es la fortaleza más robusta. El resto es irrelevante.

En la plaza central de Sloviansk ya no hay soldados con la cara cubierta, atrincherados en algún edificio administrativo o militar. Las fuentes salpican, los niños juegan. Nada extraño por aquí. Sobre la entrada principal de la municipalidad un cartel con letras en amarillo y azul dice que "¡Sloviansk te saluda!", hay muchas banderas y trabajos de reconstrucción que aún no terminan. La ciudad ya no está rota pero tampoco ha sido completamente reparada. Al fin y al cabo, la guerra continúa a un puñado de kilómetros de distancia. Y nadie olvida los cerca de seiscientos muertos que dejaron los meses de enfrentamientos. Muchos de esos cuerpos quedaron en la calle, tirados como basura que se pudre al sol del verano.

En el medio, el nada sorprendente pedestal vacío sobre el que alguna vez hubo una estatua de Lenin. Ahora es uno de los mil trescientos veinte monumentos al líder bolchevique que han sido oficialmente destruidos, desmantelados, mudados o cubiertos en todo el país. El sitio en donde se debería conmemorar o rememorar personajes, hechos, historias, hoy es hueco. El monumento a la nada. Como si el pasado se hubiera extinto súbitamente y el futuro aún no hubiera decidido a qué y a quiénes honrar.

En el parque Shovkovychny, el más grande e importante de la ciudad, en donde se levantan los clásicos monumentos a los soldados de la Gran Guerra Patria, hoy una nueva construcción pequeña y en forma de lápida anuncia: "En memoria de los habitantes pacíficos de las ciudades de Sloviansk, Nikolaevka y la municipalidad de Sloviansk que murieron durante el período de hostilidades de abril a julio de 2014". Allí no aparecen acusaciones ni odio, ni "terroristas" ni "fascistas". Solo el dolor por las víctimas civiles, los vecinos de la zona, más allá de banderas y discursos.

Román está orgulloso de ese monumento y también de la forma en la que se reconstruyó Sloviansk. Pero no ve el futuro con buenos ojos:

> *Creo que lo que está haciendo el gobierno actual es exactamente lo contrario a lo que podría resolver el conflicto. La posición oficial es tratar a las personas del lado separatista como "colaboradores", como "enemigos". Nadie entiende que hay ciudadanos ucranianos allí, ciudadanos que tienen los mismos derechos que los que viven del lado controlado por el gobierno. No admiten que hay desplazados internos, que deben tener los mismos derechos que la gente local, incluido el derecho a votar. Y si el gobierno tiene miedo de que esta gente vote "incorrectamente", que visite esas comunidades y hable con su gente. Que encuentre una manera de hacerlo, incluso si están al otro lado de la línea de contacto. Que sea inteligente, que haga algo. Pero parece que el gobierno se ha rendido. Para el presidente es más fácil pretender que son todos "terroristas" en lugar de tratar de establecer un diálogo con la gente común. Pero en lugar de eso se están construyendo nuevas fronteras, hacen insoportable cruzar las que ya existen, tratan a la gente como si fuera mierda. La clave para la paz es la unidad, pero como Ucrania no solo es un país horriblemente corrupto, sino que también se está convirtiendo rápidamente en uno ultranacionalista, lograr cualquier tipo de unidad queda fuera de la lógica política predominante. Este es un conflicto muy complejo y simplificarlo a blanco y negro no sirve para nada.*

La paz es la unidad. La búsqueda de una Ucrania para todos, con los mismos derechos y las mismas obligaciones. Una Ucrania abierta y plural, no una Ucrania solo para los ucranianos. No una Ucrania racista. Un país que no les abra las puertas a fascistas que conmemoran a los genocidas de antaño. Un país en el que exista el suficiente respeto como para no avasallar a quienes hablen otro idioma.

Quizás suene idílico o utópico, pero alguna vez, no hace tanto tiempo, así era la vida en Ucrania.

IX. Día de la Victoria

Mayo de 2014 fue un mes de enfrentamientos particularmente duros en la región de Donbass, tanto en la provincia de Lugansk como en la de Donetsk. Mariupol, en el extremo sur de esta última, fue de las ciudades que más sufrieron la guerra, quizás por su ubicación estratégica junto al mar, su enorme puerto y su importante población. Para comienzos de mes, allí ya flameaba la bandera de la República Popular de Donetsk (DNR, por sus siglas en ruso) sobre los techos del ayuntamiento y de la sede local del Servicio de Seguridad Ucraniano (SBU). Los choques entre el ejército y las milicias se potenciaron con la llegada del batallón Azov, famoso por sus crímenes de guerra, denuncias por tortura, simbología neonazi y claro mensaje supremacista. Fue entonces que comenzó a difundirse propaganda para un eventual referéndum: el 11 de mayo se votaría el futuro de la provincia de Donetsk. Las calles céntricas fueron bloqueadas y se establecieron barricadas alrededor del ayuntamiento.

Apenas cinco días antes había sido capturado el primer Minis- tro de Defensa de la DNR Igor Jakimzyanov. Luego fue interrogado y humillado personalmente por Oleg Liashko, diputado nacional ucraniano, candidato presidencial ese mismo año, líder del derechista Partido Radical y de un pequeño batallón que llevaba su nombre. Fue Liashko quien impulsó una resolución en el parlamento para que se liberara a quienes él consideraba presos políticos apenas dos días después de la caída de Yanukovich. Entre otros, fueron liberados el fundador de Azov y líder de la organización política supremacista y antisemita Asamblea Social Nacional, Andrei Biletsky, preso por intento de homicidio; Vladimir Shpara, miembro de Patriotas Unidos, brazo armado de Asamblea Social Nacional y acusado de incendiar un centro de refugiados; e Ígor Mosichuk, diputado nacional por el Partido Radical de Liashko a partir de noviembre de 2014, y Serguéi Bevza, ambos condenados en medio de las protestas en Maidán a seis años por intentar volar un monumento a Lenin en 2011, monumento que, curiosamente, ya había sido removido al momento de la sentencia. Por la detención y malos tratos a Jakimzyanov y a otros prisioneros, Amnistía Internacional denunció a Liashko y a su grupo armado por violaciones al derecho internacional. Jakimzyanov fue finalmente liberado en septiembre, en el marco de un intercambio de prisioneros, luego volvió al Donbass y se sumó al Partido Comunista de la República Popular de Donetsk (KPDNR). Intentó postularse en las elecciones generales de 2018 en la DNR pero no tuvo éxito.

El 9 de mayo, el Día de la Victoria, fecha de gran significado y simbolismo en la Unión Soviética y en muchas de sus repúblicas herederas, las milicias intentaron tomar el cuartel de policía, el gobierno central respondió enviando vehículos blindados e iniciando un enfrentamiento que terminaría con veinte muertos y el edificio incendiado. El ejército comenzó a replegarse, oficialmente “para evitar una mayor escalada de tensión en la ciudad”, y mientras retrocedían, las fuerzas ucranianas atacaron a numerosos civiles desarmados.

Cerca de la medianoche comenzó a arder el edificio del ayuntamiento y para la mañana el fuego había hecho de la gigantesca mole de cuatro plantas y casi 90 metros de largo, poco

más que una cáscara vacía. La ciudad había quedado en manos de las milicias populares. Para quienes recalcaban que el régimen ucraniano apoyaba a grupos neofascistas, no era poco celebrar una victoria en el Día de la Victoria.

Aunque al final Kiev recuperó el control sobre Mariupol, el ayuntamiento nunca fue reparado. Permaneció oscuro, abandonado, en pleno centro de la ciudad. Al igual que el edificio de la Federación de Sindicatos de Ucrania, junto a la plaza Kiev, se lo utilizó como propaganda: aún hoy está cubierto por una inmensa pancarta con los colores nacionales que anuncia en ruso, ucraniano, griego e inglés que "Mariupol es Ucrania". Probablemente las consignas soberanas sean más baratas que reparar un edificio ruinoso.

El referéndum se llevó a cabo el 11 de mayo, tanto en Donetsk como en Lugansk. En la primera región casi el 90% votó a favor de una autodeterminación sumamente ambigua: seguía sin aclararse si el objetivo era mayor autonomía o independencia. En la segunda, oficialmente votó a favor de la independencia el 96%.

El exagente del Servicio Federal de Seguridad ruso (FSB) Igor Guirkin se autoproclamó Ministro de Defensa de la DNR y reclamó que todas las fuerzas de la región debían quedar bajo su mando. Como Primer Ministro quedó el moscovita Aleksandr Borodai y Gubarev, recientemente salido de prisión, permaneció como Gobernador Popular. Los tres formaba parte de la facción de rebeldes que defendía las ideas neoeurasianistas del autor ruso Aleksandr Duguin, muy cercano por entonces al presidente Vladimir Putin. Este movimiento tenía su raíz en la intelectualidad rusa emigrada tras la Revolución de Octubre de 1917 y considera a la cultura rusa una civilización más cercana a Asia que a Europa, ve un occidente decadente y amenazante de los valores tradicionales, y aboga en contra de la secularización. Duguin, el autor más relevante de esta corriente, promueve el expansionismo nacionalista, no tan distinta a la idea de "espacio vital" para el pueblo de Alemania con la que el nazismo justificó la anexión de Austria y la invasión de Checoslovaquia, Polonia y la Unión Soviética. Entre sus ideas más famosas aparece la Cuarta Teoría Política, supuestamente superadora del capitalismo liberal, el comunismo y el fascismo. Al mismo tiempo, propone una estatización de la producción similar a la impuesta durante el periodo soviético, lo que llevó a la alianza entre neoeurasianistas y comunistas en Donbass. La diferencia era que la primera enmarcaba sus propuestas en un contexto nacionalista ruso y con predominancia de la Iglesia Ortodoxa.

Estas ideas ultraconservadoras se vieron plasmadas en el primer borrador de la Constitución Nacional de la DNR. Se remarcaba allí la alianza con la Iglesia y se establecía que el Estado tenía la obligación de proteger a la "familia tradicional". Los sectores Anti Maidán más cercanos a la izquierda criticaron fuertemente estas posturas.

El objetivo principal del espacio de Gubarev, Guirkin y Borodai era avanzar hacia occidente hasta finalmente incorporar todo el territorio ucraniano a Rusia, algo que Moscú no veía con buenos ojos, especialmente tras las sanciones que sucedieron a la anexión de Crimea. Vladimir Putin no tardó en confirmar que eso no iba a suceder.

X. El empresario

A lo largo de las semanas siguientes, la ciudad portuaria vivió en una suerte de limbo de pocas certezas. Fue justamente durante este periodo en que comenzó a cobrar cada vez más importancia el empresario Rinat Ajmétov, el hombre más rico del país. Poderoso oligarca originario de Donetsk, es dueño, entre muchas cosas, del club de fútbol Shajtar. Claro que su riqueza no se la debe al fútbol. Su holding System Capital Management (SCM) incluye empresas metalúrgicas, de energía, bancos, minería, seguros, telecomunicaciones, transporte, medios de comunicación y bienes raíces. Combinando todas sus empresas, Ajmétov emplea a unas doscientas ochenta mil personas y ha reportado ingresos por casi veinticuatro mil millones de dólares. Su cercanía con el Partido de las Regiones (PR), de Víktor Yanukovich, era tan evidente, tan íntima, que hasta tenía algunos diputados nacionales subordinados a sus dictámenes. Incluso entre 2007 y 2012 fue representante del PR en el Parlamento Nacional, aunque raramente iba a sesiones. Nada extraño para uno de los socios más longevos de Yanukovich. Ajmétov le debía buena parte de su fortuna a Yanukovich y Yanukovich le debía buena parte del poder que alguna vez tuvo a Ajmétov.

Pese a su relación con el partido y con su líder, hacia fines de diciembre de 2013 Ajmétov le soltó la mano al por entonces presidente. Quizás temía que un alejamiento de la Unión Europea y un acercamiento a Rusia y a la Unión Euroasiática afectara sus finanzas y se desprotegiera su patrimonio. O quizás vio que Yanukovich ya no tenía futuro y no valía la pena hundirse con él. Durante las primeras protestas en Maidán, publicó un comunicado a través del sitio Web de SCM en el que elogiaba a la UE, se mostraba cercano a los manifestantes, afirmaba no entender la decisión presidencial de rechazar el Acuerdo de Asociación y llamaba a una mesa de negociación. Aún así, Ajmétov no se convirtió en el mejor amigo de Kiev con el inicio de la guerra: buena parte de las propiedades de su compañía estaban en el Donbass controlado por las milicias y no podía resignarse a perderlo todo.

Antes de la guerra, el empresario tenía buenas relaciones con Igor Martínov, alcalde de Donetsk que luego pasaría a formar parte del Parlamento de la DNR, y, con el comienzo del conflicto, se acercó a Aleksandr Jodakovski, comandante del batallón Vostok, uno de los más grandes del Donbass. No faltará quien afirme que este batallón respondía directamente a Ajmétov, mientras que el batallón Oplot, comandando por Aleksandr Zajárchenko y a cargo de la protección de la residencia personal del oligarca, era financiado por él. En 2015 fue convocado por la justicia ucraniana a declarar en relación al financiamiento de las milicias del Donbass, pero ni siquiera quedó imputado.

Es difícil presumir que, tras la declaración de independencia de la DNR, Ajmétov mantuviera la suficiente influencia en el poder local como para tomar decisiones directas. Pero sí puede percibirse que ciertas políticas establecidas al principio de la guerra por la cúpula del poder separatista beneficiaron al oligarca. Se mantuvo el *status quo* económico, las propiedades de Ajmétov y sus activos fueron protegidos y hasta se le permitió desplegar

ayuda humanitaria a través de su fundación y desde el Donbass Arena, estadio del club Shajtar.

La caída del PR, sumado a alguien como Poroshenko en el poder, le harían perder preponderancia al empresario, pero de nada le servía un Donbass independiente. Lo que deseaba era una federalización de la región que le permitiera preservar su influencia e incluso aumentarla. En otras palabras, no podía estar al cien por cien con Kiev ni con el separatismo: debía jugar a ambos lados y moverse con la cautela necesaria como para quedar bien con Dios y con el Diablo. En ese sentido, mientras se aseguraba contacto permanente con Jodakovski, dispuso que los obreros de Metinvest, sección metalúrgica en Mariupol del holding System Capital Management, formaran milicias paralelas que por momentos colaboraban con las fuerzas rebeldes y por momentos se les enfrentaban. Pocos días antes del referéndum en Donbass, Ajmétov reclamó al gobierno de Kiev no enviar más tropas y dialogar con las milicias. Incluso aprovechó la oportunidad para posicionarse como la única persona capaz de resolver el conflicto, de mediar entre Kiev y los rebeldes.

Finalmente, el 13 de junio volvieron a atacar dos batallones ucranianos en Mariupol: Dnipro 1, creado hacía apenas dos meses en Dnipropetrovsk, y Azov. Tras una batalla de pocas horas, el gobierno recuperó el control de la ciudad y capturó a algunos líderes insurgentes, entre ellos al Alcalde Popular Alexander Fomenko, quien recién en los últimos días de 2017 sería condenado por separatismo a seis años y nueve meses de prisión.

A siete años de las batallas en Mariupol, la ciudad comienza a levantarse, a revivir. Sasha es un productor de documentales cortos para Internet y televisión que habla muy bien castellano. Tiene treinta y nueve años y una actitud bonachona, como si quisiera ser amigo de todos los que lo rodean, por eso sonríe constantemente. No duda en asegurar que sí, que Mariupol es un caso exitoso, que buena parte de la infraestructura ha sido reparada y que la situación económica está mejorando y los salarios, subiendo. Aclara que esto se debe mayormente al trabajo de activistas locales y no a políticas del gobierno. Menciona una serie de ONGs vinculadas a la promoción de derechos humanos, movimientos LGBT y feministas que están cambiando la fisionomía de la ciudad, pero también dice que han existido casos de ataques a sus miembros por parte de grupos de extrema derecha. Sasha, afirma:

> *Ese tipo de ataques han sido un gran problema en todo el país, pero en Mariupol es un poco distinto porque la policía colabora para investigar estas situaciones, cosa que no ocurre en otras regiones de Ucrania. Diría que Mariupol está muy por delante de otras ciudades en el sentido cultural, económico y político.*

Muchos de los nuevos cafés y bares de la ciudad han sido abiertos recientemente por jóvenes que escaparon de la guerra, desplazados internos que llevan adelante proyectos exitosos, iniciativas culturales o negocios:

> *Al final toda esta gente de alguna forma renovó el potencial intelectual de la ciudad porque Mariupol nunca antes había sido un destino importante para jóvenes con ambiciones intelectuales. Eso mismo sucedió en Severodonetsk, a donde van muchos refugiados de Lugansk. Filmamos mucho allí y creo que es la única ciudad además de Mariupol que realmente tiene actividad artística y política, con proyectos e ideas más allá de la superficial agenda nacionalista.*

Severodonetsk se convirtió en capital temporal de la provincia de Lugansk, ahora que la ciudad principal estaba bajo control de la República Popular.

A diferencia de muchas personas, civiles o militares, que trabajan en Donbass y especialmente cerca del frente de batalla, Sasha no usa pseudónimo. Para él no es necesario ocultar nada porque de todas formas es común en Ucrania hablar en contra del gobierno e incluso en contra del país, pese a algunas leyes que en la práctica casi nunca se aplican. Dice que no hace falta ser paranoico. Está a apenas 20 kilómetros de la línea de contacto entre dos ejércitos, en una ciudad repleta de soldados, pero aún así habla en voz bien alta para decir que el gobierno de Poroshenko fue un desastre, que virtualmente todo el mundo lo detestaba. Insiste en que hay demasiados prejuicios a ambos lados del conflicto y que los medios de comunicación los fomentan:

> *Es peligroso que los medios siempre muestren todo muy diferente a lo que es en verdad. Por eso no contesto a mensajes de reporteros que vienen a Ucrania o a Mariupol por pocos días para distorsionar completamente y desinformar sobre la vida en esta zona. No es porque sean reporteros mal cualificados, es el sistema de noticias que no produce nada verdadero. Creo que los reporteros modernos deberían ser antropólogos o tener bastante experiencia profesional en los temas de su obra.*

Para Sasha, el problema no es el trabajo del profesional sino el sistema de noticias: lo que vende. ¿Quién compraría una historia en la que pasa poco? ¿A quién le importa que Mariupol efectivamente se vea viva pese a todo? Hoy no hay mayor destrucción, no hay sangre, ni muerte, ni lágrimas. Sí sigue habiendo un alto desempleo, pero esa no es ninguna novedad en Ucrania. Sigue habiendo altísimos niveles de contaminación que a pocos ucranianos les importa. Y el enorme edificio del ayuntamiento sigue hueco, oscurecido por el humo y ejerciendo de gigantesca propaganda. El viejo cuartel de policía está aún abandonado, en ruinas, rodeado de cintas que prohíben el paso, sin techos ni ventanas, con demasiadas marcas de disparos y otras visibles heridas de aquellos enfrentamientos de 2014. Muchas de las heridas siguen allí. Pero también hay festivales, música y nuevos cafés y bares. Mariupol se recupera y empieza a crecer, como tal vez lo hagan algún día otras ciudades del Donbass. Cuando al fin no haya más guerra.

En mayo de 2014 comenzaron las batallas en Severodonetsk, Lysychansk y Rubizhne, parte de la misma área metropolitana, y tomadas por las fuerzas del cosaco Pavel Dryomov y del comandante de la brigada Prizrak (“Fantasma”), Alexey Mozgovoy, a instancias de Igor Guirkin. Mientras tanto, Bolotov y Plotnitsky lideraron la batalla en el Aeropuerto de Lugansk, que se extendió hasta septiembre y terminó con victoria de las fuerzas rebeldes. También fueron victoriosas las batallas en Jriashchuvate, al sudeste de la capital, en agosto, y en Lituguino, unos 20 kilómetros al sur de Lugansk, de julio a septiembre. La ciudad de Shchastia, con diez mil habitantes, ubicada al norte de la línea de contacto que representa el río Donets y a 25 kilómetros de Lugansk, estuvo bajo control separatista de abril a junio, cuando fue retomada por el batallón Aidar, aunque los enfrentamientos esporádicos continuaron durante años.

En medio de la sucesión de derrotas el ejército ucraniano comenzó a utilizar artillería pesada, disparando sobre las ciudades y afectando edificios civiles, plazas, calles. La muerte de civiles en manos del ejército de Kiev tan solo deslegitimó aún más la autoridad del

mandatario interino Turchynov y sirvió para que las milicias armadas dieran rápidamente un salto cuantitativo, sumando cada vez más población local en respuesta a los ataques del gobierno. Al mismo tiempo, la formación de agrupaciones paramilitares de ultraderecha para combatir a los separatistas del Donbass llevó a que más civiles locales se unieran a las brigadas separatistas para luchar contra aquellas. Fue un gran círculo vicioso. Pronto las Milicias Populares pasaron de ser unas pocas decenas de hombres armados, algunos locales y otros provenientes de Crimea al mando de Guirkin, a ser un ejército cada vez más fuerte. Entonces ocurrió Odesa.

XI. El colombiano

Alexis nació en Colombia pero vivió muchos años en España. Ya no: desde 2014 vive en la República Popular de Donetsk. Se hace llamar *Alfonso*, por Alfonso Cano, líder de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) hasta 2011, cuando fue muerto por el ejército. A diferencia de otros voluntarios internacionalistas en Donbass, Alexis, *Alfonso*, sí suele dar entrevistas, muestra su rostro y revela su nombre real. Ha publicado videos en YouTube y utiliza activamente distintas redes sociales. Es una persona abierta a la que poco le interesa ocultarse o simular, de hecho se casó en Donetsk y las fotografías de su boda aparecieron en medios rusos.

Habla con una voz clara que entremezcla el acento colombiano con el madrileño, el aragonés y cierto dejo del ruso. Llegó a España a los diez años y durante la adolescencia se acercó al comunismo, luego pasó algún tiempo en el ejército español y fundó un movimiento comunista y antifascista en Murcia. Cuando comenzó Euromaidán organizó manifestaciones en contra de lo que estaba sucediendo en Kiev:

> *Vimos cómo empezaron a matar gente en Maidán. Vimos que los que mataban eran extranjeros, Gladios de la OTAN. Todos ellos tenían brazaletes amarillos. Y al mismo tiempo proliferaban símbolos de extrema derecha junto a los Gladios. Por eso empezamos a organizar manifestaciones antifascistas en España y se crearon comités para difundir lo que estaba pasando y buscar soluciones. Después pasó lo de Odesa.*

A la caída de Yanukovich le siguió el comienzo de un efecto rebote: el nacimiento del Anti Maidán como movimiento en contra de la expulsión ilegal del hasta entonces presidente y del crecimiento del nacionalismo extremo, de la ultraderecha en el país. Pero también en contra de la idea de una Ucrania alejada de Rusia y más cercana a la OTAN y a la Unión Europea. En algunas regiones, todo esto se entremezcló con el reclamo de establecer el idioma ruso como cooficial. En muchas ciudades del este y del sur hubo manifestaciones de ambos grupos. Las había extremas, que clamaban por una Ucrania para los ucranianos y para nadie más o que presionaban por la independencia de las regiones sudorientales, y más moderadas, que convocaban al diálogo, a nuevas elecciones y hasta a cambios constitucionales.

Los manifestantes más extremos tomaron edificios públicos en muchas ciudades, especialmente, aunque no solo, en Donbass. Ubicada en las costas del Mar Negro, Odesa tiene más de un millón de habitantes, es la tercera urbe más poblada de Ucrania, su mayor puerto y una ciudad de predominante lengua rusa. A partir de marzo hubo allí manifestaciones anti y pro Maidán, pero en abril, con el comienzo de la guerra en Donbass, la situación se exacerbó y finalmente estalló al mes siguiente. El 2 de mayo ambos grupos se enfrentaron en el centro de la ciudad, mayormente con palos y piedras, hasta que alguien disparó un arma de fuego. Hay pruebas de que fue un manifestante Anti Maidán que eventualmente sería

detenido. Pronto comenzaron las bombas molotov, cada vez más armas de fuego y barricadas en el centro de la ciudad. En escasas horas habían muerto cinco personas, cuatro de ellas parte de las manifestaciones Anti Maidán. Desde el sector pro Maidán destruyeron el campamento rival y obligaron a los manifestantes a huir y refugiarse en el cercano Edificio de Sindicatos. Lo que siguió fue una masacre.

No es seguro quién provocó el incendio, cuál de todas las bombas molotov inició todo. Es probable que se tratara de miembros de Sector Derecho, que durante toda esa jornada fueron particularmente activos y violentos. Lo que sí es seguro es que las puertas bloqueadas impidieron que los manifestantes escaparan, y que los bomberos llegaron tarde y no pudieron actuar adecuadamente debido a la muchedumbre fuera del edificio. Aquellos que lograron salir fueron atacados con golpes y piedras. Al final del día, habían muerto treinta y dos personas calcinadas dentro del edificio y diez intentando escapar, además de seis por armas de fuego. Doscientas cincuenta personas resultaron heridas y ciento veintitrés, detenidas.

El por entonces candidato presidencial Poroshenko dijo en conferencia que todo había sido planeado por Rusia y que se habían encontrado sustancias tóxicas dentro del edificio con el objetivo de provocar más muertes. Arsen Avákov, Ministro del Interior, culpó a la Policía y a las autoridades locales de promover los enfrentamientos; el gobernador de Odesa, Volodimir Nemirovsky, aliado de los partidos nacionalistas Patria y Svoboda, defendió a los manifestantes pro Maidán, culpó a la Policía y acusó a Alexander Dubovoy, Miembro del Parlamento por Patria, de haber orquestado toda la jornada. Al final, tras demasiadas acusaciones cruzadas, todo quedó en nada. Pero Odesa fue un punto de quiebre: pronto Sector Derecho se uniría a la guerra en Donbass y, a partir de octubre, Alexis también.

“No podíamos quedarnos sentados mientras los nazis de Sector Derecho bombardeaban ciudades y mataban a civiles”, dice Alexis. El 15 de octubre viajó de Madrid a Moscú y luego a Rostov del Don, la ciudad rusa más cercana al Donbass, a apenas 100 kilómetros. Allí contactó con una familia que lo alojó durante algunas semanas en las que recibió entrenamiento. Lo ofrecía Esencia del Tiempo (***Суть времени***), una organización comunista rusa nacida en 2011 y que incorpora elementos del cristianismo ortodoxo. Para entonces contaba con más de diez mil miembros y sedes en una buena cantidad de países de Europa occidental, China, Estados Unidos, Canadá y Australia. Una plataforma que, en palabras de Alexis, busca una especie de Unión Soviética 2.0 y que tenía por objetivo prevenir una revolución naranja en Rusia. Luego sucedió Euromaidán y el entrenamiento pasó a ser Anti Maidán, una respuesta desde la izquierda a la serie de protestas que habían expulsado a Yanukovich del poder. Si en Maidán el apoyo estadounidense y europeo occidental había sido tan evidente, no valía la pena esconderse, como nunca se escondió Alexis. Dice el colombiano:

> *Con Esencia del Tiempo recibí un entrenamiento más civil que militar. Hacíamos una especie de entrenamiento Anti Maidán, pero combinado con cosas del estilo de la Teología de la Liberación. Estuve un mes sin ir al frente.*

Hacia diciembre, y junto a otros voluntarios extranjeros provenientes de la misma organización, se incorporó al batallón Vostok, que, según él, contaba con más de tres mil personas. Participó como francotirador en la batalla del aeropuerto de Donetsk, la más extensa y dura de la guerra.

Durante ese periodo, ocho españoles que habían formado parte de las fuerzas separatistas fueron arrestados en su país. Alexis grabó entonces un vídeo en solidaridad y apoyo a sus "compañeros y camaradas españoles" arrestados "por defender la autodeterminación y la libertad del pueblo de Donbass". Llamaba a que los grupos antifascistas e internacionalistas de España se movilizaran para defender a sus compañeros. También participó de ese video Russel Bentley, alias *Texas*, comunista estadounidense originario de Austin, oficialmente miembro del Partido Comunista de Donetsk (KPDNR) a partir de 2018. *Texas* se había unido a Esencia del Tiempo y combatido en el batallón Vostok entre enero y junio de 2015 en la zona del aeropuerto, el barrio Spartak y la ciudad de Avdievka, unos 8 kilómetros al norte. Ahora es un blogger con canal en YouTube y ha escrito un libro de su experiencia en Donbass. En 2017 se convirtió en ciudadano de la DNR y se casó en Donetsk el mismo año.

En aquel video, y en un castellano bastante precario, *Texas* agregaba que los españoles detenidos:

> *No hacer un crimen, ellos hacer ayuda de humanidad. Poner en el cárcel por eso es un crimen. No permiten eso, no olvide su historia, la guer civil de España, que los internacional vienen a ayudarte contra el fascismo de Franco. Ahorita esos hombres que tiene en cárcel son lo mismo con ellos. Hacer todo que puedes a liberar esos hombres del govermente de España.*

Junto a un grupo de otros cuatro hombres con rasgos que marcaban claramente sus orígenes diversos, terminaban el mensaje con el puño en alto y un "no pasarán".

Los españoles detenidos fueron finalmente absueltos, pero nunca se detuvo a ninguno de sus compatriotas que pelearon en las fuerzas paramilitares del lado ucraniano. La División Misanthropic, parte del batallón Azov, abiertamente racista y particularmente violenta, estaba mayormente conformada por extranjeros y tenía por objetivo explícito establecer un estado Nazi en Ucrania. Amnistía Internacional denunció que los miembros de este grupo habían cometidos graves violaciones a los derechos humanos.

La unidad internacional de Esencia del Tiempo pasó a formar parte de las Fuerzas de Operaciones Especiales en 2015, con la desaparición de las milicias informales y la formación del ejército regular de Donetsk. Alexis comenta:

> *En el batallón de Fuerzas Especiales Jan (**спецназ Хан**) fue donde más aprendí. Primero como* spetsnaz*, avanzábamos por delante de las líneas para decirle a la artillería dónde disparar. Luego me convertí en zapador, que es el que ubica minas y explosivos y asegura el camino del grupo a medida que avanza.*

En agosto de 2017, al norte de Gorlovka, una explosión dejó a Alexis en silla de ruedas:

> *Estaba con mi comandante Domovoy reconociendo el lugar. Nos explotó una mina a tres metros. Los ucranianos nos hicieron una emboscada, pero mis compañeros fueron rápidos y nos sacaron de ahí. A mí se me rompieron las piernas, pero eso es muy poco comparado con lo que le pasó a Domovoy, que murió por el ataque el mismo día. Desde que estoy aquí han muerto cuatro de mis comandantes.*

Fue durante ese mismo verano que Alexis se convirtió al cristianismo ortodoxo y al año siguiente se casó en una iglesia de Donetsk.

El colombiano tiene una respuesta sencilla para una pregunta clave ¿Cómo y por qué

alguien puede involucrarse voluntariamente en una guerra ajena y lejana? ¿Cómo se resuelve el ir a matar o morir? La única forma de luchar en una guerra ajena es haciéndose parte de ella y de los que, quieran o no, participan, identificándose con los locales, civiles y militares, con su historia, sus miedos, sus calles, sus amenazas. Cuando el extranjero se siente parte de ese pueblo la guerra no le puede ser ajena. Alexis, el colombiano que fue a combatir en una guerra que poco tenía que ver con Colombia o con España, se casó en una iglesia ortodoxa rusa y tuvo un hijo en Donetsk. Y pronto su relación con esa tierra y su gente fue mucho más compleja que cuando había llegado.

La guerra es también esa construcción de nuevos lazos y aferramientos, el agarrarse de algo cuando los disparos parecen llevarse todo por delante. Cuando la vida anterior es una etapa terminada y la guerra se convierte en un nuevo mundo, una familia, un trabajo, una estabilidad, un futuro, entonces no hay ningún sentido en ocultarse.

Antes de irse portando con orgullo sus muchas medallas, dice:

> *En unos meses estaré de vuelta de pie y no me voy a ningún sitio. Ahora me quedo aquí hasta el final de la guerra. Eso será muy pronto. Apenas termine la guerra en Siria esto también se termina. Entrarán los Cascos Azules y el Donbass va a pasar a ser una región autónoma dentro de la Federación Rusa.*

XII. Poroshenko, un Willy Wonka sin gracia

A comienzos de la guerra y en forma apresurada comenzó la campaña electoral para encontrar al sucesor del depuesto Yanukovich. Los comicios presidenciales del 25 de mayo de 2014 debían realizarse al año siguiente. Petro Poroshenko se postuló como candidato independiente con el apoyo de la Alianza Ucraniana Democrática para la Reforma (UDAR), el partido del ex boxeador Vitali Klichkó, alcalde de Kiev. Su principal contendiente era la nacionalista Yulia Timoshenko, con su partido de centroderecha Patria, que había perdido en segunda vuelta contra Yanukovich en 2010 y que había salido de prisión hacía pocos meses. Al menos en lo discursivo, Timoshenko y Poroshenko no diferían demasiado: ambos prometían acercarse a la Unión Europea, recuperación económica, lucha contra la corrupción y finalización del conflicto en Donbass. Pero Poroshenko tenía algunas cartas bajo la manga.

La empresa chocolatera Roshen nació en 1996 y llegó a reportar ganancias anuales de hasta mil millones de dólares. Su fundador y dueño era Poroshenko. Antes de la asunción, dijo que vendería su parte de la compañía (85%), pero no lo hizo y recién en 2017 transfirió la administración de sus acciones a un fideicomiso ciego encabezado por Rothschild Investment. Roshen es el origen de la riqueza personal del entonces presidente, que alcanzó en 2012 los mil millones de dólares, y no es casual su apodo de magnate chocolatero, una especie de Willy Wonka sin gracia. Tampoco fue casual su activa participación durante Euromaidán, apoyando las protestas tanto mediante discursos como económicamente, y mostrando una clara posición a favor de los manifestantes a través de Canal 5, su propia cadena de noticias. Si bien ese apoyo repercutió en un aumento de popularidad que culminaría con el triunfo electoral, no puede obviarse el factor monetario. El año anterior Rusia prohibió la importación de chocolates Roshen, disminuyendo las exportaciones de la compañía en un 40% y la riqueza de Poroshenko en un 25%. Para Poroshenko, apoyar a quienes se manifestaban en contra de las políticas de Yanukovich de acercamiento a Rusia era una cuestión personal.

Esta vez no hubo segunda vuelta, de hecho fue la primera elección desde 1991 en la que un candidato obtuvo más del 50% de los votos en primera vuelta. El 54.7% de Poroshenko fue algo sorpresivo porque ninguna encuesta pronosticaba más del 45%. Sin embargo, vale preguntarse por la legitimidad de estos comicios, considerando que en Crimea, para entonces ya bajo control efectivo ruso, no hubo elecciones y que en Donbass la guerra obligó a que tan solo estuvieran habilitadas el 20% de las mesas electorales planeadas originalmente. Además, en buena parte del oriente ucraniano, tradicionalmente cercano a Rusia, acudieron a votar menos de la mitad de los habitantes.

A mediados de ese mismo 2014, luego de la asunción presidencial, se fundó el partido Bloque Petro Poroshenko – Solidaridad, de cara a las elecciones parlamentarias de octubre. La nueva agrupación no era tan nueva sino que apenas consistía del rejunte de otros partidos, entre ellos Solidaridad, que compartía nombre con el sindicato polaco anticomunista de Lech Wałęsa. Al año siguiente, UDAR se fusionó con el partido gobernante y Klichkó, alcalde de

Kiev y ex campeón mundial de boxeo, se convirtió en su líder. Este grupo heterogéneo giraba en torno al presidente y era de alguna forma tan contradictorio como él: Poroshenko había alcanzado el poder criticando a Yanukovich y a otros políticos, pero había ocupado importantes cargos públicos durante su presidencia y la de Leonid Kuchma, e incluso había sido Ministro de Asuntos Exteriores de Yúschenko.

Vender Roshen no fue la única promesa incumplida de un Poroshenko cuya popularidad continuó cayendo mes a mes desde 2014. La guerra en el Donbass no terminó durante su mandato y la economía no mejoró. Hacia fines de 2018, el FMI determinó que Ucrania era el país más pobre de Europa en términos de producto bruto interno per cápita, con cifras cercanas a la mitad de sus vecinos de Bielorrusia y casi tres veces menores que las de Rusia[1]. Si bien el PBI efectivamente creció entre 2014 y 2019, siguió muy lejos de los niveles previos a la guerra y a las disputas políticas y comerciales con Rusia. La recesión continuó y no hubo préstamo del Fondo Monetario Internacional que alcanzara para levantar la pesada carga que significó perder el Donbass, la región más industrializada del país, y al principal socio comercial. A 2017, la deuda externa ucraniana equivalía a más del 70% de su PBI, aunque el año anterior había superado el 80%. Mientras tanto, el informe de 2017 de la ONG Transparency International ubicó a Ucrania en el puesto 130° de 180 países en cuanto a niveles de corrupción[2].

La promesa que definitivamente cumplió el presidente fue el acercamiento político al occidente europeo. Poroshenko anunció en forma reiterada que su objetivo era que Ucrania se incorporase a la OTAN, algo que no causó simpatía alguna en el Kremlin. Incluso a fines de 2018 se modificó la Constitución Nacional para establecer la incorporación del país a la OTAN como una meta prioritaria. Para el séptimo aniversario de la guerra Kiev buscaba acceder a un Plan de Acción de Membresía (MAP, por sus siglas en inglés), un paso formal para incorporarse a la alianza, y había sido nombrado oficialmente “país aspirante”, mismo status que Macedonia del Norte, Georgia y Bosnia Herzegovina.

Para la OTAN, la incorporación de Ucrania significa continuar un proceso de cercamiento a Rusia iniciado en 1999 con la incorporación de los ex miembros del Pacto de Varsovia: Polonia, Hungría y República Checa, y continuado en 2004, cuando se sumaron otros tres ex aliados de la Unión Soviética: Rumania, Bulgaria y Eslovaquia; y, por primera vez, ex repúblicas soviéticas: Estonia, Lituania y Letonia

¿Pero realmente le interesa a la OTAN incorporar a un país pobre y envuelto en una guerra estancada? No parece lógico. No puede analizarse este conflicto simplemente como una disputa entre occidente y oriente. Además del aspecto militar, Rusia fue hasta 2014 el principal aliado comercial de Ucrania y el Acuerdo de Asociación rechazado por Yanukovich en 2013 y firmado por Poroshenko en 2017 no fue suficiente para recuperar lo perdido. No sería de extrañar que tarde o temprano Ucrania quisiera recuperar mercados al este de la frontera.

Pero eso no le bastó a Poroshenko para alcanzar la reelección. En 2019, el joven comediante Volodimir Zelenski obtuvo casi el doble de votos que Poroshenko en primera vuelta y más del 70% en segunda, además de derrotarlo en veintitrés de las veinticuatro provincias ucranianas. El presidente saliente perdió frente a un hombre de apenas 41 años cuya única experiencia política hasta entonces había sido personificar a un mandatario en la sátira televisiva *Servidor del Pueblo*. Su campaña había sido tan espectacular que hasta el partido político que representaba tomó el nombre del show y se ufanó de no hacer promesas

para así no decepcionar a los votantes. El triunfo de un *outsider*, de un personaje tan curioso, era una suerte de voto castigo, un mensaje no solo para Poroshenko sino para toda la clase política ucraniana, especialmente para aquella que se había mostrado en todas las pantallas durante Euromaidán, incluida Timoshenko.

Inmediatamente después de la caída de la Unión Soviética, el Deutsche Bank publicó un estudio en el que predijo que Ucrania sería el ex país soviético más exitoso. Citó la geografía, los recursos naturales y las tierras fértiles, además del tamaño de la población —55 millones —, el supuesto deseo de Occidente de apoyar a este país estratégico, y a la educación y la tasa de alfabetización de la población como los factores principales que resultarían en el éxito ucraniano[3]. ¿Qué salió tan mal entonces como para que la economía ucraniana colapsara tantas veces en apenas un cuarto de siglo? Diez años antes de la guerra, la economía ucraniana ya había colapsado dos terceras partes más que la rusa.

Publicaciones como *The Economist* solían responsabilizar a los resabios del comunismo y al lento e ineficiente proceso de privatización[4], pero ahora habían sido proscriptos los partidos comunistas y se habían privatizado casi todas las grandes empresas, y los resultados no habían sido positivos. La guerra y las disputas con Rusia podían justificar los problemas económicos del último lustro, pero no de los últimos veinticinco años. Quizás las sucesivas debacles hayan tenido que ver con la corrupción enquistada, o con la ambivalencia que significa acercarse a Rusia o al occidente europeo según quién gane las elecciones ¿Cómo podría crecer un país tan dividido, tan dicotómico, tan impaciente, tan incongruente, tan indeciso? La guerra en Donbass no era la causa de este complejo proceso sino una de sus consecuencias.

[1] *BNE Intellinews*. IMF ranks Ukraine as Europe's poorest country. 16 de octubre de 2018. Recuperado de: https://www.intellinews.com/imf-ranks- ukraine-as-europe-s-poorest-country-150301/

[2] Transparency International (2018). *Corruption Perceptions Index 2017*. Recuperado de: https://www.transparency.org/news/feature/corruption_ perceptions_index_2017

[3] Arias King, Fredo (2005). *Transiciones: la experiencia de Europa del Este.* Buenos Aires. Fundación Cadal, Fundación Pontis y CEON. p. 197.

[4] *The Economist.* "Ukraine over the brink". 4 de septiembre de 1993, p. 45-6.

XIII. Contraataque ucraniano

Petro Poroshenko asumió la presidencia el 7 de junio, en medio de una importante contraofensiva ucraniana que llevaría a recuperar el control de muchas ciudades. Prometió acabar rápidamente con la guerra y recuperar Crimea, y la primera promesa realmente parecía posible: el ejército ucraniano logró grandes avances y victorias durante junio y julio, mientras que las milicias populares retrocedían y reclamaban un apoyo concreto de Rusia que no llegaba.

Apenas un día después de las elecciones y menos de dos semanas antes de la asunción, los milicianos de Donbass intentaron responder a las promesas de Poroshenko tomando el Aeropuerto Internacional de Donetsk. La operación estuvo a cargo de Aleksandr Jodakovski, comandante del batallón Vostok, uno de los más grandes de la DNR, oriundo de Donetsk y miembro del Servicio de Se-guridad Ucraniano (SBU) hasta el comienzo de la guerra. Su relación con Guirkin nunca había sido buena: mientras éste insistía en un Donbass incorporado a la Federación Rusa, Jodakovski creía en la federalización y la autonomía dentro de Ucrania.

La batalla del Aeropuerto se extendió por tan solo un día y fue un completo fracaso para Jodakovski y sus fuerzas rebeldes. Perdieron a casi cincuenta hombres y no consiguieron ni una sola baja enemiga.

Por si esto fuera poco, la mayoría de los muertos eran ciudadanos rusos, alimentando así la propaganda ucraniana de que el conflicto era en realidad una invasión de Moscú.

Tras la derrota, Guirkin volvió a reclamar a Putin una intervención directa, pero el presidente ruso hizo caso omiso y se limitó a mantener una buena cantidad de tropas en la frontera amparándose en el derecho a proteger a la población étnicamente rusa. Era una amenaza a Poroshenko, quien asumió el poder con la clara intención de evitar cualquier tipo de negociación con las milicias. Pero la presión de Rusia fue más fuerte y el 20 de junio, a trece días de haber asumido, el presidente ucraniano anunció un plan de paz de quince puntos que tenía por fin garantizar la inmunidad de los rebeldes durante las negociaciones. Los puntos incluían la liberación de rehenes, el desarme, el abandono de los edificios administrativos de Donetsk y Lugansk, reconstrucción de infraestructuras, restauración del gobierno local y convocatoria a elecciones locales anticipadas. Se ofrecía también la apertura de un corredor de diez kilómetros para la salida de rebeldes hacia Rusia y se declaraba un cese al fuego de una semana.

Parte de los grupos rebeldes, especialmente aquellos cercanos a Aleksandr Zajárchenko, por entonces comandante del batallón Oplot, aceptaron el alto al fuego, y hasta llegó a darse

una serie de negociaciones en Donetsk. Pero desde el sector de Guirkin no aceptaron negociar ni abandonar las armas, mucho menos entregar los territorios que habían ganado. El cese al fuego se violó sistemáticamente y hacia fines de mes ya se había reactivado la guerra.

En los días siguientes, los avances ucranianos fueron aún más efectivos, como si pudieran cumplirse las promesas de Poro-shenko de terminar rápidamente con la guerra. El ejército recuperó en apenas dos días el control sobre Kramatorsk, Sloviansk, Konstantinovka, Druzhivka y Artemivsk (renombrada Bajmut en 2016), y para fines de julio también se habían recuperado Lysychansk y Severodonetsk. Guirkin retrocedió desde Sloviansk a Gorlovka y retuvo vehículos y armamento. Había perdido la ciudad, pero había ganado en material bélico. Por un breve periodo se mantuvo como Ministro de Defensa de la DNR, hasta que en agosto dejó el cargo y pronto se fue a Rusia. La recuperación de Sloviansk y de Kramatorsk el 5 de julio fue el inicio de una segunda fase de la guerra. Si la primera, a partir de abril, había sido de expansión rebelde, durante la segunda etapa el ejército ucraniano logró retomar casi todo el territorio y acorralar a las autoproclamadas repúblicas populares. La situación cambió una vez más en agosto, con una nueva ofensiva desde oriente que culminó en la firma del Acuerdo de Minsk en septiembre, un primer intento para acabar con la guerra.

Esta fue la peor etapa del conflicto, entre junio y el primer Acuerdo de Minsk. A lo largo de esos pocos meses murieron al menos dos mil civiles, más del 60% del total acumulado en los más de siete años de guerra.

Durante ese periodo y al menos hasta octubre de 2014, Ucrania utilizó bombas de racimo en Donetsk, y en toda la región del Donbass, al menos hasta febrero de 2015. Así lo indican diversos informes de la ONG con base en Nueva York Human Rights Watch (HRW) publicados en los últimos años. Aunque Ucrania nunca firmó el Acuerdo Internacional sobre Municiones de Racimo que prohíbe su uso y almacenamiento a partir de 2010, HRW advirtió en octubre de 2014 que la utilización de este armamento en forma indiscriminada sobre áreas pobladas puede constituir un crimen de guerra. Ese mes murió Laurent DuPasquier, un ciudadano suizo que trabajaba para el Comité Internacional de la Cruz Roja, cuando la sede del organismo en Donetsk recibió impactos de submuniciones de racimo. Kiev se apresuró a negar esta posibilidad de la mano del portavoz militar Vladislav Selesniov, quien argumentó que el ejército no contaba con este tipo de armamento, y que de todas formas no disparaban a zonas civiles. Pero los misiles habían sido lanzados desde el sudoeste: la región controlada por Ucrania.

Frente al Hospital Clínico Infantil de Lugansk hoy existe un monumento metálico, de estilo moderno, en el que se ve la borrosa imagen de un soldado sosteniendo a un niño aparentemente muerto. Abajo, se lee “02.VI.2014”, el día del bombardeo aéreo al centro de la ciudad que dejó un saldo de ocho muertos, entre ellos la Ministra de Salud de la República Popular de Lugansk (LNR) Natalia Arjipova. En un principio, Kiev negó responsabilidad alguna y las fuentes militares ucranianas se apresuraron a hablar de explosivos colocados por los propios rebeldes en la plaza y dentro del edificio sede del gobierno, pero la OSCE demostró el mismo día que esto era falso. Finalmente, Kiev admitió que el ataque había sido en respuesta a la toma de un puesto fronterizo por parte de las fuerzas de la LNR el día anterior. Desde el Ministerio de Defensa de Ucrania dijeron que el blanco había sido el edificio gubernamental tomado por rebeldes, pero la mayor parte de los muertos y heridos

estaban en la céntrica Plaza de los Héroes de la Gran Guerra. Una vez más, como durante buena parte de su gestión, el presidente interino Turchynov había atacado áreas civiles sin contemplar los posibles daños.

En medio del retroceso rebelde fue derribado el avión MH17 de Malaysia Airlines en Grábovo, cerca de la frontera rusa. El 17 de julio, el vuelo debía unir Ámsterdam con Kuala Lumpur, llevando a bordo a quince miembros de la tripulación y a doscientos ochenta y tres pasajeros. Ninguno de ellos era ucraniano o ruso y la abrumadora mayoría eran ciudadanos neerlandeses. Desde Kiev responsabilizaron a los separatistas, mientras que éstos culparon al ejército ucraniano. Lo más probable es que las milicias del Donbass encabezadas por Guirkin confundieran al avión con uno militar y dispararan utilizando un sistema de lanzamisiles BUK, fabricado en los setenta y con un alcance superior a los 20 kilómetros. Pocas semanas antes, los separatistas habían capturado un lanzamisiles del ejército ucraniano y en ese periodo habían derribado varios aviones militares. Ucrania presentó grabaciones de dudosa veracidad en las que supuestos rebeldes admitían haber derribado al MH17, y Vladimir Putin responsabilizó a Poroshenko por no cerrar el espacio aéreo para vuelos comerciales en medio de la guerra. En realidad existía una zona de exclusión en vigencia, pero por debajo de los diez mil metros, altura que el vuelo de Malaysia superaba.

Esa ruta era la más utilizada para conectar el occidente europeo con el sudeste asiático y en la misma semana hubo numerosos vuelos atravesando la zona, entre ellos ochenta y seis de la rusa Aeroflot, setenta y cinco de Singapore Airlines, sesenta y dos de Ukraine International Airlines, cincuenta y seis de la alemana Lufthansa y cuarenta y ocho de la misma Malaysia Airlines. La decisión de la compañía de sobrevolar la zona no era ni un delirio ni una irresponsabilidad, simplemente parecía demasiado remota la posibilidad de que un misil impactara a un avión comercial a esa altura. Inmediatamente después, Ucrania cerró completamente el espacio aéreo en la región oriental.

En 2018, una comisión investigadora internacional liderada por Países Bajos, y que incluía a miembros de Australia, Bélgica, Malasia y Ucrania, anunció que los disparos habían partido de un sistema de misiles ruso BUK, parte de la 53ª Brigada de Misiles Antiaéreos de Rusia, con base en Kursk, a unos 600 kilómetros de Grábovo. Como prueba, se presentaron imágenes de redes sociales rusas en las que se veían vehículos trasladándose hacia la frontera y en las que supuestamente podía reconocerse el número de identificación del armamento. No se mostraba que los vehículos efectivamente ingresaran a territorio ucraniano y ya era sabido que Rusia tenía apostadas unidades en la frontera, por lo que el informe no aportaba demasiado.

Tampoco se le otorgaba responsabilidad alguna a Ucrania ni se mencionaba quién o por qué podría haber derribado el avión, simplemente que habían sido rebeldes con armamento ruso. Putin volvió a responsabilizar a Ucrania y Serguéi Lavrov, ministro de Relaciones Exteriores ruso, dijo que los resultados estaban basados en datos falsos provistos por bloggers. Poroshenko definió entonces a Rusia como “un Estado que apoya el terrorismo” y dijo que haría todo lo posible para que las acciones de ese país fueran juzgadas en el Tribunal Internacional de Justicia.

Un año más tarde, en junio de 2019, la misma comisión investigadora identificó como sospechosos de disparar contra el avión de Malaysia Airlines a cuatro hombres: tres ciudadanos rusos y un ucraniano. Además de Igor Guirkin, fueron nombrados sus compatriotas Serguéi Dubinsky y Oleg Pulatov, y el local Leonid Jarchenko.

Claramente, derribar un avión civil de una aerolínea malasia no representaba absolutamente ninguna ventaja militar para los rebeldes, por lo que es muy probable que se hubiera tratado de un error. Aunque también existe la posibilidad de que el objetivo fuera terminar con el frágil proceso de paz y forzar la entrada formal de Rusia en el conflicto. De todas formas, lo que siguió fue una nueva escalada de violencia y avances del ejército ucraniano, más de un millón de desplazados internos y bombardeos sobre áreas civiles con lanzamisiles Grad, un sistema sumamente impreciso que dispara múltiples proyectiles sobre un área amplia. Viéndose cada vez más acorralado, Guirkin volvió a reclamar ayuda de Putin. Para principios de agosto, con las ciudades de Donetsk y Lugansk casi completamente rodeadas e incomunicadas entre sí, el triunfo ucraniano parecía próximo. Pero entonces la situación dio un vuelco importante.

Quienes habían liderado a las fuerzas rebeldes hasta ese momento fueron sustituidos por locales. Guirkin abandonó su puesto como Ministro de Defensa el 14 de agosto y fue reemplazado por Vladimir Kononov, originario de Lugansk; Valeri Bolotov, líder político de la LNR, fue reemplazado el mismo día por Igor Plotnitsky, Ministro de Defensa hasta entonces; Aleksandr Borodai dejó el cargo de Primer Ministro de la DNR una semana antes y fue reemplazado por Aleksandr Zajárchenko, oriundo de Donetsk. Durante casi un año, Borodai permaneció en el Donbass como una suerte de asesor y, por apenas dos meses, como Viceprimer Ministro. A mediados de 2015 se marchó a Rusia, fundó la Unión de Voluntarios del Donbass y ya no regresó a Donetsk.

En un puñado de días abandonaron el poder todos aquellos que insistían en un avance militar sostenido hasta tomar Kiev y toda Ucrania, algo que Rusia no iba a apoyar, y asumieron quienes mantenían mejores relaciones con el Kremlin. A diferencia de los neoeurasianistas, el sector que ganó fuerza entonces promovía un sistema económico más conservador, manteniendo mayoritariamente el *status quo* previo a la guerra, y un sistema político semipresidencialista, similar al de la Federación Rusa. En este grupo existían quienes, como el mismo Zajárchenko, buscaban la consolidación de una república independiente que tal vez en un futuro pudiera incorporarse a Rusia; y quienes, como Jodakovski, ex comandante del SBU, promovían la federalización del Donbass dentro de Ucrania, argumentando que la identidad rusa y la ucraniana podían ser compatibles. No casualmente el empresario Ajmétov fue tan cercano a Jodakovski y al batallón Vostok a comienzos de la guerra: él también quería un Donbass autónomo dentro de Ucrania.

Ese fue el comienzo de una nueva contraofensiva y de la tercera etapa del conflicto. Ya como Primer Ministro, Zajárchenko anunció la incorporación de mil doscientos soldados como refuerzo y ciento cincuenta vehículos blindados, capturados al ejército ucraniano. Luego declaró la voluntad de dialogar con Kiev, pero siempre que la DNR y la LNR fueran reconocidas como países independientes. Casi al mismo tiempo, se unieron a la contraofensiva numerosos soldados rusos, aunque no al nivel que reclamaba Guirkin ni al que denunciaba el gobierno de Poroshenko. Putin continuó negando cualquier tipo de intrusión, pero soldados capturados o muertos probaron que, efectivamente, hubo una participación activa de Rusia a partir de entonces. Siguieron las batallas de Gorlovka, cuarta ciudad de la provincia, con casi doscientos cincuenta mil habitantes y ubicada a 50 kilómetros de Donetsk, que había sido recapturada por el ejército ucraniano el 21 de julio; de Novoazovsk, pequeña ciudad balnearia a unos 10 kilómetros de la frontera con Rusia; del distrito de Shajtarsk, zona al este de Donetsk, también próximo a la frontera, famoso por la

estratégica colina de Saúr Maguila y en donde había caído el MH17; y una nueva ofensiva sobre el puerto de Mariupol. Las tres primeras fueron importantes victorias para los separatistas y tanto Gorlovka como Novoazovsk permanecieron desde entonces bajo control de la DNR.

La batalla de Saúr Maguila, 85 kilómetros al este de Donetsk y a unos 15 de la frontera con Rusia, tuvo una importante carga simbólica. En agosto de 1943, la conquista soviética de esa colina fue el principio de la expulsión de los nazis en Donbass, uno de los triunfos más importantes en la región durante la Segunda Guerra Mundial. En 1967, el gobierno soviético inauguró un gran memorial que incluía un obelisco de 36 metros en la cima de la colina. A sus pies, un soldado de hierro de 9 metros, con fusil Kalashnikov Avtomat apuntando al cielo, solía contemplar las tierras ganadas desde las alturas. Había también construcciones más pequeñas dedicadas a quienes habían muerto en batalla, miembros de Infantería y de Aviación, y largas listas de nombres en placas grises. Una amplia escalinata conducía a los visitantes hasta una plataforma de observación en la que nunca faltaban claveles rojos.

En junio, desde la altura de la colina, los soldados del Donbass atacaron las posiciones ucranianas en la aldea de Marinovka, 10 kilómetros hacia el este. Kiev respondió enviando aviones y recuperando el control de la colina hacia fines de julio, de la mano de, entre otras fuerzas, el batallón Azov. Jodakovski informó a principios de agosto que sus soldados habían abandonado Saúr Maguila, curiosamente el mismo día en que se desplomó el soldado de hierro del monumento. La batalla se reanudó pronto con intensos bombardeos de artillería y el 21 de agosto los soldados de la DNR retomaron la estratégica posición de la colina. En otra curiosa coincidencia, ese 21 de agosto al fin colapsó el obelisco producto de las heridas de balas y misiles. Setenta y un años después, una nueva batalla en Saúr Maguila llegaba a su fin. Y no faltarían miembros de la DNR para afirmar que el enemigo había sido el mismo.

Esta fue la última batalla de Igor Guirkin en Donbass: después del derribo del vuelo MH17 el 17 de julio, 35 kilómetros al norte de Saúr Maguila, sus días en la zona estaban contados. Nadie admitía que Guirkin había sido culpable, directa o indirectamente, de la caída del avión civil y de la muerte de doscientos noventa y ocho personas a bordo, pero su responsabilidad parecía demasiado evidente, al menos para la prensa internacional. El 14 de agosto dejó su puesto como Ministro de Defensa y se marchó a Rusia para nunca más volver al Donbass.

Los otros dos responsables de esa victoria tuvieron destinos muy diferentes: luego de Saúr Maguila, Zajárchenko, comandante de la brigada Oplot, alcanzó el puesto de Primer Ministro de la DNR en agosto y de Presidente en noviembre. Pese a ser la máxima figura política en Donetsk, continuó participando de acciones militares, entre ellas la Batalla de Debáltseva, entre enero y febrero de 2015, en la que resultó herido. Fue asesinado en un atentado en un café de Donetsk el 31 de agosto de 2018.

Por su parte, Jodakovski, comandante del batallón Vostok, se convirtió en el primer y último Secretario del Consejo de Seguridad de la DNR, entre noviembre de 2014 y marzo de 2015; junto a su batallón, participó de las batallas de Ilovaisk (de agosto a septiembre de 2014), Avdievka (de enero a febrero de 2017) y de la Segunda Batalla en el Aeropuerto (de septiembre de 2014 a enero de 2015). Como líder de uno de los batallones más grandes, Jodakovski tenía mucho poder en la DNR, controlaba territorio y negocios, y mantuvo grandes disputas por cuestiones financieras con Zajárchenko. En 2018, poco antes de las elecciones en Donetsk, se fue a Rusia y, al intentar regresar, soldados de la DNR no le permitieron cruzar la frontera.

XIV. La batalla de Ilovaisk y el Acuerdo de Minsk I

Probablemente, el punto de quiebre fue la batalla en Ilovaisk, ciudad de quince mil habitantes a unos 100 kilómetros al norte de Donetsk y menos de 20 al este de Artemivsk/ Bajmut. Entre otros, participaron allí Jodakovski con su batallón Vostok, Zajárchenko con la brigada Oplot, y dos comandantes que se convertirían en importantes y populares figuras en pocos meses: Mijaíl Tolstij, alias *Guivi*, del batallón Somalí, y Arsen Pavlov, *Motorola*, del Sparta. Del lado ucraniano, participaron entre otros Azov, Dnipro 1, voluntarios de Sector Derecho y el batallón Donbass, formado en abril, con base en Severodonetsk y comandado por Semen Semenchenko, originario de Sebastopol, Crimea, y que al poco tiempo se incorporaría al Parlamento ucraniano.

El 18 de agosto, las fuerzas de Kiev intentaron retomar el control de Ilovaisk, pero Semenchenko fue herido. Los enfrentamientos continuaron durante una semana, hasta que las fuerzas del Donbass lograron rodear a sus enemigos y sitiar la ciudad. Lo que siguió fue una catástrofe para Ucrania, tanto que el mismo Semenchenko acusó al presidente Poroshenko de traidor y de haber abandonado a su ejército. Respondiendo a un pedido de Putin, Zajárchenko anunció que se abriría un corredor para que los soldados ucranianos pudieran abandonar la zona, siempre y cuando dejaran allí sus vehículos, armamento y municiones. Pero durante el repliegue, varias columnas fueron atacadas nuevamente por separatistas. Fue una masacre. Según un informe del Parlamento, murieron alrededor de mil soldados ucranianos en una batalla por una zona que ni siquiera era particularmente estratégica. El Ministro de Defensa Valeri Heletey fue forzado a renunciar al mes siguiente por su responsabilidad en la derrota.

Cuatro años más tarde, la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH) concluyó en un informe que durante la batalla todas las partes del conflicto habían cometido graves violaciones a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario, algunas de los cuales podían ser consideradas crímenes de guerra. Se listaban entre ellas el asesinato deliberado de civiles, la tortura y el ataque a personal médico y a militares que ya no formaban parte del conflicto[1].

La decisiva batalla de Ilovaisk forzó a que apenas tres días después de su finalización, el 5 de septiembre, se firmara el primer Acuerdo de Minsk, basado en los quince puntos que había presentado Poroshenko en junio. Entre los firmantes aparecían Zajárchenko e Ígor Plotnitsky, como representantes de la DNR y LNR respectivamente; el ex presidente ucraniano, Leonid Kuchma; la diplomática suiza y representante de la OSCE, Heidi Tagliavini, y el embajador ruso en Kiev, Mijaíl Zurabov. El texto garantizaba el alto al fuego inmediato, otorgaba poderes de verificación a la OSCE, proponía una descentralización del poder en Ucrania y una mayor autonomía para las provincias, reclamaba la liberación de prisioneros de guerra y la retirada de “grupos armados ilegales”, y otorgaba amnistía a las fuerzas rebeldes.

No había pasado siquiera un mes desde que Zajárchenko anunciara que no negociaría hasta que Kiev reconociera la independencia de las repúblicas, y sin embargo allí estaba el Primer Ministro de la DNR firmando el acuerdo. Ese día concluyó la tercera etapa de la guerra, con doce puntos que debían garantizar el final del conflicto y la reincorporación *de facto* del Donbass a Ucrania. Pero en la práctica, el primer Acuerdo de Minsk no sirvió de mucho y los enfrentamientos continuaron, el cese al fuego se violó sistemáticamente y las repúblicas populares permanecieron lejos del control de Kiev.

Pavel Dryomov, comandante de la Guardia Nacional Cosaca, fue sumamente crítico con Plotnitsky, a quien calificó de débil y traidor tras la firma del primer Acuerdo de Minsk y del subsiguiente llamado al cese al fuego. Esto llevó a que en septiembre de 2014 se separara oficialmente del grupo del también cosaco Kozitsyn, creara un subgrupo de mil trescientos hombres y propusiera la fundación de la República Popular Cosaca de Stajánov, con un sistema socialista y una impronta soviética. Pero el proyecto no perduró. Hacia fin de año publicó un video en Internet acusando a los hombres de Plotnitsky de llevar a cabo robo de carbón y fraude electoral, obligando a votar por su partido, Paz para Lugansk, bajo amenaza de quita de pensiones. También dijo entonces que las autoridades de la LNR estaban robando distintos productos enviados por Rusia como ayuda humanitaria para revenderlos. En diciembre de 2015 fue asesinado: el día en que iba a celebrar su boda viajaba de Stajánov a Pervomaisk cuando se detonó una bomba plantada en su automóvil. Tenía treinta y nueve años.

Aleksandr Bednov, alias *Batman*, comandó el Grupo de Acción Rápida Batman, una unidad especial compuesta por *spetsnaz*, fuerzas especiales, desde abril de 2014, en Lugansk. También fue muy crítico de la firma del primer Acuerdo de Minsk y en octubre, al tiempo que Plotnitsky fundaba el partido Paz para Lugansk de cara a las elecciones del mes siguiente, Bednov armó el Frente para la Liberación. Sin embargo no le fue permitido participar en los comicios. Hacia fines de año, desde el gobierno de la LNR se lo acusó de no acatar las órdenes de desarme tras la firma del Acuerdo de Minsk y se abrió una causa en su contra por secuestro y tortura de al menos trece civiles e incautación ilegal de bienes. El 1 de enero de 2015 murió junto a cinco soldados luego de un ataque con armas automáticas y lanzagranadas al vehículo en el que viajaba. El gobierno de la LNR detuvo a algunos hombres de Bednov y disolvió el grupo Batman. La mayor parte de su personal terminó en otras unidades del ejército de Lugansk, aunque *Guivi* y *Motorola* invitaron a aquellos que quisieran a unirse a sus batallones.

Muchos comandantes murieron durante la guerra, pero la disolución de la unidad Batman tras el atentado a Bednov fue claramente excepcional. Incluso tras las muertes de *Guivi* y *Motorola,* sus batallones siguieron operando, ahora bajo el mando de jóvenes sin mayor experiencia: Vladimir Zhoga, *Voj*, de apenas 23 años, quedó al frente del Sparta, y Yegor Volchkov, *Hijo*, de 26, comandó el Somalí.

El mismo mes de enero de 2015 murió en circunstancias muy similares Evgeny Ishchenko, un exminero que alcanzó el cargo de alcalde y comandante de Pervomaisk en diciembre de 2014. Aliado del cosaco Dryomov, criticó duramente a Plotnitsky y a Zajárchenko por la firma del Acuerdo de Minsk, al que consideraba solo un método del ejército ucraniano para ganar tiempo. En un video grabado sobre las ruinas de una casa, un desaforado Ishchenko acusaba a Plotnitsky de abandonar a la población civil y de hacer acuerdos de paz con el enemigo de espaldas a su propio pueblo. Llegó incluso a amenazar con apuntar sus armas en

la dirección contraria. El 23 de enero de 2015 el vehículo en el que viajaba fue atacado por desconocidos.

[1] Office of the United Nations High Commissioner for Human Rights. (2018) "Human rights violations and abuses and international humanitarian law violations committed in the context of the Ilovaisk events in August 2014". Recuperado de: https://www.ohchr.org/Do- cuments/Countries/UA/ReportOnIlovaisk_EN.pdf

XV. El aeropuerto internacional

Apenas tres semanas después de la firma del primer Acuerdo de Minsk estalló la Batalla del Aeropuerto de Donetsk, la más devastadora de la guerra en Donbass, que se extendió hasta enero del año siguiente. Participaron las brigadas Vostok y Oplot, los batallones Somalí y Sparta, tres brigadas de las fuerzas armadas ucranianas, un regimiento de fuerzas especiales, el batallón Dnipro y casi tantos miembros de DUK PS, el Cuerpo Ucraniano de Voluntarios de Sector Derecho, como del ejército regular.

Al igual que buena parte de la infraestructura local, el aeropuerto internacional de Donetsk había sido completamente renovado para la Eurocopa de la UEFA de 2012, se había construido una nueva terminal, y al año siguiente había superado largamente el millón de pasajeros anuales, constituyéndose como el cuarto más transitado del país, detrás de Zhuliany, Boryspil (ambos en Kiev) y Simferópol (Crimea). Desde la primera batalla, que se había extendido por tan solo un día, entre el 26 y el 27 de mayo, el aeropuerto había quedado bajo control ucraniano. Cuatro meses más tarde, las fuerzas del Donbass intentaron recuperar la zona disparando artillería pesada desde barrios residenciales cercanos, por lo que, cuando las fuerzas ucranianas respondieron a los ataques, provocaron la muerte de al menos diez civiles.

A principios de octubre, los separatistas avanzaron sobre el aeropuerto, pero los ataques fueron repelidos por soldados ucranianos atrincherados en la nueva terminal. El interior del edificio se convirtió en un campo de batalla oscuro, claustrofóbico, repleto de trampas y minas, un laberinto sin salida en el que el enemigo podía esconderse en cualquier recoveco, a la vuelta de cualquier corredor angosto, detrás de cualquier pila de escombros. Para entonces, la batalla se había vuelto vertical, con ambos bandos disputándose los distintos niveles, desde el subsuelo hasta los pisos superiores del edificio, mientras la artillería continuaba disparando a la terminal y a la torre de control, bajo dominio ucraniano. Fue durante esa etapa en que nació en medios ucranianos y redes sociales la leyenda de los *cyborg*: los soldados ucranianos mantenían sus posiciones y luchaban de tal forma en medio de las condiciones climáticas extremas que parecían indestructibles, como si no fueran humanos, como si fueran mitad hombre y mitad máquina. La batalla así se mitificó y pasó a ser un símbolo de la resistencia de Ucrania contra el separatismo. De hecho en 2017 se estrenó la película *Cyborgs: los héroes nunca mueren,* sobre los meses de choques en el aeropuerto.

El colombiano Alexis participó de esa batalla y recibió una medalla: una cruz roja con dos espadas entrecruzadas, la bandera de la DNR en el centro y las palabras "Por las proezas militares". Y agrega:

Esta me la dieron por la última batalla grande que tuvimos en el aeropuerto. Allí mataron a

mi primer comandante. Esa es una buena historia: nos atacaron con un tanque y dos BMPs, dos blindados e infantería. Y en la posición estábamos diez personas… sin armas antitanques. ¿Sabes lo que eso quiere decir? Y aguantamos. Lo que querían los ukrop era sobrepasar las líneas. Llegaron hasta nuestras posiciones y nosotros nos protegimos como pudimos. Con los ucranianos sobre nosotros, llegó un momento en que eso era línea de nadie ¿Sabes lo que te quiero decir? Y aguantamos ahí, con dos cojones aguantamos. Yo fui herido ese día pero no es una herida visible. Es como, tú sabes, cuando te explota una bomba cerca, la presión y eso… pues te jode la cabeza. Empiezas a vomitar y eso. No sé cómo explicártelo. Aquí se llama contusión. A mí me sacaron una pequeña esquirla de la mejilla, era una granada, una mierdecilla. Había dos italianos también allí. Y hubo uno que tuvo una o dos esquirlas en el cerebro. Le salía espuma, tío. No podía hablar, no sabía andar. Pero poco a poco se ha recuperado. No se le nota que le ha pasado eso, ¿sabes?

El frío de fines de diciembre trajo consigo un primer alto al fuego que duró apenas dos días, luego las fuerzas de la DNR siguieron disparando y sitiando cada vez más a su enemigo. La ruta E50 se convirtió en el único acceso a la zona controlado por Ucrania y la aldea de Pisky, ubicada sobre esa misma ruta, en la última defensa. Durante algunos días hubo un efectivo cese al fuego que respetaron ambos bandos con el objetivo de relevar a sus unidades, pero hacia fines de mes recomenzaron los enfrentamientos. Los separatistas atacaron una vez más Pisky, destruyendo casi por completo la pequeña y estratégica aldea que continuó en manos ucranianas. El 13 de enero cayó la torre de control y con ella se desplomaron las opciones de Kiev de recuperar la iniciativa en la batalla. Una semana más tarde, las fuerzas de la DNR hicieron colapsar el suelo del segundo nivel de la terminal aeroportuaria, provocando que todo el material cayera sobre los soldados ucranianos apostados en el primer piso. Dmitro Yarosh, líder de Sector Derecho y diputado nacional a partir de noviembre, fue herido en Pisky al día siguiente. Era el final. Con la victoria separatista asegurada y mientras las fuerzas de Kiev retrocedían, un trolebús en Donetsk fue alcanzado por un misil. Murieron quince civiles. Los soldados ucranianos capturados fueron obligados a arrodillarse en el lugar del impacto y pedir disculpas mientras decenas de transeúntes los insultabas y escupían.

Tras casi cuatro meses, la batalla más importante en Donbass había terminado. Habían muerto unas ochocientas personas, entre soldados de ambos bandos y civiles. De lo que había sido alguna vez uno de los aeropuertos más grandes del país, ahora apenas sí quedaban ruinas oscuras ocultas bajo la nieve. En mayo, unos nueve meses antes y tan solo un día después de que Poroshenko fuera elegido presidente, el ejército ucraniano había resistido los embates separatistas dando así por comenzada una importante contraofensiva; ahora, en ese mismo lugar, la derrota era más dolorosa por su valor simbólico que estratégico.

XVI. La batalla de Debáltseva y el Acuerdo de Minsk II

La extenuante batalla en el aeropuerto podría haber sido un final del conflicto, un cierre definitivo y el establecimiento de un periodo de transición hacia distintas alternativas de futuro. El ejército de Kiev había sufrido una dura derrota en medio del avance rebelde. No quedaba más que negociar una tregua. Pero no.

Mientras callaban los últimos disparos sobre el aeropuerto, comenzaba una nueva batalla en el norte. La pequeña ciudad de Debáltseva, en la frontera entre las provincias de Donetsk y Lugansk y con alrededor de veinticinco mil habitantes, había sido tomada por los rebeldes en abril y recapturada por las fuerzas del gobierno a fines de julio de 2014, al igual que muchas otras ciudades de la zona. Pero ahora, en el marco de un nuevo avance, había quedado casi completamente rodeada. Hacia el oeste, se encontraba Gorlovka; Artemivsk/Bajmut y Alchevsk hacia el este, en la provincia de Lugansk; y el distrito de Shajtarsk y Yenakievo, ciudad natal de Víktor Yanukovich, hacia el sur. Todas ellas, bajo control separatista. De las brigadas que participaron en la ofensiva, la más activa fue la Prizrak, al mando de Alexey Mozgovoy, pero también formaron parte la brigada Kalmius y el mismo Zajárchenko, que para entonces ya era Jefe de Estado y Primer Ministro y resultó herido en una pierna.

Para finales de enero, las repúblicas populares habían tomado Uglegorsk, a doce kilómetros de Debáltseva. Sin agua, gas ni electricidad, la zona comenzó a ser evacuada y los civiles fueron traslados hacia Artemivsk (renombrada Bajmut en 2016). El 9 de febrero se cerró el cerco y la ciudad quedó completamente sitiada, tan solo se abrieron corredores para continuar la evacuación de civiles.

Mientras Ucrania acababa de perder la batalla del aeropuerto y estaba a un paso de sufrir una nueva derrota, la posición internacional de occidente se dirimía entre enviar armamento y unidades para apoyar a Kiev, considerando que las reiteradas violaciones al cese de hostilidades y a lo acordado en Minsk hacían inútil cualquier nueva negociación, y quienes se oponían argumentando que la frontera abierta entre el Donbass y Rusia permitía al Kremlin enviar refuerzos y continuar con el conflicto por tiempo indeterminado. La mayoría de los que apoyaban la primera alternativa eran estadounidenses, mientras que los gobiernos de Francia y Alemania presionaban a Poroshenko para iniciar negociaciones. Entre el 11 y el 12 de febrero se reunieron nuevamente en Minsk el presidente ruso Vladimir Putin, el ucraniano Petro Poroshenko, el francés François Hollande, la canciller alemana Angela Merkel y los líderes de DNR y LNR Aleksandr Zajárchenko e Ígor Plotnitsky.

El Acuerdo de Minsk II no era muy diferente al que se había firmado apenas cinco meses atrás: reclamaba un cese al fuego a partir del 15 de febrero de 2015, retirar armamento pesado de la línea de contacto, convocatoria a elecciones locales, amnistía a los rebeldes, desarme, salida de unidades extranjeras, liberación de prisioneros. Además se planteaba la necesidad de proveer ayuda humanitaria y reconstruir infraestructura, y una reforma constitucional para fines de ese año que garantizara mayor autonomía para las provincias. La diferencia clave con Minsk I era que esta vez se establecían plazos concretos para todos los puntos.

La pregunta era qué hacer con Debáltseva ¿Cómo garantizar el cese al fuego si las fuerzas ucranianas estaban rodeadas? Zajárchenko afirmó que los acuerdos de Minsk no aplicaban a Debáltseva y la batalla no se detuvo.

Con la ciudad completamente sitiada y bajo fuego, la situación era desesperante para los soldados ucranianos que comenzaron a retirarse el 18 de febrero, en forma caótica y dejando atrás armamento y compañeros muertos o capturados, aunque Poroshenko afirmara que todo había sido planeado y bien organizado. Dos días más tarde, lo poco que quedaba de Debáltseva en pie estaba bajo control separatista y Ucrania había sufrido una derrota tan importante como la de Ilovaisk y tan dolorosa como la del aeropuerto. Mientras miembros de la brigada Prizrak hacían flamear la bandera soviética en la cima de una chimenea de la ciudad, la cuarta etapa de la guerra llegaba a su fin. Ahora nacía una quinta, que se extiende hasta justo antes de la invasión rusa de febrero de 2022, caracterizada por el estancamiento, con enfrentamientos esporádicos, violaciones reiteradas de ambas partes a los Acuerdos de Minsk y falta de avances y retrocesos. Una guerra interminable, congelada. Un laberinto sin salida.

XVII. Los límites de Minsk

En algunos puntos de contacto los Acuerdos de Minsk simple- mente no existieron. A apenas 20 kilómetros de Donetsk, las poblaciones de Avdievka y Yasinovataya nunca dejaron de ser un infierno y los acuerdos fueron violados sistemáticamente por ambas partes. Entre las dos ciudades hay una ruta que marca el límite: Avdievka, del lado occidental, está bajo control de Kiev; Yasinovataya, del lado oriental, bajo control de la DNR.

Las milicias dominaban la zona desde los primeros avances separatistas en abril de 2014, pero Avdievka pasó a manos ucranianas a fines de julio, junto con otras ciudades como Severodonetsk, durante la segunda etapa de la guerra que implicó la contraofensiva de las fuerzas de Kiev. Los rebeldes avanzaron y dispararon desde Yasinovataya, la vecina ciudad del este, y también desde Spartak, el barrio cercano al aeropuerto y ubicado unos 4 kilómetros hacia el sur. El fuego cruzado se mantuvo a lo largo de los siguientes meses mientras la ciudad se quedaba sin agua, luz y gas y su población la abandonaba.

En enero el ejército de la DNR logró la importante victoria en la larga batalla por el aeropuerto y eso impulsó una nueva ofensiva sobre Avdievka. Aunque el segundo Acuerdo de Minsk se firmó el 11 de febrero, el fuego y la destrucción de la ciudad no amainaron. Las fuerzas ucranianas sentaron posición en el barrio industrial al sudeste de la ciudad, muy cerca de la ruta, y aguantaron los ataques a lo largo de todo el 2015. Hacia finales del invierno hubo nuevos intentos de avance de ambos bandos con el objetivo de controlar las rutas que hacían de frontera y de zona de amortiguamiento. Era la primera vez desde 2014 que las batallas se libraban en tierra y no solo con misiles volando hacia uno y otro lado.

Al menos veinte soldados murieron en la tercera semana de marzo. Aún así, durante la primavera las fuerzas rebeldes lograron avanzar desde el sur. Participaban el batallón Vostok, el Somalí de Mijaíl Tolstij *Guivi*, la brigada Kalmius (fundada en junio de 2014 a partir de voluntarios mineros, fue la primera formación militar creada desde cero en la DNR, y quedó al mando del escritor de ciencia ficción ruso nacido en Donetsk, Fiodor Berezin, y su subcomandante fue Eduard Basurin, Secretario de Prensa del Comando Militar de la DNR desde 2015) y el Ejército Ortodoxo Ruso (batallón leal a Guirkin que contaba con una buena cantidad de rusos ultranacionalistas). Defendiendo Avdie- vka había numerosas tropas ucranianas, entre ellas Dnipro 2, Sich y DUK PS, el Cuerpo Ucraniano de Voluntarios de Sector Derecho. A las pocas semanas, habían retrocedido nuevamente y recomenzaron los bombardeos.

La última gran batalla se dio a comienzos de 2017, y en una semana entre enero y febrero murieron al menos cuarenta soldados, tanto pro Kiev como de la DNR, y al menos catorce civiles. Las fuerzas ucranianas intentaron un pequeño avance y desde Donetsk respondieron con un agresivo bombardeo a partir del 29 de enero. En medio del crudo invierno, con temperaturas de alrededor de 20ºC bajo cero, Avdievka quedó sin luz, agua y gas.

El estadounidense Donald Trump anunció en su campaña presidencial que consideraría aceptar la anexión rusa de Crimea y que dejaría de apoyar financieramente a Kiev en el

marco de la guerra en Donbass. Apenas unos días antes de asumir fue aún más lejos y sugirió terminar con las sanciones impuestas a Rusia desde la anexión de Crimea. La guerra volvía a alcanzar niveles altos de violencia, los Acuerdos de Minsk se demostraban inútiles y el nuevo mandatario estadounidense miraba hacia otro lado. Era un escenario sumamente complejo para Petro Poroshenko ¿Existía la posibilidad de que el gobierno ucraniano hubiera incitado esta nueva serie de enfrentamientos para llamar la atención de Trump? Quizás no fuera una idea tan descabellada.

Buena parte de la ciudad de Avdievka fue evacuada hacia principios de febrero, al mismo tiempo que las fuerzas de la DNR avanzaban desde Spartak, al sur. Esta nueva ofensiva fue repelida y el ejército ucraniano logró algunos avances mínimos. A partir de entonces disminuyó significativamente la violencia y los servicios fueron restaurados, pero ambos ejércitos continuaron con un combate cuya intensidad fluctuó irregularmente. Y los disparos de artillería esporádicos entre ambas ciudades nunca cesaron.

La pequeña Donetskyy, a poco más de 50 kilómetros al oeste de Lugansk y con menos de cinco mil habitantes, es un punto estratégico por su cercanía a la ruta 66, la más importante de la provincia. A lo largo de 220 kilómetros, conecta la capital homónima con el área metropolitana de Severodonetsk, Lysychansk y Rubizhne. A partir de allí continua hacia el norte y termina en la frontera norte con Rusia. A la altura de Donetskyy, la ruta está en un punto equidistante entre los ríos Donets y Lugan. Desde el comienzo de la guerra se sucedieron muchas batallas en este camino, no solo en las grandes ciudades: la aldea de Trojizbenka, en la orilla norte del río Donets, fue recapturada por el ejército ucraniano en julio de 2014 y también lo fue Krismye, al norte de Donetskyy, en agosto; en octubre las tropas de la LNR tomaron un puesto de control cerca de Smile y Sentianivka (llamada Frunze hasta 2016) dejando un saldo de al menos cien muertos. Con la firma del primer Acuerdo de Minsk, la zona se constituyó como línea de delimitación de las partes, pero eso no terminó con los enfrentamientos. En enero de 2015, la brigada Prizrak tomó el pueblo de Zhalabók, a dos kilómetros de Donetskyy, y estableció allí sus posiciones de primera línea. Durante el verano de 2017 se dieron los primeros avances territoriales en más de un año y, aunque los duros enfrentamientos llevaron a que finalmente cada bando retrocediera, Donetskyy recibió numerosos impactos, especialmente el 7 de junio.

Markov, comandante de la brigada Prizrak, dice que tiene la orden de un comando superior para no abrir fuego, oficialmente porque LNR está tratando de mantener los Acuerdos de Minsk. “El lado ucraniano no se molesta en absoluto en hacerlo”, dice, y agrega:

> *Ellos usan cualquier armamento que quieran cuando quieran. Mayormente es por la tarde o en la noche. Durante el día la primera línea es bastante tranquila, no hay tantos disparos. Pero a partir de las ocho o las nueve comienzan los disparos y aumentan cada vez más hasta altas horas de la noche. Es el comportamiento habitual de las fuerzas ucranianas. No sé por qué. Tal vez en la noche no hay tanto control de sus comandantes, tal vez tienen miedo de que nuestros grupos se les acerquen. No lo sé. Pero cada noche y cada tarde nos disparan con todo lo que tienen. Nosotros solo tenemos permitido disparar si la situación se vuelve muy peligrosa, si hay peligro directo para la vida de nuestros soldados, cuando los ucranianos se acercan demasiado a nuestras posiciones. En ese caso debo pedir permiso de un comando superior en Lugansk para usar cualquier tipo de arma. Eso lleva mucho tiempo y desmotiva a nuestros soldados porque ellos quieren estar protegidos. Nuestras repúblicas están tratando de mantener los Acuerdos de*

Minsk, pero estos acuerdos solo funcionan de un lado. Suelo cuestionar las decisiones del alto mando en Lugansk. Y responden: 'estamos tratando de mantener los Acuerdos de Minsk, es un trabajo político, hay que obedecer y no queremos darle excusas a los ukrop para culparnos por violar el cese del fuego'. Pero no está bien porque los ukrop saben que pueden usar cualquier arma en cualquier momento y no tendrán ninguna respuesta. Así se vuelven cada vez más agresivos. Si tuviera la capacidad de castigarlos por ello tal vez se volverían más pacíficos. Pero muchas veces esto es como un partido de fútbol con una sola portería.

XVIII. Este territorio no volverá a ser ucraniano

Marinka se encuentra a 22 kilómetros hacia el oeste desde Plaza Lenin, en el centro de Donetsk, y es el punto más occidental del área metropolitana. La ciudad de diez mil habitantes fue tomada en abril de 2014 y recapturada por el gobierno ucraniano el 5 de agosto. Al año siguiente, hubo una nueva intensa batalla que se extendió del 3 al 5 de junio, cuando las fuerzas de la DNR atacaron la ciudad con artillería durante la noche. Luego avanzó la infantería, pero no logró tomarla. Eduard Basurin, Secretario de Prensa del Comando Militar de la DNR, dijo entonces que el ejército ucraniano había intentado atacar el vecino distrito de Petrovski y avanzar hacia el centro de Donetsk y que la DNR solo había respondido haciendo retroceder al enemigo. Una vez conseguido ese objetivo, había vuelto a su posición en Petrovski. Según el gobierno ucraniano, la DNR había atacado con mil hombres y al menos diez tanques, pero las fuerzas de Kiev lograron recuperar el control de la ciudad. Desde entonces, Marinka continúa siendo uno de los puntos más complicados de la línea de contacto y la zona sufre bombardeos periódicos. Tanto la ciudad como el distrito cercano están sembrados de restos de misiles, ladrillos y vidrios de edificios vulnerados.

En esa zona se encuentra la Escuela Especial e Internado Número 28, institución dirigida por Tatiana Arjipova, una señora sumamente formal. “Desde que empezó la guerra hay menos niños porque los padres se los llevaron lejos”, dice. Y añade:

> *Algunos volvieron, pero en general es muy difícil seguir en contacto con los que se fueron. Siempre que podemos les recordamos a los padres que los niños aquí están seguros, que tenemos una habitación acondicionada para ser usada como refugio y que tenemos personal capacitado para ayudarlos y contenerlos. Aquí nunca tuvimos heridos. Lamentablemente, un alumno nuestro murió en 2015, pero no fue aquí. Sus padres se mudaron lejos de la ciudad y el niño sufrió la explosión de una mina.*

La directora hace un gesto con la cabeza señalando un punto fuera de su oficina y al otro lado del vestíbulo. Allí hay una foto de un niño de unos diez años enmarcada por la bandera de la DNR y la inscripción “víctima inocente de una guerra no declarada”.

La peor etapa para la escuela fue durante el invierno entre 2014 y 2015, cuando sufrió

tres bombardeos cercanos que rompieron todas las ventanas y muchas paredes quedaron agrietadas. Cuenta Arjipova:

> *Fue una época muy difícil, pero los maestros hicieron entonces y siguen haciendo un gran trabajo protegiendo a los niños y ayudándolos a entender qué está pasando. El propósito principal no solo es que los niños no reciban heridas físicas, sino también que no estén nerviosos o tensos. Por eso los incentivamos mediante juegos, dibujos y actividades varias. Los maestros deben sonreír, se deben comportar siempre como si todo estuviera bien, como si no hubiera una guerra. Es muy difícil para ellos porque, claro, también tienen miedo. Por ejemplo, una enfermera que vive cerca de la escuela tiene que correr todas las mañana bajo las balas para llegar a su trabajo.*

El Estado ucraniano dejó de financiar a las escuelas de Donetsk a partir de julio de 2014 y el gobierno de la DNR no tuvo un primer presupuesto hasta enero, por lo que los niños y el internado quedaron abandonados a su suerte en medio del conflicto. A comienzos de la guerra, la gestión de interina de Turchynov envió la orden de cerrar la escuela y mudarla a Vinnitsa, ochocientos kilómetros al oeste de Donetsk, pero Arjipova decidió quedarse allí a toda costa y mantener abierto el internado:

> *¿Por qué iba a dejar mi casa y mi lugar? Yo soy como una madre para esta escuela. No es mi obligación decirles a los padres cómo proteger a sus hijos ni puedo obligarlos a que se queden aquí ni decidir por ellos. Pero mudarnos todos a Vinnitsa no era una propuesta seria. Me advirtieron que la escuela quedaría en ruinas, pero yo soy responsable y me quedé a proteger a los niños. No iba a irme ni siquiera en medio de una guerra. Y casi todos se quedaron porque aquí somos patriotas del Donbass y amamos a esta región.*

El Estado ucraniano abandonó a niños en medio de una guerra y tan solo les propuso a sus familias mudarse muy lejos de allí, aunque sin proveerles un nuevo lugar para vivir, ni trabajo, ni transporte, ni nada más que una idea. A partir de septiembre, cinco meses después de la orden de cierre, la escuela pasó a funcionar bajo la órbita de la DNR, aunque los salarios oficiales recién llegaron en mayo de 2016.

Después de los bombardeos, algunos soldados de la DNR visitaron el edificio y le dijeron a la directora que la destrucción no había sido un accidente, que Ucrania quería despoblar toda la zona y que no le importaba si había niños allí. Luego Arjipova solicitó al gobierno de Zajárchenko que le ayudara a reparar los daños, por lo que la número 28 fue incluida en una lista de espera junto a otras escuelas y jardines de infantes. “Pero al final vinieron muchas personas, muchos soldados a ayudarnos en forma privada, con materiales propios o enviados por Rusia, y el gobierno se limitó a vigilar las reparaciones”.

Arjipova comenzó a trabajar en la escuela en 1986 y recuerda que durante el periodo soviético el Estado brindaba un gran apoyo. Lamentaba que Ucrania hubiera abandonado a los niños e insistía en que “no puede existir un Estado que no se ocupe de los más desprotegidos: de los enfermos, de los ancianos, de los niños. Un Estado debe pensar en los débiles, y el nuevo gobierno apoya y restaura. Eso es algo que aprecio”.

Con la escuela oficialmente bajo la órbita del Estado de la DNR desde 2014, habían

cambiado los planes de estudio y algunas normativas.

> *Ahora es mejor porque estamos directamente bajo control de un ministerio nacional, antes teníamos que dirigirnos a la administración local de Donetsk. Ahora es un sistema más concentrado. Además, cambiaron los planes y estoy conforme porque hay más clases. También se creó un programa nuevo de historia del Donbass y otro de historia universal, y hay una nueva reglamentación que limita a ocho la cantidad de niños por aula.*

Lo último que destaca como un cambio positivo fue que los docentes ya no estaban obligados a dar clases en ucraniano y ahora podían hacerlo en ruso, el idioma más común en la región:

> *Los niños entienden qué está pasando. Aquí solo queremos paz. Aquí somos trabajadores y queremos una vida normal, nada más. Pero vinieron algunos fascistas, destruyeron nuestras vidas y ahora dicen que somos terroristas por vivir aquí, por cuidar de niños con discapacidades. Yo no parezco terrorista, ¿no?*

Lo pregunta antes de lanzar una fuerte carcajada. “Nosotros nos reímos de eso. Somos gente normal. Chicos, maestros, nada más. Es increíble que Kiev nos quiera dañar si no hacemos daño a nadie”.

Serguéi Dzhura es director de la Oficina Internacional de la Universidad Técnica Nacional de Donetsk (DonNTU), la mayor del Donbass. Tiene 53 años y un bigote canoso, los ojos pequeños y camisa de manga corta. Muestra una sonrisa tan pequeña como sus ojos, algo tímida o avergonzada. Su historia con la universidad no es muy distinta a la de Arjipova o la de tantos otros docentes o directivos de muchas instituciones educativas en Donetsk y Lugansk: en septiembre de 2014 un grupo de hombres armados, entre ellos algunos docentes y ex docentes, tomó la sede de la Universidad. Un mes más tarde el gobierno ucraniano ordenó al personal abandonar los edificios, dejar la DNR y mudar las instituciones a ciudades controladas por Kiev. Esto significaba dejar a zonas civiles sin escuelas, sin universidades, sin guarderías. Los que efectivamente se fueron tuvieron dificultades porque las nuevas autoridades educativas prohibieron que se retirara cualquier material académico y equipos, y Kiev no podía hacer nada al respecto. Pero muchos se negaron a marcharse y permanecieron en sus puestos, aún después de que el Estado dejara de enviar fondos para pagar salarios, mantener becas estudiantiles y sostener el presupuesto general de las universidades. El gobierno ucraniano interpretó esto como una muestra de apoyo al separatismo y acusó a decenas de profesores de ser terroristas.

Antes de la guerra, Donetsk era un importante centro académico que contaba con diversos institutos y universidades, entre ellos la Universidad Nacional de Donetsk, la Universidad Nacional de Medicina, la Técnica y el Instituto de Transporte Ferroviario. Había estudiantes locales y extranjeros en toda la ciudad, las residencias estudiantiles estaban repletas de jóvenes. Pero la guerra significó un quiebre para la activa vida estudiantil. Las universidades se mudaron: por ejemplo, la de Medicina se estableció en Kramatorsk, la Nacional se mudó a Vinnitsa y la DonNTU se trasladó a Pokrovsk, una ciudad que hasta 2016 se llamaba Krasnoarmiisk, “Del Ejército Rojo”, 65 kilómetros al noroeste de Donetsk. Sumando a

Donetsk y Lugansk, en total se mudaron dieciséis universidades y diez institutos de educación superior, y con ellos, cerca de cuarenta mil estudiantes y más de tres mil profesores.

Sin embargo, al mismo tiempo, las universidades siguieron funcionando, manteniendo su nombre y ofreciendo clases en sus sedes originales de Donetsk, bajo la órbita de la DNR y sin reconocimiento del Estado ucraniano. Claro que la informalidad y el conflicto significaron una importante merma en la cantidad de estudiantes, de al menos la mitad. DonNTU, la universidad en la que alguna vez estudiaron el líder soviético Nikita Jrúshchov y el ex presidente ucraniano Víktor Yanukovich, pasó de contar con alrededor de veinticinco mil estudiantes a cerca de siete mil.

Los estudiantes de cualquier nivel que ahora reciben diplomas en la DNR o LNR deben rendir un examen en Ucrania para obtener un título reconocido internacionalmente; claro que buena parte del examen incluye preguntas sobre temáticas que no se tocan en las repúblicas populares, como la historia de Ucrania aprobada por el Ministerio de Educación de ese país. Rusia, por su parte, no acepta del todo los títulos de la DNR o LNR, pero sí permite realizar una suerte de validación de relativa sencillez. El camino de los estudiantes locales no parece entonces presentar más alternativas que quedarse en sus repúblicas sin reconocimiento o emigrar hacia el gigante vecino del este. En ese sentido, la oficina internacional no tiene mucho trabajo y Dzhura tiende a aburrirse.

Aún así, las universidades siguen funcionando, se dictan clases, hay eventos y concursos, graduados, reprobados, jóvenes estudiantes y docentes que asisten a edificios coronados por las banderas de las dos repúblicas populares. Y las instituciones paralelas, con el mismo nombre pero distintos reconocimientos y lealtades, se constituyen como un símbolo de la guerra.

Probablemente, a Kiev le hubiese resultado muy complejo continuar financiando a las escuelas y universidades en territorios que escapaban a su control, pero no hubo demasiadas propuestas alternativas. Resultaba ridícula la idea de mudar todo sin pensar en las necesidades de los alumnos y sus familias. Voluntaria o involuntariamente, Ucrania había cortado demasiados lazos con la gente de Donbass. Con el estado de la DNR sin reconocimiento de un lado y el Estado ucraniano incapaz de cumplir con sus funciones del otro, los ciudadanos enfrentan demasiadas dificultades para realizar trámites como renovar un pasaporte ucraniano (necesario, considerando que los que emiten la DNR y la LNR solo son aceptados por Rusia), recibir jubilaciones o votar. Al mismo tiempo, el bloqueo general impuesto por Ucrania afecta a las personas comunes, no a los líderes separatistas. Primero cerraron los bancos y fueron bloqueadas las tarjetas de crédito y cuentas bancarias, por eso en 2015 se fundó el Banco Central de la República Popular de Donetsk, que ahora cuenta con sus propios cajeros automáticos. Fue entonces que la moneda local pasó a ser el rublo ruso. Como no hay forma de realizar transferencias, el dinero solo puede ingresar a Donetsk en forma física. Eso significa que quienes quieran cobrar jubilaciones ucranianas deben cruzar la frontera.

Markov, de la brigada Prizrak, dice que Kiev está haciendo todo lo posible para soltar estos territorios, como si no quisiera que fueran parte de Ucrania ni sus habitantes, ucranianos:

Es extraño, pero es así. Primero prohibieron el uso de grivnas, la moneda ucraniana, entonces

la gente empezó a usar rublos rusos, luego hubo problemas con las comunicaciones y los gobiernos locales crearon sus propias compañías de telecomunicación y sus propias redes, más tarde dificultaron obtener cualquier tipo de documentación y las repúblicas empezaron a hacer sus propios documentos. Esta separación no fue una idea de las repúblicas locales, sino una imposición de Kiev. Paso a paso están recortando al Donbass, alejándolo de Ucrania. Y los locales no tienen más alternativa. Necesitan documentos, necesitan comunicación, necesitan electricidad, gasolina y agua. Y todas las líneas, gasoductos y oleoductos que fueron cortados por los ukrop fueron repuestos por Rusia. Hoy muchos productos y servicios vienen de Rusia. Esa no era la intención de los locales, pero la gente no puede estar hambrienta por meses: necesitaba alternativas. Por eso creo que este territorio no volverá a ser ucraniano, porque hoy no hay casi nada que lo conecte con Ucrania. Y eso es lo que quería Kiev.

XIX. *Motorola*

La ciudad rusa de Rostov del Don fue desde el principio de la guerra una suerte de primer campamento, un sitio en el que reagrupar y reorganizarse. Buena parte de los voluntarios extranjeros que se sumaron a distintas brigadas de la DNR y LNR llegaron a través de Rostov del Don, entre ellos el colombiano Alexis. Para muchos voluntarios extranjeros, el Donbass en manos separatistas es una zona de complejo ingreso: por supuesto que no pueden cruzar la frontera que marca el límite del territorio bajo dominio de Kiev porque viajan para incorporarse a brigadas que Ucrania considera terroristas. En el mejor de los casos, serían extraditados, aunque también pueden ser apresa- dos y condenados por cargos ligados al terrorismo.

Si llegar a Donetsk o Lugansk desde Ucrania es tan riesgoso, la única posibilidad es hacerlo desde Rusia. Pero, por ejemplo, los españoles necesitan visa para ingresar a Rusia y ese permiso es válido por noventa días. La pregunta irresoluta es qué hacen los voluntarios extranjeros cuándo esos noventa días caducan, deben salir del Donbass a través de Rusia pero no cuentan con visa ni forma de tramitarla. Ni en Donetsk ni en Lugansk hay consulados rusos. Las dos salidas entonces quedan bloqueadas. Una alternativa consiste en enviar a alguien de confianza con varios pasaportes a tramitar el visado en Rostov del Don, pagarle traslado de ida y vuelta, y alojamiento por el tiempo que demore el proceso. La segunda forma de lidiar con esta problemática es bastante más frecuente y consiste en obtener el pasaporte de las repúblicas separatistas. A partir de febrero de 2017, Rusia reconoce toda la documentación emitida por los gobiernos de la DNR y LNR, por lo que un extranjero puede cruzar la frontera sin mayores dificultades. Y obtenerlo no es particularmente complejo para un voluntario que hubiera combatido en los ejércitos del Donbass.

De alguna forma extraña, Rostov del Don se convirtió en una capital no oficial del Donbass autoproclamado independiente, el sitio donde se hace todo aquello que no puede hacerse en Donetsk o Lugansk, donde se refugian políticos y soldados, una guarida tranquila, cómoda y segura para dialogar, negociar, reorganizar. Es la gran base madre, en términos que sobrepasan lo estrictamente militar. Quizás la prueba más contundente de esta conexión metafísica entre las Repúblicas Populares y Rostov del Don se dio el 16 de octubre de 2017. Ese día se cumplió el primer aniversario de la muerte de Arsen Pavlov, alias *Motorola*, líder del batallón Sparta.

Motorola nació en el norte de Rusia en 1983, se unió al ejército a los diecinueve años y participó de dos campañas contrainsurgentes en Chechenia. Durante los cuatro años en los que formó parte del ejército, se desempeñó como electricista, responsable de comunicaciones y operador de señales. La mayor parte del equipamiento con el que contaba era marca Motorola, de ahí su curioso apodo telefónico. Más tarde vivió en Rostov del Don, trabajó en un lavadero de autos hasta que, finalmente, en marzo de 2014 viajó a Ucrania para participar de las protestas Anti Maidán en la ciudad de Járkiv, la segunda más importante del país.

Pronto se unió al naciente batallón Oplot, liderado por Aleksandr Zajárchenko, y se encomendó a *Guirkin*, que por entonces ya luchaba en Sloviansk. Con la retirada de *Guirkin* en agosto, *Motorola* pasó a comandar su propio batallón, utilizando como símbolo la bandera negra, amarilla y blanca de la Rusia Imperial. Participó de las batallas de Ilovaisk, entre agosto y septiembre, y del Aeropuerto de Donetsk, de septiembre a enero de 2015, ambas importantes victorias para la DNR. Tras ellas *Motorola* se convirtió en una figura sumamente popular, de hecho fue la quinta persona en recibir la medalla de Héroe de la República Popular de Donetsk, el máximo galardón del gobierno separatista. Tanto Ucrania como la Unión Europea lo acusaron de criminal de guerra, de asesinar a al menos quince prisioneros y de torturar a otros. Al respecto dijo entonces en una entrevista: "no tengo cuentas bancarias en el extranjero y no planeo visitar los países de la UE, por lo que sus sanciones contra mí no tienen sentido y son inútiles". En la misma entrevista se le pedía una reflexión: ¿cómo había pasado de enfrentar a "terroristas" en Chechenia a ser un líder "terrorista" en Donbass? *Motorola* respondió que eran situaciones completamente distintas, que en Chechenia había enfrentamientos entre dos bandos, mientras que en Donbass "los fascistas ucranianos apoyados por Occidente intentan exterminar a la población pacífica rusa". Afirmaba que estaba allí para proteger a esa población y que el Donbass era tierra rusa[1].

Se casó en julio de 2014, en medio de la guerra, con uniforme militar, un brazo enyesado, cinta naranja y negra de San Jorge en el pecho y bandera de Nueva Rusia, la fallida propuesta de confederación entre DNR y LNR. Nueva Rusia (***Новороссия***) era originalmente un área del Imperio Ruso ubicada al sur de la actual Ucrania, en las costas de los mares Negro y Azov. En abril de 2014, a comienzos de la guerra, Putin utilizó este término para referirse a la región, un mes más tarde los neoeurasianistas propusieron una confederación que uniera a la DNR y LNR bajo ese mismo nombre, cargado de una connotación expansionista, y en el marco de una supuesta nueva era dorada para Rusia, pero el proyecto no prosperó y finalmente quedó en la nada.

En la boda, Elena, esposa de *Motorola*, llevaba la cinta de San Jorge en una trenza y un revolver colgando de su vestido blanco. Fue de los eventos no bélicos más importantes en Donetsk, una ceremonia grande, con cámaras, flashes y toda la parafernalia acorde a la primera boda oficial de la DNR. *Guirkin* y Pavel Gubarev, por entonces líder político de la República Popular de Donetsk, fueron los testigos. Muchos medios locales e internacionales publicaron fotos de la fiesta y, algunos meses más tarde, del embarazo de la joven y del nacimiento de Miroslav, su primer hijo. Incluso la ciudad de Donetsk se cubrió de letreros callejeros para felicitar a la pareja.

Motorola murió a los 33 años, el 16 de octubre de 2016, por la explosión de un dispositivo casero instalado en el ascensor de su edificio. Junto a él, falleció también su guardaespaldas. A una personalidad pública tan relevante y popular como *Motorola*, en el marco de una guerra que para 2016 ya estaba casi completamente estancada, no le faltaban razones para preocuparse por su seguridad personal. Contaba con guardaespaldas y un círculo de confianza pequeño. Aún así, alguien logró ingresar a su edificio por el tiempo suficiente como para instalar una bomba. Parece poco probable lograr tamaña tarea sin contar con la colaboración de alguien dentro de este pequeño círculo de confianza. Si efectivamente se trató del trabajo de infiltrados ucranianos, tal como informó la cúpula de la DNR, debió tratarse de un enemigo muy talentoso y paciente.

Luego del atentado, las autoridades locales decretaron tres días de duelo. El funeral se

llevó a cabo en el Teatro de Ópera y Ballet de Donetsk, por donde pasaron alrededor de cincuenta mil personas a rendir homenaje al líder del Sparta. Sobre el ataúd abierto se colocó la bandera de su batallón y de la DNR, además de decenas de claveles rojos. Una foto del pelirrojo y barbudo comandante, uniformado y con el pecho repleto de medallas, vigilaba la escena.

Aleksandr Zajárchenko, entonces Presidente y Primer Ministro de la DNR, participó y también envió un comunicado oficial en el que se refirió a Motorola como su "amigo íntimo", definió al atentando como un "crimen despreciable" y prometió una venganza "sin misericordia" contra los miembros del SBU y del ejército ucraniano. Al mismo tiempo, una multitud acompañaba el cajón con el cuerpo de Motorola por las calles de la ciudad hacia el cementerio Mar de Donetsk, donde también serían enterrados pronto Mijaíl Tolstij *Guivi* y el mismo Zajárchenko.

Un año más tarde, el 16 de octubre de 2017 y ya con *Guivi* muerto, Zajárchenko inauguró el memorial "A los Héroes de la DNR", en el sitio en donde descansaban Tolstij y *Motorola*, y colocó flores en ambas tumbas. "El enemigo mató a nuestros legendarios comandantes de una manera cruel y clandestina", dijo:

> *Mató por miedo, ya que esperaba intimidarnos. Tenía la esperanza de quebrar nuestros espíritus. Pero el enemigo no obtuvo lo que esperaba. Ha pasado un año, pero no estamos rotos. Luchamos, ganamos, construimos un Estado, continuamos con la causa de nuestros hermanos. Los que mataron a Guivi y a Motorola serán inevitablemente castigados. Es cuestión de tiempo. Hace un año prometí que pondríamos un monumento a Arsen Pavlov en Sloviansk y no me retracto. Erigiremos un monumento a Arsen en Sloviansk y otras ciudades de la República Popular de Donetsk.*

Por aquellos días, muchos letreros publicitarios en la vía pública recordaban a *Motorola*. Muy cerca de la que fuera sede del gobierno de la Provincia de Donetsk, un cartel en memoria de Pavlov citaba una frase del comandante del Sparta: "Si quieres la paz, prepárate para la guerra… y nosotros siempre estamos preparados". Cruzando la céntrica Avenida de Artyom, otro letrero con la imagen de *Motorola* incluía la frase "mi tarea es proteger a las personas que tomaron su propia decisión".

Tras prometer venganza y nuevos avances territoriales, Zajár-chenko viajó ese mismo día a la capital informal del Donbass separatista. En Rostov del Don inauguró el monumento "A los Héroes del Donbass", dedicado a los voluntarios rusos que, según el comunicado oficial, se unieron a los "defensores de las repúblicas populares de Donetsk y Lugansk". Allí habló del destino común que comparten los ciudadanos rusos y los habitantes del Donbass, agradeció a los rusos por apoyarlos en los momentos más difíciles y a los voluntarios de la Federación Rusa que ayudaron, entre ellos, el mismo Motorola. Luego colocó claveles rojos a los pies de una simple columna con la inscripción "Héroes del Donbass". En su parte superior, estaba rematada por una cruz similar a la que suele utilizarse en galardones militares, con dos espadas cruzadas, la palabra "voluntario" y el Arcángel Miguel en el centro, aquel que aparecía en el escudo nacional de la DNR, que era santo patrono de Kiev y que, para el cristianismo, es un guerrero, líder del ejército de Dios contra las fuerzas del mal. Ambos bandos, el gobierno ucraniano y las repúblicas populares, compartían símbolos y santos.

Арсен Павлов
«МОТОРОЛА»
2 февраля 1983 - 16 октября 2016
«Моя задача – защитить народ, который сделал свой выбор»
РЕКЛАМА НА БОРДАХ
(062) 385-81-96; (095) 226-44-89

Aquella semana, José, un voluntario andaluz que se había dado de baja del ejército de la DNR y ahora oficiaba como traductor, escribió un artículo para el sitio en Internet del Comité Central del Partido Comunista de la República Popular de Donetsk. Se titulaba "Héroes de Nuestro Tiempo: *Motorola*". Decía que tanto *Motorola* como *Guivi* habían sido parte de:

> *Una generación de héroes que ni siquiera pudieron matarlos directamente en el campo de batalla. Fue necesario hacerlo de forma traicionera y no como resultado de las operaciones militares, echando mano a un atentado terrorista el cual no depende de las reglas de la guerra. Un acto criminal por la espalda.*

En la heladera de su casa de Donetsk, José tenía imanes con los rostros de ambos comandantes junto a la frase "su hazaña permanecerá en nuestros corazones".

[1] *Georgian Journal.* "Who is 'Motorola', a Man Glorified by the Russian Me- dia?" 19 de marzo de 2015. Recuperado de: https://www.georgianjournal. ge/military/29972-who-is-motorola-a-man-glorified-by-the-russian-media. html

XX. El andaluz

José tiene 31 años y vive con su novia a pocas manzanas de la Plaza Lenin de Donetsk, en un departamento pequeño pero con una bonita vista al centro de la ciudad. Ella, Anastasia, es una muchacha muy joven, con rasgos eslavos, ojos claros y sonrisa fácil. Él lleva el pelo corto y tan oscuro como sus ojos, es notablemente flaco y suele mostrar mucho interés por lo que dicen los demás. Viste una camiseta roja con el escudo de la Unión Soviética. Ella lo mira con un amor tan intenso como evidente. Son una pareja sencillamente encantadora. En un estante hay una foto de José con uniforme militar montando un vehículo blindado y, sobre ella, hay pegado un corazón rojo que dice en castellano "mi defensor".

José no es como Alexis, no quiere fotos ni revela su nombre real:

> *Mi nombre de guerra es José Díaz, como el secretario del Partido Comunista Español durante la guerra civil. Y además era de Sevilla, mi tierra. Era un panadero. Y fue íntimo amigo de Stalin, incluso murió en Georgia. Pude leer en una exposición una de las cartas que escribió a Stalin agradeciendo la ayuda médica que le prestaron.*

Cuenta con un marcado acento andaluz:

> *Antes de la guerra me dedicaba a la gastronomía y nunca había tocado un arma, pero eso no me daba miedo. Estudié mucho sobre política e historia del comunismo, tenía lo necesario, la parte teórica, pero no tenía conocimientos prácticos. Había estado en manifestaciones y en barricadas, eso no era suficiente, creía que había más para hacer.*

Para él, igual que para Alexis, Odesa fue un punto de inflexión. Sintió que no podía quedarse en España leyendo mientras moría gente. Sin pensarlo demasiado, se marchó de Sevilla y llegó a Donbass en agosto de 2015 gracias a una persona que había conocido a través de redes sociales. Pronto se unió como explorador antitanques del batallón Jan, en el que conoció a Alexis, que ya para entonces hablaba ruso y lo ayudaba con las traducciones. Empezó dedicándose a lo que más sabía: la cocina. También limpiaba y colaboraba en lo que podía:

> *Estuve los primeros cinco días sin salir a la calle porque estaban bombardeando mucho por ese entonces. Prácticamente vivíamos en el polígono, todo el tiempo estudiábamos y disparábamos. Había que estudiar mucho, los mandos no querían que cometiéramos errores. Recién en mayo de 2016 fui por primera vez al frente y fue solo por un día. Explotó una mina y dos compañeros fueron heridos así que debimos volver. Uno perdió casi completamente la vista, el otro perdió trozos de un brazo y le quedó la cara desfigurada. He visto muertos, he visto*

heridos. Todos tenemos asumido que el que está aquí puede morir, que es una posibilidad concreta. Por eso yo no tengo miedo, ya asumí que puede pasar desde el día en que llegué. Nunca me he asustado, es como si me hubiera criado en el frente. Y sé que estoy luchando contra algo tan concreto como es el fascismo. Claro que vale la pena el riesgo.

Formó parte del ejército hasta octubre de 2016, para entonces el estrés, la férrea disciplina, la falta de descanso y la mala alimentación lo habían dejado enfermo y sin fuerzas. El escenario había cambiado mucho en poco más de un año y la guerra había quedado estancada. Ya sin avances posibles a la vista, no tenía sentido continuar sacrificándose. Se terminaba su contrato con el ejército y decidió que ya había sido suficiente, que necesitaba reposar y recuperarse del desgaste físico y mental que implica participar de un conflicto bélico. Pasó a la vida civil, encontró trabajo como traductor y ya no volvió al ejército:

Quería conocer la república por la que había peleado y casi no había visto. No sabía lo que era este país. Todo era nuevo entonces, había cultura en todos lados, filarmónica por un euro, teatro, danza. Todo. La gente aquí vive en forma muy sencilla y me he sentido muy bien, no me ha costado acostumbrarme a la vida civil. Me gusta ver propaganda soviética en la calle o hablar de 'Plaza Lenin'. Eso tiene un contenido político y social. Varias veces intentaron tirar abajo el monumento a Lenin y la población lo ha defendido porque sabe que es su historia, su cultura. Aquí me siento integrado, me siento como si fuera de aquí. Me han acogido muy bien, en especial los mayores. Ellos valoran mucho que venga a ayudar a cambio de nada. Te quieren abrazar, ¿sabes? Y eso no tiene precio, no se compara con nada. La gente ha quedado feliz, es gente muy agradecida. También hay algunos que no entienden por qué vinimos o qué hacemos aquí. Suelen ser los más jóvenes, los que se criaron después de la caída de la Unión Soviética y no saben lo que es ayudar al prójimo.

José es un hombre locuaz y, sobre todo, expresivo, como si meditara la mejor forma de decir y demostrar lo que piensa. Habla como quien lee un cuento para niños, en forma pausada y lenta, con entonaciones algo exageradas pero pintorescas.

Al principio parece que esta guerra no tiene nada que ver conmigo, pero los soviéticos nos ayudaron en la guerra civil española, vinieron voluntarios a pelear de nuestro lado. Se lo debemos y yo vine a devolver esa ayuda. Vine a pelear por un país con mejores condiciones, en contra de los fascistas y en el bando correcto: el popular. Yo venía mentalizado que podía morir y no debes pensártelo mucho porque nadie quiere morir, pero vale la pena luchar para mejorar la vida de la gente, ¿sabes? A veces pegar tiros es una forma de ayuda humanitaria. Además, yo vivo en la Unión Europea y veo cómo ha avanzado el fascismo en todo el continente. Si dejamos que triunfe aquí llegarán también a España grupos como Sector Derecho, Dnipro o Azov.

Agrega categóricamente:

Nunca sentí remordimiento. Yo no mato personas, yo mato nazis. Por eso no siento pena. Los prisioneros aquí han sido tratados de acuerdo a las Convenciones de Ginebra, les hemos dado

tres comidas diarias, no se les ha golpeado, no se les negó el baño, no se les ha hecho nada raro. Se los ha tratado con más respeto del que merecen. De todas formas yo no me negaría a hablar con el enemigo. Quiero saber qué piensa, por qué quiere aniquilar a un pueblo. No me sirve decir 'está loco' y listo. Quiero saber qué le mueve. Quizás es solo por dinero, no lo sé. Creo que matar al enemigo es fácil, pero hay que estudiarlo. Sabiendo cómo piensa conoces su entorno, eso es lo que sirve en una guerra. Hay que sentarse y saber qué le pasa. Sé que no podría hacerle cambiar de opinión. Sé que piensan que somos inferiores. Pero les invitaría a ver a la gente aquí, que vean cómo se vive. Ellos traen demasiada violencia, se matan entre ellos. Pero no son ni idiotas ni locos. Los nacionalistas ucranianos quieren continuar con la guerra. Hay algunos que hacen mucho dinero con esto y también hay nazis antieuropeos que no quieren que avance la Unión Europea, por eso quieren extender la guerra, para que la Unión Europea no pueda tomar Ucrania. Y aquí nadie quiere volver a pertenecer a Ucrania, allá hay nazis en las calles. Pero sin reconocimiento internacional el futuro es muy difícil para la gente, especialmente para los jóvenes. Ucrania es un estado fallido que no puede garantizar la seguridad de sus propios ciudadanos. Aquí no hay disparos en la calle como pasa en Ucrania. Aquí saben que las armas no son para atacar a la propia gente. Aquí hay gente viva, gente joven que viene empujando, es la generación que creció sin saber la historia de esta tierra porque en el colegio solo les enseñaban la historia de Kiev y del oeste, no la historia de Donbass. Y a esa generación hay que entregarle un país reconocido, no este país bloqueado. Pero temo que la guerra se estanque para siempre, como pasó en Abjasia. La diferencia es que el Donbass ha recibido internacionalistas y eso ayudó a difundir, a hacer propaganda en Europa. Ahora hay gente aquí y en todo el mundo empujando para que reconozcan a este país a nivel internacional.

En su departamento hay monedas soviéticas, viejos libros y otros objetos que recogió de pueblos en el frente de combate, de lugares que han sido abandonados en algún momento de la guerra. Simplemente le daba pena que todo ese material se echara a perder, así que trajo muchas cosas a Donetsk, algunas las conserva, y otras las regala a alguna institución. Tiene también varias medallas que ha ganado durante los catorce meses que pasó en el ejército, pero no le gusta mostrarlas, dice que lo hacen sentir incómodo, como si no las mereciera. Insiste en que no es un héroe como para recibir premios, que es un hombre común con una vida común, que vive normalmente, que la guerra no lo ha transformado. En cambio, sí le gusta mostrar algo de lo que está mucho más orgulloso: una vieja medalla soviética que le regaló el padre de Anastasia.

He aprendido mucho aquí, me llevo mucho. Ser extranjero pero que me hagan sentir en familia, protegido. Por ejemplo, el batallón era como una familia. El verme integrado en esta sociedad. No he sentido discriminación como la que hay en mi país. Y ahora pienso irme pronto de regreso a casa pero no cierro la puerta a volver, no puedo cerrar esa puerta. Me gusta vivir aquí y me voy, sí, pero me voy llorando.

Con el pasaporte de la DNR en mano, ya como ciudadano de la República Popular, pronto viajará a Rusia y de ahí a España. No solo se alejará de la zona de guerra sino que también quiere que Anastasia conozca Andalucía, quiere casarse y empezar una nueva vida. Y, quizás, algún día volver al Donbass, cuando la DNR sea una república reconocida

internacionalmente.

Sobre la mesita de café hay una pila de libros soviéticos, medallas propias y ajenas, viejos bonos por cincuenta rublos, una diana de papel recuerdo de una de sus primeras pruebas de tiro, el diploma de Anastasia de la Universidad Nacional de Donetsk, varias tazas de té y el imán con las fotos de Tolstij *Guivi* y Pavlov *Motorola* junto a la frase "su hazaña permanecerá en nuestros corazones". Dice José:

> *Yo soy comunista, y sé que aquí no se pretende instaurar una república socialista ni mucho menos. Pero cuando vamos hacia el frente y un niño pequeño se suelta de la mano de su padre para levantar el puño y saludarnos, ahí es cuando sé que todo esto ha valida la pena.*

***

Aún sin pretensiones de crear regímenes comunistas o socialistas, desde la cúpula de la DNR se reivindica la simbología y la terminología soviética, especialmente a la hora de hablar de la guerra. Las medallas que se otorgan a los "Héroes de la DNR" son muy similares a las que recibían los "Héroes de la Unión Soviética"; y al igual que en la URSS, hay "ciudades heroicas". Las celebraciones como el Día de la Victoria, el Día del Ejército Rojo (o Día de los Defensores de la Patria), el del Trabajador y el de la Mujer Trabajadora son particularmente importantes, e incluso para el centenario de la Revolución de Octubre la DNR y la LNR organizaron numerosos eventos, mientras que en Rusia el aniversario pasó prácticamente desapercibido. Las canciones patrióticas soviéticas suenan en la radio, el sistema educativo soviético se instauró en las escuelas, los aniversarios de cualquier evento aparecen en los boletos de autobús, las hoces y martillos por doquier y un larguísimo etcétera para reivindicar al régimen de la URSS. Aunque probablemente no sea más que una forma de asociar el pasado heroico de la Gran Guerra Patria, como conocen los rusos a la Segunda Guerra Mundial, con el presente bélico, y de emparentar a ambos enemigos, nazis y ucranianos, en las narraciones populares. Como si aquel ejército terrible que invadió y asoló las tierras ochenta años atrás hubiera regresado con sed de venganza.

Markov, comandante de la brigada Prizrak de Lugansk, sostiene esta idea:

> *Los ukrop reivindican al nazismo y gritan abiertamente que su objetivo es liberar sus tierras de población rusa. Pero aquí en Donbass más del 80% son rusos étnicos. Entonces, ¿qué pueden pensar los locales cuando escuchan eso? Por eso toman las armas, solo para salvar sus vidas y las vidas de sus familias. Esta es una guerra civil ordinaria. La Junta de Kiev pretende que está luchando con Rusia, con el ejército ruso. Y sí, yo soy de Rusia, de Moscú. Pero nunca he servido en el ejército antes, soy un tipo absolutamente normal. Mi jefe de base es un dentista. Tampoco había estado en el ejército antes. Mi adjunto es tan solo un anciano de Alchevsk, sus dos hijos formaron parte de las milicias y uno de ellos murió en acción. Solo uno de mis ayudantes es un verdadero militar, pero formó parte del ejército de Ucrania, en una brigada que ahora nos enfrenta. Él dice que no está luchando en contra sino a favor de Ucrania. Por una Ucrania libre de nazis. Si aquí estuviera el ejército ruso, siquiera una brigada, esta guerra hubiera terminado mucho antes, en unos pocos meses. Pero aquí solo tenemos gente común que en su mayoría nunca habían tocado un arma antes de esta guerra. Así que tenemos que enseñarle a esa gente a disparar con Kalashnikov. Ni siquiera habían visto una antes. La única ventaja que tenemos*

contra el ejército ukrop es la motivación, por eso mantenemos este espíritu de milicia popular.

Quizás los boletos de autobús con símbolos soviéticos y las viejas canciones de guerra en la radio sirvan para mantener esa motivación.

XXI. La rusa y la ucraniana

El centro de la ciudad de Donetsk es una burbuja de paz en la que los vecinos pueden pretender que no sucede nada, que nadie dispara a nadie a escasos kilómetros de Plaza Lenin. La guerra no se ve, no existe. Sí, las muertes y la destrucción se leen en el diario, pero quedan allí, impresas en las páginas, porque en el mundo real, en las calles de Donetsk, todos los habitantes, y particularmente el gobierno de la DNR, procuran mantener el hechizo: que la burbuja artificial que separa guerra y rutina diaria no reviente.

Quizás ese sea el mayor problema de esta guerra: que no hay suficientes muertos como para aparecer cada día en el noticiero de la noche ni suficiente paz como para vivir una vida estable. Donetsk es una ciudad bonita, con cafés modernos y restaurantes y pizzerías y bares y vecinos paseando y plazas y árboles. Esa no es la imagen más popular de las guerras. ¿Dónde está el terror o las balas o la destrucción o la muerte? No, no en el centro de la ciudad. Pero eso no significa que la vida sea sencilla.

Tania vive en esta burbuja. Es una muchacha de 28 años, extrovertida y entusiasta, representa a la parte de la población del Donbass que más se enorgullece de haberse declarado independiente de Kiev y de la construcción de una nueva república. Para ella, el reconocimiento internacional llegará tarde o temprano. “Siempre soñé con esto”, dice:

> *Estaba harta de que los ucranianos nos odiaran, de que nos echaran la culpa de todo. Una vez fui a Kiev y en un bar me acusaron de robar cosas, les pregunté por qué me acusaban y me dijeron que porque era de Donetsk. Nos odian, no sé por qué. Desde entonces cada noche recé para que pasara algo así, para separarnos de esa gente. Somos distintos, ellos no quieren vivir en el mismo país que nosotros y nosotros no queremos vivir en el mismo país que ellos.*

Habla rápidamente, como si el entusiasmo le atropellara las palabras y las ideas. Cuenta decenas de anécdotas con el fin de demostrar su punto: que los ucranianos odian a la gente de Donetsk. “A nosotros, los rusos”, dice ella. Su última experiencia fue con un muchacho de Kiev que viajó para grabar un documental sobre la guerra y conocer gente local. Aparentemente este joven se enojó por algún comentario y se fue haciéndole pagar a Tania por las cervezas que habían consumido los dos. “Eso hacen los ucranianos. No nos respetan, creen que somos animales salvajes, que somos estúpidos, incultos. Por eso celebré el principio de la guerra, ¡por fin nos iban a dejar libres!”. Entre lo mejor de la DNR, destaca los precios bajos, los buenos servicios de salud pública, la infraestructura de transporte y las grandes posibilidades que se abren en este nuevo país en el que todo está por hacerse.

Lo que más le molesta de la situación actual no se relaciona ni con las complicaciones económicas, ni la inestabilidad, ni la guerra en sí o las dificultades para transitar por el territorio controlado por la DNR hacia Rusia o hacia las regiones de Ucrania bajo dominio de Kiev. No, todos esos problemas le parecen superficiales, cuestiones que se solucionarán más temprano que tarde o bien dificultades producto del bloqueo económico de Kiev a la región,

cuando no simples invenciones de los medios occidentales. Lo que realmente le molesta es que tan pocos extranjeros visiten la ciudad:

> *Antes rezaba para separarnos de los ucranianos, ahora rezo para que lleguen turistas, para que vean cómo vivimos aquí y que no somos animales salvajes ni somos estúpidos, que somos amables y acogedores. Quiero conocer gente, practicar mi inglés, llevar turistas a pasear o a tomar un café, ¿por qué es tan difícil? ¿Por qué no los dejan venir?*

Para ella, la solución consiste en presionar para que las Naciones Unidas eventualmente reconozcan la independencia de Donetsk, pero cree que esto va a tardar. "Me parece que la guerra va a durar por lo menos cinco años más".

Elena tiene treinta años, es alta, rubia, formal y prolija. Casi un estereotipo de rusa. Pero no, es ucraniana. Vive en Yasinovataya, aunque utiliza el nombre ucraniano de la ciudad y no el ruso: Yasinuvata. Su departamento está a algunos pocos cientos de metros de la ruta que marca el límite, que separa a esta localidad de Avdievka. Una está bajo control de la DNR; la otra, bajo control de Kiev. Es decir, Elena vive en un frente de guerra activo:

> *Tenemos un sótano en mi casa donde nos refugiamos cuando hay ataques. Hasta 2016 bajábamos todos los días, pero ahora no tanto, ahora todo está más tranquilo. A veces pasa algo y tenemos que bajar corriendo. Sigue siendo un frente de batalla aunque el gobierno se esfuerce en hacerla parecer una ciudad normal. En realidad, durante el día es bastante normal, pero no a la noche: solo disparan de noche porque de día están las personas de la OSCE, y cuando se van empiezan los enfrentamientos. A veces más intensos, a veces menos.*

Algunos días se queda en casa de sus padres, donde tienen el refugio, y cuando todo parece más tranquilo vuelve a su departamento ubicado, curiosamente, al lado de una base del batallón Vostok.

Elena se sienta como si estuviera en una reunión de trabajo: la espalda recta, los pies juntos, las manos firmes. Es una profesional. Trabaja como abogada de Voda Donbassa ("Agua de Donbass"), la compañía proveedora de agua para toda la región de Donetsk y parte de Lugansk. Es de las poquísimas empresas que operan en Donetsk pero aún pagan impuestos a Ucrania. Es que el agua pasa por Donetsk, la ciudad más grande de la zona, pero se provee a ciudades bajo control ucraniano en la región, como Severodonetsk, Kramatorsk y Sloviansk. Por eso Elena vive en la DNR pero cobra su salario en grivnas y no en rublos rusos, la moneda que se utilizaba en las áreas separatistas de Donetsk y Lugansk.

La situación de Voda Donbassa es excepcional y se debe a un acuerdo especial con el gobierno de la DNR a cambio de servicio gratuito en determinadas áreas. Para Elena esto es un alivio y una forma de lidiar con la insatisfacción que le genera vivir bajo la bandera roja, negra y azul: siente que así no traiciona Ucrania. "Si trabajara para el gobierno de la DNR cobraría más pero no podría ir a Ucrania a visitar a mi familia o a mis amigos".

"Yo soy ucraniana y amo a mi país. Odio todo esto", dice. Le molesta la propaganda constante en contra de Ucrania y a favor de un país que considera "inexistente", el hecho de arreglar el centro de Donetsk rápidamente para que los locales se olviden la guerra y también la reiteración incesante de que Ucrania no es más que fascismo y nazismo. Pero por encima

de todo eso, le molesta que su país haga lo mismo:

Para Ucrania, en el este somos todos terroristas. Lo dicen todo el día en televisión. Que en Donetsk somos separatistas, terroristas, criminales, que odiamos a todos los ucranianos. Lo único que logran es separar familias y amigos, enemistarnos. No entienden que acá somos prisioneros. Que vivir en la DNR es como vivir en la Unión Soviética, en un estado de paranoia y control permanente. Los ancianos son los que más apoyan a este régimen y es justamente porque lo asocian con la Unión Soviética, con sus símbolos de heroísmo y enemigos nazis. Pero pienso en los chicos en las escuelas y me aterroriza lo que puedan estar diciéndoles.

Le resultan irrelevantes las diferencias culturales, idiomáticas y políticas entre el oriente y occidente. Para explicar su punto, recuerda la Eurocopa de 2012, que Ucrania coorganizó junto a Polonia. Entonces el estadio Donbass Arena de Donetsk albergó cinco partidos, incluyendo dos de la selección local, enfrentando a Francia y a Inglaterra:

Éramos cincuenta mil personas cantando todas juntas el himno con la bandera ucraniana y alentando a nuestro equipo nacional. No fue hace tanto, ¿antes éramos todos ucranianos y ahora todos odian a Ucrania? No, no tiene sentido. Hoy todo eso parece muy lejano y yo no puedo cantar mi propio himno.

La pregunta, entonces, es por qué se queda en la DNR, en su pequeña ciudad controlada por un gobierno al que detesta. Es joven, tiene formación académica, buena experiencia, habla perfectamente inglés. Tiene todo para irse si así lo desea:

Intenté irme pero no es fácil. Viajé a Lviv, en el oeste de Ucrania, y me comuniqué con el gobierno para informar mi situación. No éramos pocos los que huíamos de la guerra y buscábamos una nueva vida, supuse que el Estado ucraniano nos ayudaría al menos temporalmente. Pero no. No me ofrecieron ni departamento, ni habitación, ni trabajo. Solo 800 grivnas al mes. Le pedí a mi país que me ayudara y mi país me dejó de lado.

Los 25 euros que le ofreció el gobierno eran apenas una limosna. “Y acá puedo ayudar a mis padres. Pero ellos dicen que es estúpido quedarme”.

Elena, orgullosamente ucraniana, también es una ciudadana de segunda para Kiev. Tal vez el comandante de la brigada Prizrak tenga razón y al gobierno ucraniano simplemente no le interesen los habitantes del Donbass.

XXII. Dos comandantes muertos

El centro de Makievka se encuentra a unos 15 kilómetros de la Plaza Lenin de Donetsk en dirección este. Con algo más de trescientos cincuenta mil habitantes se constituye como la tercera ciudad más importante de la provincia, detrás de Donetsk y Mariupol, aunque en la práctica funciona como parte del área metropolitana de la capital regional.

Makievka está bajo control de la DNR desde el 13 de abril de 2014, apenas seis días después de que Borodai y los suyos tomaran el edificio de la administración provincial de Donetsk. Desde entonces nunca fue reconquistada por Ucrania, aunque sí hubo bombardeos ese verano y una vez más durante el invierno de 2015, mientras continuaba la extensa batalla en el aeropuerto. Y hubo un ataque más que causó un gran impacto. Fue la mañana del 8 de febrero de 2017, cuando un disparo de lanzamisiles RPO entró por una ventana del segundo piso y destruyó la oficina de Mijaíl Tolstij, alias *Guivi*. El comandante del batallón Somalí murió a los treinta y seis años.

La fuerte explosión hizo estallar todas las ventanas de edificios contiguos y provocó un incendio que tardó horas en ser extinto. Se supone que el disparo se efectuó a unos 300 o 400 metros, aunque los RPO alcanzan distancias de hasta un kilómetro, por lo que el área potencial de disparo era sumamente amplia. Existe la posibilidad de que fuera un ataque particular e impresionantemente preciso, pero también es factible (y más probable) que se hubiera colocado un aparato explosivo dentro de la oficina. De todas formas, es claro que el atacante conocía la ubicación exacta de la oficina de *Guivi* y también en qué horario él se encontraría allí, por lo que debió contar con colaboración interna.

Dos días más tarde se realizó el funeral en el mismo Teatro de Ópera y Ballet de Donetsk en donde se había velado a *Motorola* y se llevó adelante el entierro en el cementerio Mar de Donetsk, en el mismo lugar en donde descansaba el comandante del batallón Sparta.

El primer comunicado de la administración de la DNR decía que el ataque era “una continuación de la guerra terrorista emprendida por la junta de Kiev contra Donbass”[1], mientras que Zajárchenko dijo en conferencia:

> *Con estas acciones Ucrania demuestra que se ha convertido en una organización terrorista. No pueden derrotarnos en los campos de batalla y por eso nos están matando vilmente. A las autoridades ucranianas les digo: nunca lograrán dispararnos a todos. E incluso si nos matan, volveremos y continuaremos destruyéndolos. Ustedes mismos nos han dado el derecho a esto.*

Luego afirmó que se veía obligado a lanzar una ofensiva para vengarse por la muerte de *Guivi* y que esto marcaba el fracaso de los acuerdos de Minsk[2]. En abril, el Ministerio de Seguridad Estatal de la DNR informó en un comunicado oficial que, según “información objetiva”, Alexey Petrov, Jefe del Departamento de Contrainteligencia del Servicio de Seguridad Ucraniano (SBU), estaba detrás del asesinato[3].

Habían pasado menos de cuatro meses desde la muerte de *Motorola* y tan solo cuatro días

desde que una explosión en su auto terminara con la vida de Oleg Anaschenko, Jefe Militar de la LNR. En el caso de *Guivi*, desde Kiev se habló una vez más de disputas internas y de órdenes del Kremlin para acabar con figuras populares aunque demasiado autónomas. Aleksandr Motuzyanik, portavoz del ejército ucraniano, sugirió que podía tratarse de una venganza dentro del propio batallón Somalí y tras las importantes bajas en las recientes batallas entre Avdievka y Yasinovataya[4]. Pocos días antes de morir, *Guivi* perdió a algunos de sus hombres más leales, entre ellos Antón Sidorov, alias *Cónsul*, originario de Donetsk. Tenía treinta años y era muy cercano a Tolstij, probablemente su mano derecha, además del responsable de su seguridad personal y comandante de la compañía mecanizada del batallón. Había formado parte del Somalí desde el primer día y participado de las batallas en el aeropuerto y en Ilovaisk. Fue muerto el 31 de enero de 2017 en Avdievka. Ese mismo día también murieron en el mismo lugar Víktor Gulakov, alias *Makey*, un joven de treinta y tres años de Makievka, miembro del batallón Somalí desde sus inicios en el verano de 2014; y Dmitry Stankevich, *Detsla*, de veinticuatro, originario de una pequeña ciudad cercana a la rusa Ekaterimburgo y ex miembro de las Fuerzas Armadas rusas que había combatido en Donbass a partir del verano de 2015. El cuerpo de este último llegó a su ciudad natal el mismo 8 de febrero en que murió su comandante.

Mientras caían muchos de sus hombres, incluyendo algunos colaboradores íntimos, medios ucranianos publicaron que *Guivi* se había disparado a sí mismo en la pierna para alejarse del frente, cosa que él negó en los días sucesivos. Pero el rumor ya se había esparcido al tiempo que las duras batallas en Avdievka continuaban. Ucrania buscaba difundir la idea de que se trataba de una venganza interna. Por su parte, el portavoz del Kremlin Dmitry Peskov declaró que la muerte de *Guivi* había sido un intento de desestabilizar la situación en Donbass[5].

A diferencia del ruso *Motorola*, Tolstij nació en el Donbass, en Ilovaisk. A los dieciocho años realizó el servicio militar ucraniano y, dos años más tarde, quiso continuar en el ejército pero fue rechazado, luego fue chofer de camión y trabajó colocando anuncios en la vía pública, hasta que comenzó la guerra. El primer día de mayo de 2014 se unió a las fuerzas de Igor Guirkin en Sloviansk y formó parte de la retirada en julio. Al mes siguiente fue destinado a Ilovaisk con la idea de detener los avances ucranianos. En aquella batalla tuvo por primera vez una tropa a su cargo y fue allí que *Motorola* bautizó al batallón de su colega al notar que, en pleno verano, los soldados vestían ropas distintas, algunos con camisas y pantalones cortos, otros con uniforme. “Parecen piratas de Somalia”, dijo. Al finalizar la batalla y obtener una importante victoria *Guivi* anunció: “Ucrania es ahora nada más que una palabra. Ya no existe. Es historia”.

La extensa batalla del aeropuerto lo hizo famoso y popular en el Donbass y también más allá, no solo por la importante victoria o por las muchas entrevistas que dio en ese periodo, sino también por los videos que comenzaron a circular. En ellos se veía a *Guivi* obligando a sus enemigos a masticar y tragar las insignias de banderas ucranianas de sus uniformes. Luego los hacía marchar por zonas civiles, incentivando a los vecinos a que los insultaran.

***

Tanto *Motorola* como *Guivi* habían sido figuras sumamente populares entre los habitantes de la DNR y Zajárchenko se ocupó de hacer de ellos un símbolo de la lucha, de la

independencia. Además debían ser un recordatorio de quién era el enemigo y, claro, de quién lideraba las batallas en su contra. Zajárchenko tomó a los comandantes muertos para potenciarse a sí mismo y establecerse como figura popular, como el último héroe, el único que podía terminar con aquellos "saboteadores ucranianos" que pretendían destruir las esperanzas de su república.

El por entonces líder de la DNR nació en la ciudad de Donetsk en 1976, estudió en la Escuela Técnica Superior de Automática Industrial y trabajó como electricista minero. Según algunos medios ucranianos, en 2006 fue director de Kontinent LLC, empresa dedicada a la importación y exportación y parte del gigantesco conglomerado de compañías de Rinat Ajmétov. A partir de diciembre de 2013, lideró la sede de Donetsk de la organización Oplot Donbassa, originaria de Járkiv, y en abril de 2014 formó parte de la toma del ayuntamiento de la ciudad, junto a al menos otros veinte miembros de Oplot que serían la base de un batallón homónimo a comienzos de la guerra. Su objetivo entonces no era necesariamente alcanzar la independencia sino convocar un referéndum para dirimir el status de la región de Donetsk.

Lentamente, el batallón Oplot fue cobrando más y más relevancia y quedó a cargo de la protección de la residencia personal de Rinat Ajmétov, del ayuntamiento y las oficinas de los canales televisivos Donbass y Unión. Hacia julio ya contaba con unos dos mil quinientos combatientes, siendo así uno de los mayores batallones junto con el Vostok. Por esos días, Zajárchenko sufrió una herida en un brazo en Kozhevnia, cerca de la frontera con Rusia, y volvería a ser herido durante la batalla del aeropuerto y en Debáltseva.

Pronto Zajárchenko se convirtió en Viceministro del Interior de la DNR y en mayo fue nombrado Comandante Militar de Donetsk. Con la renuncia de Borodai al cargo de Primer Ministro a comienzos de agosto, el líder de Oplot asumió el máximo puesto administrativo de la república. Borodai dijo entonces que él había llegado como "gerente de crisis cuando la DNR estaba naciendo, pero ahora es un país real, tiene un gobierno y fuerzas armadas, se ha convertido en un sujeto de derecho internacional". También afirmó que él mismo había elegido a Zajárchenko como su sucesor porque Jodakovski, líder del batallón Vostok, "ya ha tenido tiempo de familiarizarse con la política ucraniana, lo que significa tretas constantes y chantaje. Mientras tanto, Zajárchenko es una cara nueva, un comandante con autoridad no corrompido por la política"[6].

En noviembre ganó las primeras elecciones a Jefe de Estado de la DNR: obtuvo casi el 80% de los votos con su partido República de Donetsk. Así se convirtió en el mandamás local, ocupando los cargos de Primer Ministro y de Jefe de Estado al mismo tiempo. También fue nombrado General Mayor de la DNR y de la LNR. Poco a poco se transformó en la figura predominante del Donbass separatista, con sus fotografías acompañando frases por toda la DNR, carteles, periódicos, banderas. Siempre se mostraba serio, decidido, fuerte, con el ceño fruncido, como si no tuviera tiempo ni voluntad más que para luchar, como si no pudiera descansar hasta acabar con el enemigo. Pero eventualmente todo cambió.

***

El 31 de agosto de 2018 una bomba en el café Separ de Donetsk terminó con su vida y la de uno de sus guardaespaldas. Otras once personas resultaron heridas, incluyendo a Aleksandr Timofeyev, alias *Tashkent*, Ministro de Ingresos y Tasas de la DNR. Eduard Basurin,

Secretario de Prensa del Comando Militar de la DNR, acusó a Estados Unidos de estar involucrado en el atentado, al que calificó de "ataque terrorista". Desde Rusia, la portavoz del Ministerio de Relaciones Exteriores, María Zajarova, culpó al gobierno de Kiev. Y Kiev le cargó responsabilidad del ataque a Rusia y esgrimió, otra vez, la posibilidad de una pelea interna, según la portavoz del SBU Yelena Gitlyanskaya, entre "terroristas y sus patrocinadores rusos". La culpa era del otro, nadie se hacía cargo.

El primer comunicado oficial del gobierno de la DNR decía que "el régimen de Kiev, como siempre, no puede luchar abiertamente y opera tan solo con métodos terroristas antihumanos"[7]. Considerando que Ucrania no lograba avances militares y que el conflicto dificultaba su tan deseada incorporación a la OTAN, la posibilidad de saboteadores infiltrados no era completamente descabellada.

La zona central de Donetsk fue cercada, las fronteras se bloquearon y se inició un importante operativo mientras ya circulaban todo tipo de rumores. Pero fueron acallados rápidamente por los comunicados oficiales del gobierno de Donetsk: habían sido arrestadas dos personas, ambas ucranianas y ligadas a los Servicios de Seguridad de ese país (SBU).

El 2 de septiembre, dos días después de la explosión, se llevó adelante el funeral público en el Teatro de Ópera y Ballet de Donetsk, mismo lugar en el que habían sido velados *Motorola* y *Guivi*. Oficialmente, pasaron unas cien mil personas a despedir a Zajárchenko, entre ellas Serguéi Aksiónov, Primer Ministro de Crimea desde la anexión rusa en 2014. Vladimir Putin envió sus condolencias, dijo que Zajárchenko era un verdadero líder nacional y habló de "asesinato ruin", mientras que el Ministro de Relaciones Exteriores ruso, Serguéi Lavrov, declaró que el ataque había sido una provocación de Kiev y que las negociaciones diplomáticas por el conflicto ya no podrían seguir adelante.

Asumió como Jefe de Estado Denis Pushilin, hasta entonces presidente del Soviet, el parlamento unicameral de la DNR. Entonces anunció que su objetivo era avanzar hacia la integración social, cultural y económica con la Federación Rusa y agregó: "ya hemos aprendido a vivir sin Ucrania". En noviembre hubo elecciones en Donetsk y Pushilin se constituyó como Jefe de Estado con más del 60% de los votos, aunque, a diferencia de Zajárchenko, delegó la tarea de Primer Ministro. Asumió ese cargo Aleksandr Ananchenko, ignoto exempresario cercano al depuesto expresidente ucraniano Víktor Yanukovich. La guerra estaba a pocos meses de cumplir su quinto aniversario y solo parecía destinada al estancamiento.

Algunos meses después de la asunción de Pushilin, el andaluz José abandonó el Donbass y ya no pensaba volver:

> *Cualquier día de estos ya no podré ir allí porque todo aquello será otra vez Ucrania. Desde que mataron al presidente han vendido al pueblo, lo hizo ese tal Pushilin. Al ejército no le permiten defenderse, cada día mueren militares y no hay batallas. Nos han vendido. Así de claro. Un tío que hizo una estafa piramidal es el presidente de Donetsk. Él solo busca dinero, mafia y oligarcas. Todos lo sabíamos desde hace mucho. La guerra terminará pronto. Los ucranianos darán 48 horas a todo el que haya colaborado para que se vaya o lo matan. Ese es uno de los modelos. Si eso se da, será una carnicería. Además es reconocer que hemos perdido la guerra cuando hemos sido mejores en las batallas. Bielorrusia y Rusia están ayudando también a Ucrania. Los negocios son negocios. Ya te digo, lo poco que había se lo han cargado.*

Quizás José tuviera razón y, para bien o para mal, la caída de Zajárchenko también significara el principio del fin para esta guerra eterna.

[1] *RIA Novosti*. "**В ДНР погиб командир батальона 'Сомали' Гиви"**. 8 de febrero de 2017. Recuperado de: https://ria.ru/20170208/1487406582.html

[2] "**Мы будем приходить к вам мертвыми: ФАН публикует обращение Захарченко после убийства Гиви"**. 8 de febrero de 2017. Recuperado de: https://riafan.ru/607566-my-budem-prihodit-k-vam-mertvymi-fan-publi- kuet-obrashchenie-zaharchenko-posle-ubiistva-givi

[3] Ministerio de Seguridad Estatal de la DNR (MGB). **НОВОСТИ И СВОДКИ МГБ ДНР**. 7 de abril de 2017. Recuperado de: https://mgbdnr. ru/news.php?id = 20170407_00&img_num = 0

[4] Kramer, Andrew. "Assassins Are Killing Ukraine's Rebel Chiefs, but on Whose Orders?" 8 de febrero de 2017. *New York Times*. Recuperado de: https://www.nytimes.com/2017/02/08/world/europe/ukraine-russia-mi- khail-tolstykh-dead.html

[5] *112 Agency*. "Russia denies any involvement in Givi's murder". 8 de febrero de 2017. Recuperado de: https://112.international/conflict-in-eastern-ukra- ine/russia-denies-any-involvement-in-givis-murder-13875.html

[6] *Meduza*. "Where are they now? Five years ago, the bloodiest European war of the 21st century began in eastern Ukraine. Here's what's become of those early separatist leaders". 31 de mayo de 2019. Recuperado de: https:// meduza. io/en/feature/2019/06/01/where-are-they-now

[7] Hutin, Ignacio. "Intrigas de la Guerra del Donbass. Página/12". 3 de septiembre de 2018. Recuperado de: https:// www.pagina12.com.ar/139607-in- trigas-de-la-guerra-del-donbass

XXIII. Cuatro extranjeros en Donbass

El navarro Patxi es muy flaco, tiene una barba con algunas canas y le faltan muchos dientes. Dice que los perdió en una pelea con la policía en España. No parece particularmente jocoso pero tampoco es serio. Tiene una seguridad en sí mismo muy notoria y una actitud que parece demostrar cuán poco le importa lo que opinen de él. Ella lo mira desde la cama completamente embelesada. Es Ludmila, una joven comunista polaca que combatió en la brigada Prizrak y que pasa mucho tiempo quejándose de cuán machistas eran sus compañeros y sus superiores, cuán poco espacio le dejaban, cuán irrelevantes eran las tareas que le encomendaban y cuán poco la respetaban. Una vez vestida, y pese a su enojo, se calza una camiseta con el símbolo de la brigada Prizrak acompañado por la primera frase del Manifiesto Comunista: "Un fantasma recorre Europa…".

Patxi aprovechó el puñado de días de descanso de la brigada para viajar a Donetsk, visitar amigos y encontrarse con ella. Ludmila está muy pegada a él, no lo suelta mientras él fuma un cigarrillo tras otro. El navarro llegó en 2015 al Donbass con la idea de defender a civiles y ya no quiso irse. Le parecía surrealista escuchar en medios españoles que Rusia estaba invadiendo Ucrania. Dice que esta es una guerra civil en la que el pueblo del Donbass, mucho más aguerrido que el de occidente, se levantó en armas para defender su tierra y a sus familias.

Admite que, efectivamente, está luchando del mismo lado que rusos de derecha, neoeurasianistas, duguinistas. Pero que, en estas circunstancias, no puede permitirse preguntar qué piensa cada soldado. De momento basta con que peleen contra el mismo enemigo.

De a ratos tiene la misma actitud intempestiva, sarcástica e incluso agresiva que el colombiano Alexis, pero, igual que él, luego pasa a la risa fácil y amplia como si nada hubiera ocurrido. José cuenta, casi en secreto, que Patxi tiene experiencia de otro conflicto y que ha visto mucha violencia y muerte. "Patxi vio mucha guerra… mucha, mucha". Quizás por eso actúe así.

Al poco tiempo, Ludmila y Patxi tuvieron un hijo y se fueron del Donbass. Ella no podía

volver a Polonia porque sería rápidamente apresada en virtud del artículo 141 del código penal: formar parte de una organización militar extranjera sin el consentimiento de una autoridad polaca. No es una persona anónima, fue miembro de la Liga Juvenil Comunista y en 2016, ya como voluntaria de la InterUnit en la brigada Prizrak, dio algunas entrevistas a medios de su país y su rostro y nombre circularon demasiado. Eventualmente volvió a su país a buscar algunas cosas y se marchó rápidamente. Unos días más tarde la Policía fue a buscarla a casa de sus padres, pero ya no la encontraron.

***

El ingeniero en construcción vasco Jon llegó al Donbass en 2014, poco antes del primer Acuerdo de Minsk. Terminó en la brigada Prizrak gracias a un italiano apodado Nemo, que también ayudó al chileno Isaac y al asturiano Dima:

Todos los europeos terminaron con el mismo contacto. Antes de llegar a Lugansk estuve parado por unos días en Rusia porque acá estaban bombardeando mucho. En la Prizrak no hice una mierda, no sabía nada, nunca había tenido entrenamiento ni contacto con armas. Sabía que necesitarían a un ingeniero para ayudar después de los bombardeos, pero no tenía sentido porque en el frente ya no quedaba nadie y en la ciudad solo había bombas de racimo. No se necesitaban ingenieros para eso. Así que me quedaba en la base y estaba tranquilo, no me ponía nervioso ni nada. Yo soy muy miedoso. Mi primer día hubo un bombardeo y vi a los civiles en los edificios de alrededor que cantaban canciones patrióticas rusas y morían. Fue muy surrealista. Me fui a República Checa antes de que venciera mi visa rusa de tres meses, y allí me enteré de que en España habían detenido gente por luchar aquí. Eran ocho tíos del batallón Vostok. Me dio miedo y tiré al río todos mis aparatos electrónicos, cualquier cosa que hubiera usado aquí y todos los papeles que probaran que yo había estado en la Prizrak.

Jon habla muy rápido, se desvía, cambia de tema. No lo hace por falta de concentración ni nada parecido, sino que simplemente le parece divertido, como si se burlara de sus interlocutores. Es un muchacho inteligente y despierto, muy probablemente sea un buen profesional, pero ahora tiene una actitud intensamente esquiva que resulta un tanto agotadora. Jon Prosigue:

Volví en 2015, venía a echar una mano en lo que pudiera. Sabía que ya no volvería a una brigada y terminé en DONi Press, que era muy útil, una organización que coordina envíos de varios países, ayudas de distinto tipo, comida, medicamentos, dinero. Es que no se puede repartir ayuda en el frente sin una organización. Buscaban a alguien que hablara varios idiomas. Las ONGs internacionales no hacían una mierda, así que la mejor forma de ayudar era DONi Press. Una de las cosas más importantes que he aprendido durante mi tiempo aquí es que las ONGs no merecen nada, solo quieren dinero, son una compañía que no arriesga nada. Al final no restan pero tampoco suman y definitivamente no merecen lo que cobran. Por ejemplo, los de Médicos Sin Fronteras no salían del hotel. Es que una ONG es una compañía y no pueden poner en riesgo a sus trabajadores. Así que les pagaban a médicos del hospital para que usaran sus chalecos y no permitían que les tomaran fotos, ellos entregaban a la prensa las fotos que se podían usar. El problema fue que algunos terminaron vendiendo opiáceos, así que las dos repúblicas echaron a

toda la organización.

En octubre de 2015, la administración de la DNR expulsó a Médicos Sin Fronteras (MSF) argumentando sospecha de espionaje y tráfico de drogas psicotrópicas. Un comunicado del Ministerio de Seguridad de la DNR informaba que se había detectado:

> *Toda una serie de acciones sospechosas de la ONG, incluida la recopilación de información sobre la defensa de la DNR y la organización de entrenamiento psicológico entre la población en la zona fronteriza, sesiones destinadas a desorientar socialmente a los ciudadanos. Además, se registró la entrega de medicamentos psicotrópicos, cuya importación y circulación deben llevarse a cabo en estricta conformidad con los requisitos de la legislación de la DNR y los reglamos del Ministerio de Salud.*[1]

Un mes antes, las autoridades de la LNR irrumpieron en los depósitos de MSF y secuestraron medicamentos que no habían sido aprobados. A los pocos días, se le retiró el permiso a la organización para trabajar en la zona. MSF emitió un comunicado oficial rechazando "enérgicamente las falsas acusaciones" respecto a "la gestión de material farmacéutico como las drogas psicotrópicas, críticas al programa de salud mental de la organización, y acusaciones infundadas de espionaje". Luego destacaba que "esta decisión privará a miles de personas de asistencia médica" y reclamaba "una revisión urgente sobre esta decisión", que finalmente nunca llegó.

Este tipo de cuestionamientos a organizaciones internacionales no solo se da con ONGs. La Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) ha recibido numerosas críticas por parte de autoridades de las repúblicas autoproclamadas y acusaciones de revelar información de posiciones y colaborar con Ucrania, además de no monitorear lo establecido en Minsk. Pero desde Ucrania las acusaciones son muy similares. Jon dice que "los de la OSCE son como espías de los *ukrop*". Están apostados en el hotel Radisson de Donetsk, a pocas cuadras de la Plaza Lenin, entre el boulevard Pushkin y la Avenida de la Universidad, y en teoría su trabajo consiste en que se respeten los Acuerdos de Minsk y los derechos humanos. Según el vasco, lo único que hacen es visitar a los soldados de ambos bandos y preguntar si se están respetando los derechos humanos: "les responden que sí, que claro, por supuesto. Y listo, bueno, muy bien, buen trabajo. Hasta luego. Y luego siguen disparando. Por hacer eso cobran 10.000 euros al mes".

La segunda vez que viajó a Donbass, Jon se estableció por cinco meses y les dijo a su familia y amigos que estaba trabajando en Rusia:

> *Hice una pausa en mi vida, le dejé una carta a un solo amigo por si moría. Pero no pensaba quedarme para siempre ni morir aquí. Pensaba volver, casarme y tener un hijo. Pero entonces mi novia me dejó y yo me quedé con el dinero de la boda. Ahí decidí volver al Donbass a colaborar en lugar de matar las penas con alcohol, pero sabía que sería por un periodo limitado. Por eso aquí nunca acepté dinero, no puedo aceptarlo sin comprometerme y no quería hacerlo. Vine por una deuda histórica que teníamos con la gente de aquí y una responsabilidad actual que tiene que ver con que el Estado español, como miembro de la Unión Europea, estaba financiando a neonazis que intentaban hacer una limpieza étnica. Es lo mismo que pasó en el País Vasco:*

buscaban imponer una cultura a la fuerza. En este caso, la ucraniana. Había muchas similitudes. Aquí llegaron agrupaciones abiertamente neonazis, como Sector Derecho, con tanques. Creí que el Donbass podía ser una inflexión en Europa, un alto al cáncer del mundo que es el imperialismo yanqui. Aquí logramos detener a un ejército formado y apoyado por Estados Unidos, eso no hubiera pasado hace diez años. Hoy el País Vasco está ocupado por la OTAN y pensé que la experiencia de Donbass podría servirnos también allá. Aquí he aprendido mucho: cómo funciona una guerra, aprendí de mis errores para no volver a cometerlos, sobre todo aprendí qué no hacer. Ahora sé que el Donbass es un mundo aparte, disociado del resto del planeta, es una burbuja. Los problemas de mis amigos ahora me parecen chorradas, y las problemáticas de España ya no me interesan. Pero creo que lo mejor que me llevo es la gente. Ha habido muy buena gente aquí, gente que no se encuentra en todos lados. Las cosas aquí son más extremas, lo bueno y lo malo. Y de alguna forma se compensa.

Jon suele llamarle "fachas" a Dani, un catalán franquista que dice haber llegado al Donbass como botánico, a trabajar en la reparación del Jardín Botánico de Donetsk. Dice que trajo semillas. "Joder, nadie viene a una guerra a plantar semillas", dice Jon. Igual que Alexis y Texas, Dani se casó en Donbass. Era médico, llegó en enero de 2015, cuando aún había milicias y no se había formado el ejército regular de la DNR, cuando aún había bombardeos en el centro de Donetsk, cuando los tanques y los vehículos de transporte blindado BTR avanzaban regularmente por las calles céntricas de la ciudad. Trabajó en un hospital y también en algunos puntos médicos del ejército. Durante ese periodo vivió en las exresidencias estudiantiles de Donetsk, ahora habitadas mayoritariamente por refugiados de aldeas y pueblos en el frente. Al principio de la guerra eran edificios muy sucios, pero ahora hay mayor control y el catalán cuenta que incluso han echado a varias personas por estar borrachas:

Es prácticamente imposible entrar sin ser familiar de un residente. Hay agua caliente y calefacción, un comedor social, personal de seguridad al que hay que dejar una identificación para poder ingresar. Las habitaciones son para dos, tres o cuatro personas. Hay mesa, silla, cama, no más. En cada edificio viven unas cien personas. La mitad de cada edificio sigue en manos privadas y las habitaciones se alquilan a estudiantes, la otra mitad fue cedida al Estado y allí se alojan refugiados. Hay historias muy curiosas de madres refugiadas que se encuentran con sus hijos estudiantes y todos conviven en el mismo edificio.

El Comité Internacional de la Cruz Roja envía cada mes una caja que contiene aceite, arroz, trigo sarraceno, pasta, salsa, *tushionka* (carne guisada en conserva), papel higiénico, jabón, cepillos de dientes y dentífrico. El Estado de la DNR otorga una pensión mensual que va de los 2.000 a los 6.000 rublos, entre 26 y 80 euros, y esta variación tiene que ver con la proveniencia de los refugiados, si trabajan, si tienen niños a cargo, estado de salud y en qué estado quedaron sus casas tras los enfrentamientos. Para establecer esto existe el proceso de Podpiska: un empadronamiento que realiza el ejército en caso de destrucción total o parcial de viviendas. Se toma constancia del estado general de los edificios, muebles y otras pertenencias, y con ese registro se decide el valor de las pensiones. Dani se sorprende cuando le preguntan si los soldados que realizan el registro son confiables y si el empadronamiento

es creíble. “Por supuesto”, dice. Sobre Euromaidán, agrega:

> *Fue un golpe de estado perpetrado por Estados Unidos, una provocación a Rusia, pero que les ha salido el tiro por la culata. Por propio orgullo, por el patriotismo estúpido, quieren tirar para adelante, para no quedar mal ante la comunidad internacional, pero ellos saben que está mal lo que están haciendo.*

Dice que Kiev es “la putita de Estados Unidos, aceptando bases americanas para provocar a Rusia, aceptando las vías de transporte para armamento. Y los que terminarán pagando serán los civiles”. En respuesta al mote de “fachas” que sugiere Jon, Dani responde:

> *Soy patriota, a secas. Sabemos que aquí las ideologías no valen para nada porque estamos todos en el mismo conflicto, apoyando a la misma gente, no hablando de comunismo, anarquismo, fascismo o lo que sea. Sabemos que aquí somos pocos y nos tenemos que apoyar los unos a los otros.*

[1] DAN. **ДНР лишила «Врачей без границ» аккредитации за шпионаж и незаконную поставку психотропных препаратов**. 25 de octubre de 2015. Recuperado de: https://dan-news.info/obschestvo/dnr-lishila-vra-chej-bez-granic-akkreditacii-za-shpionazh-i-nezakonnuyu-postavku-psixo- tropnyx-preparatov.html

XXIV. Pasaportes rusos

A diferencia de Donetsk, en Lugansk no existe la idea de burbuja y en buena parte del centro hay edificios con diversos niveles de destrucción visible. Hacia el oeste, cerca de la vacía terminal ferroviaria, un larguísimo complejo residencial parece completamente abandonado y la mayoría de ventanas están rotas, especialmente en los pisos inferiores. Hacia el este, hay un moderno edificio, el más alto de la ciudad, en el que se ven claramente las numerosas heridas provocadas por bombardeos. Un supermercado destruido, la sede de un banco internacional en ruinas, los restos de un restaurante con todos los vidrios rotos y el interior oscurecido por humo y fuego, agujeros en la calzada de una avenida, más casas vacías, más abandono, hierros retorcidos, muros caídos. Pero el conflicto no solo ha dejado marcas visibles en edificios sino que también ha afectado a los servicios: ahora no funciona ni una sola línea tranviaria en toda la ciudad, las comunicaciones móviles fluctúan, el servicio de la nueva empresa local de telefonía Lugacom tiene problemas constantes y en toda la ciudad no hay agua después de las diez de la noche. La guerra parece mucho más cercana, más palpable y concreta en Lugansk que en Donetsk. Quizás sea por eso que hay más monumentos recientes, aunque no sean necesarios para recordar aquello que simplemente no puede olvidarse. La decadencia está presente en cada rincón y empapa a toda la ciudad.

Nadia tiene 31 años y trabaja en una escuela, guardería y orfanato de Lugansk. Allí cuida de niños y adolescentes de entre tres y dieciocho años por un tiempo limitado de hasta nueve meses. No necesariamente son huérfanos, algunos tienen padres heridos, enfermos o que no pueden cuidar de sus hijos. Trabajan allí cuarenta y ocho personas y en este momento hay cuarenta niños, algunos de ellos con tuberculosis, que reciben educación, cuidados médicos, alojamiento y cinco comidas al día. Casi todo el presupuesto proviene del Estado, aunque también reciben algunas donaciones privadas. Nadia comenta:

> *Yo no quiero que esto vuelva a ser parte de Ucrania. El problema es lo que hicieron los ucranianos cuando empezó la guerra, después de eso no hay vuelta atrás ¿Cómo se vuelve cuando tu propio país te dispara? Yo soy una empleada pública y todos los empleados de la administración pública somos terroristas para Kiev. Si esto vuelve a ser Ucrania, yo podría ir a la cárcel.*

Luego habla de las dificultades legales de contar con pasaportes de la LNR o la DNR. Tienen la ventaja de ser reconocidos por Rusia, por eso casi todos los soldados extranjeros lo obtienen para poder salir del Donbass a través de aquel país, es decir, sin tener que pasar por Ucrania. Pero para los locales que quisieran viajar a las zonas controladas por Kiev o a otros países más allá de Rusia, ese documento no sirve, tan solo pueden usar el ucraniano o el

ruso. El problema es que el documento ucraniano debe actualizarse a los 18, 25 y 45 años, y en los pasos no aceptan ni pasaporte de la DNR, la LNR ni documentos desactualizados ¿Cómo actualizar un pasaporte o documento nacional cuando no se puede ingresar al territorio del país que los actualiza? “Hay gente que viaja a Ucrania, se lleva tu pasaporte, le ponen foto nueva, te cobran y listo. Así se resuelve”, dice Nadia.

Desde 2019 hay una segunda alternativa: Rusia ofrece ciudadanía a los habitantes de DNR y LNR, con excepción de los voluntarios extranjeros. En apenas dos años se repartieron más de seiscientos cincuenta mil pasaportes rusos entre los vecinos del Donbass. El presidente ucraniano Volodimir Zelenski advirtió que este es un paso hacia la anexión rusa de toda la región.

XXV. El asturiano

Es sábado y Luis, de Colombia, organiza una de sus reuniones periódicas denominadas “La Tertulia de la eÑe” en casa de una amiga suya. Hay vino, cerveza, vodka y una ingente cantidad de comida. El viento fresco obliga a acercarse a la parrilla en la que se asan carnes y verduras. Hay unas veinte personas en total, entre soldados, estudiantes y docentes. Todas ellas hablan o aprenden castellano. Un soldado brasileño que se hace llamar *Magayver* es el único uniformado. Alguien le menciona que hace mucho que no lo veía y le pregunta qué tal está, qué hace por estos días. El brasileño ríe y tan solo se limita a contestar entre risas “soy un fantasma”. La respuesta, tan jovial como terminante, es más que suficiente para que el interlocutor sepa que no debe insistir, que el soldado no puede responder más que eso.

A nadie le llama la atención ni se interrumpe el almuerzo. Es tan solo parte del normal hermetismo en el que viven los soldados, incluso lejos del frente, incluso en un almuerzo entre amigos. La falta de certezas se normaliza en tiempos de guerra, cuando no parece haber datos concretos y todo es verdad, todo es mentira, contradicción y humo, pero no de explosiones o bombas. Para los soldados esa incertidumbre es parte de la rutina. Especialmente para los extranjeros que eventualmente regresarán a sus propios países, la reserva y el bajo perfil son indispensables. Ucrania los considera terroristas y también son criminales para algunos Estados miembros de la Unión Europea. Divulgar información personal no solo es un problema relativo a la táctica militar o el avance de la guerra, también es un problema legal en Ucrania o en cualquier otro país.

Magayver luego hace un comentario sobre un compatriota suyo que formó parte de la brigada Prizrak y fue detenido en Ucrania. Le ofrecieron un supuesto de trabajo en un barco y tuvo la pésima idea de viajar a través de Kiev. Se llama Rafael Lusvarghi, era un ex policía del estado de Sao Paulo que viajó a Ucrania en septiembre de 2014 con la idea de luchar contra el avance de la OTAN, Estados Unidos, la Unión Europea y el liberalismo en general, luego también manifestó adscripción al neoeurasianismo. Se unió a la brigada Prizrak y formó parte de las batallas de Gorlovka, Debáltseva y en el Aeropuerto. Durante ese periodo se hicieron populares sus múltiples videos en redes sociales y entrevistas a medios rusos. Él no era ningún fantasma ni le interesaba serlo.

Regresó a Brasil en noviembre de 2015, luego de ser herido y tras la desescalada que siguió a la firma del segundo Acuerdo de Minsk. En octubre del año siguiente fue capturado en el aeropuerto de Kiev: el Servicio de Seguridad Ucraniano (SBU) le tendió una trampa y lo atrajo con una falsa oferta de trabajo. Fue el primer extranjero juzgado por terrorismo en Ucrania y eventualmente fue condenado a trece años de prisión, pero el tribunal de apelaciones de Kiev revocó la condena por falta de evidencias y el brasileño fue liberado en diciembre de 2017. Según su abogado, Lusvarghi se declaró culpable luego de ser sometido a torturas.

Sin poder salir de Ucrania, se convirtió al cristianismo ortodoxo y se refugió en un monasterio, en donde fue descubierto por el medio estadounidense RFE/RL y aceptó

responder algunas preguntas, pero lo hizo en forma muy vaga. Entre otras cosas, dijo que no sabía por qué había sido liberado ni por qué no formó parte de uno de los usuales intercambios de prisioneros. Un día después de que se publicara el artículo sobre Lusvarghi en RFE/RL, el 3 de mayo, miembros de las agrupaciones ultraderechistas Azov y C14 se dirigieron al monasterio, pero Lusvarghi ya no estaba allí. Fue acogido por la Embajada Brasileña en Kiev y recapturado cerca del edificio el mismo día por estas agrupaciones, que transmitieron en vivo a través de redes sociales cómo Lusvarghi era arrastrado por las calles de la ciudad hasta las puertas de la sede del SBU, a un kilómetro y medio de la embajada. Desde el Servicio de Seguridad agradecieron y felicitaron a los miembros de Azov y C14 por su colaboración, pese a que el nuevo juicio comenzaría en junio y el brasileño no tenía orden de captura. Eventualmente se abrió una causa contra C14 por secuestro y privación ilegítima de la libertad que no tuvo mayores avances. Desde entonces, Rafael Lusvarghi permaneció detenido a la espera de una nueva sentencia que recién llegó a mediados de 2019: trece años. Para *Magayver* y tantos otros extranjeros, permanecer en el anonimato es una forma de supervivencia, y la historia de Lusvarghi sirve de lección.

***

Dima no quiere fotos ni pronuncia jamás su nombre real. Nadie lo sabe, ni siquiera su comandante. Es asturiano, un muchacho sencillo, como de pueblo pequeño. Habla de su familia, de su comida, de su tierra, se acerca a los niños y a los ancianos. No es difícil descubrir en él una sensibilidad que la guerra no le ha robado. El rostro un tanto aniñado y sus largas pestañas parecen contradecir los muchos tatuajes de demonios, calaveras, armas. Tampoco su actitud afable y relajada se condice con la imagen típica de un soldado, mucho menos con la de un supuesto terrorista. Acaba de volver del frente y ahora se prepara para unas breves vacaciones en Donetsk antes de volver a España, al menos por un tiempo.

“Me la paso bien aquí, lucho por mis ideales y mis convicciones contra el fascismo”, dice. “Pero no descarto ir a combatir a otro lado, como a Venezuela quizás”. Ahora que las milicias informales del Donbass han sido reemplazadas por un ejército regular asalariado, Dima cobra según la posición en la que esté y el nivel de peligrosidad de la tarea. Y eso le basta para vivir tranquilamente en Donetsk.

Aunque a su familia, de izquierdas, no le gustara, se unió al ejército español con dieciocho años recién cumplidos y pasó seis meses en Afganistán. Pero se fue apenas terminó su contrato y quemó todos los papeles que lo vinculaban a ese periodo. No se había incorporado al ejército por patriotismo ibérico ni nada parecido, sino que tan solo le interesaba el aprendizaje y la experiencia militar, conocimientos que creía que le podían servir en algún momento para defender sus propias convicciones.

En España participaba activamente en organizaciones sociales comunistas, estaba

informado sobre la guerra en Ucrania y seguía el tema con mucho interés. Veía cómo el fascismo en Ucrania estaba más latente que en otros países y vislumbró la posibilidad de poner en práctica lo aprendido, esta vez en favor de sus ideas, no del ejército español. Un compañero le propuso viajar en 2015, pero finalmente todo se retrasó hasta octubre de 2016. "Siempre he sido comunista, esa es mi ideología y no se me va a pasar. Y es esa ideología la que me ha traído aquí. No sé si agradecerlo a maldecirlo". Ríe con ganas antes de aclarar, de insistir: "sí, me la paso bien".

Al igual que en el caso de Alexis, las redes sociales fueron su puerta de entrada:

> *No quería googlear 'cómo entrar a una milicia del Donbass', así que busqué por Facebook distintas organizaciones antifascistas que me ayudaron y al final contacté con Isaac, un chileno de la brigada Prizrak de Lugansk. Fue más fácil de lo que pensaba. Él me facilitó el contacto del comandante de la brigada, Alexey Markov, un físico ruso. Viajé a Moscú, luego a Rostov del Don y desde allí, a Donbass. En la frontera llamaron a Markov para confirmar que yo era quien decía ser y me hicieron completar una serie de formularios de que era consciente de a dónde iba. Todo esto mediante un traductor en línea, porque en esa época sabía solo tres palabras de ruso.*

Un autobús local, una *marshrutka*, lo dejó en Kirovsk, una ciudad pequeña ubicada a sesenta kilómetros de Lugansk en dirección occidental y por entonces a dos o tres kilómetros del frente. Al llegar por la noche notó un silencio decepcionante ¿Dónde estaba la guerra que había venido a pelear? Pensó que quizás era un poco tarde para combatir porque ya se habían firmado los dos acuerdos de Minsk y el conflicto estaba estancado. Pasaron dos meses de un entrenamiento básico junto a un italiano, alias *Nemo*, que lo ayudó con el idioma y le enseñó también de táctica y de medicina. *Nemo* fue uno de los primeros y más influyentes occidentales en las filas del Donbass, y se hizo conocido por la creación de InterUnit, una unidad internacionalista antifascista occidental dentro de la brigada Prizrak.

Finalmente, a Dima le tocó ir al frente:

> *Al principio fue duro, no sabía la posición, el idioma, nada. La primera vez que fui al frente lo hice con alguien experimentado y estuve allí por dos semanas. Éramos un grupo de seis exploradores que supervisábamos distintas zonas. Me enseñaron a usar el telefonillo, las palabras claves, a ubicar los caminos seguros. A los extranjeros nos dispersaron en distintos grupos dentro de la Prizrak para que, si nos capturaban, no pudieran usarnos como propaganda y decir que éramos milicianos internacionales.*

La primera vez que estuvo en un enfrentamiento fue un día en que los ukrop se aburrían y empezaron a disparar:

> *El mando nos dijo 'responded pero sin abusar'. Fue la primera vez que disparé con un arma soviética. Fue horrible, me dejó un pitido que me dejó sordo por como un minuto. Al final, después de como diez minutos, se aburrieron de disparar y listo. Eso fue todo.*

Firmó con el ejército un contrato de un año, lo mínimo posible, y recibió un uniforme, chaleco y un arma a su nombre que nadie más que él podía usar. Luego, tenía la posibilidad

de comprarse otras cosas con su propio salario, como otro chaleco, uniformes adicionales, ropa en general:

El salario básico es de quince mil rublos, unos 215 euros. Este verano mejoraron las cosas, suman 100 rublos por cada día en el frente y al final me llevé 2.500 rublos más, que es buen dinero para aquí. Cuando llegué, el ejército regular ya estaba formado y ahora está todo bien organizado, ya no son las 'milicias rebeldes' y tal.

En ese año aprendió mucho más que un idioma, y conoció más que las costumbres rusas y ucranianas:

Aprendí a tener paciencia, a estar quieto, a saber esperar, a ser moderado y menos prejuicioso. Aprendí de táctica militar, a reconocer el sonido de cada arma, la distancia, la dirección. Antes de venir pensé en ir a luchar a Siria, pero no tenía suficiente experiencia. Allá se usan armas soviéticas que yo no conocía y prefería venir aquí a aprender a usarlas con los rusos. También construí buenas amistades, hubo mucha gente que me ayudó y quizás yo también ayudé a otros.

La integración con los locales no siempre le fue sencilla, muchas veces le repitieron que debía volver a casa, que él no tenía nada que ver con esta guerra, que era tan solo un turista:

Yo peleo por los civiles, no por los gilipollas que me llaman 'turista'. Puedo no prestarles atención o pegarles un tiro, pero sé que luego me lo pegarán a mí. Entonces no les presto atención y continúo luchando contra el enemigo fascista. Por el enemigo no siento ningún remordimiento, ni por matarlo ni por herirlo. Pero sí me duele por su familia. Él sabe en dónde se mete cuando viene a pelear a favor del fascismo, a favor de Sector Derecho, un grupo que muchas veces mata por diversión y que tiene apoyo de Kiev. Si pudiera hablar con el enemigo le diría que lo que le intentan vender es equivocado, que del lado de Europa van a seguir teniendo el mismo sueldo pero con precios más altos, que van a ser igual o más pobres. Que Rusia no es ningún santo pero que es la mejor opción que tienen para que no se burlen de ellos. Que el enemigo sepa que muchos de los que combaten junto a él solo vienen aquí por dinero o para disparar y robar.

Recuerda sobre todo el invierno, cuando tan solo una hora sin abrigo adecuado helaba hasta el alma. Cuando casi perdió sus pies por ir con botas de verano, cuando debió pasar muchas noches a la intemperie. "Pero ahí hay que estar", dice, "mirando al enemigo a los ojos, de frente y, de ser posible, sonriendo. Nunca me arrepentiré de mi decisión. Siempre a más, aquí y dónde sea. Esa es la labor de un internacionalista." Aún así, con esa convicción, tuvo miedo:

Sí, claro que lo tuve. Por ejemplo, este verano tuvimos que retomar una posición que habían tomado los ucranianos. Para llegar había que pasar por una zona despejada donde los ukrop te ven, no había lugar para esconderse. Empezaron a disparar con lanzagranadas AGS. El comandante ordenó cuerpo a tierra. Yo estaba tirado en el suelo, con el corazón que parecía que se me iba a salir, solo me faltaba llorar. No nos dieron de milagro. El comandante llamó a un

blindado que comenzó a disparar, nos cubrimos y avanzamos. Todo eso duró solo unos dos o tres minutos. Recuerdo otra vez que me enviaron a una fosa, tendría un metro de profundidad. Allí pones el trípode con el arma y si viene algún disparo te cubres un poco. Pero si cae más cerca no queda otra que rezar para que esa no sea para ti. Un día me quedé allí solo con el Kalashnikov. Empezó a disparar un tanque, escuché los disparos y me cubrí como pude en esta fosa de solo un metro de profundidad. Debió impactar bien cerca porque cayó mucha tierra sobre mí. Estaba cagadísimo de miedo. Pero me dieron la orden de quedarme ahí, y si me dan orden la obedezco porque sino es para peor. Después de un rato, el tanque dejó de disparar y mi oficial me llamó: 'eh, ¿qué haces ahí?'. Nunca llegas del todo a controlar el miedo. Claro que a veces tengo arrebatos y pienso que sería mejor estar en casa. Pero cuando pasa lo peor y vuelvo a pensar en frío recuerdo que he venido a pelear por los civiles y contra gente que muchas veces mata por diversión. Sé que no me puedo ir. He venido aquí por un año y lo voy a cumplir.

A punto de cumplir su primer aniversario en Donbass, afirma:

Un año en una guerra desgasta, te deshumaniza un poco. Estoy cansado. Ahora quiero reír, abrazar. Y es la familia la que mejor sabe dar eso. Así que me vuelvo a casa y luego seguiré combatiendo aquí, quizás en Siria, en Venezuela o dónde sea que surja algo nuevo. Pero algún día diré que lo que más echo de menos de estar aquí no es la gente, ni llevar un uniforme, ni hablar otro idioma, ni mucho menos los desprecios que me hacían por ser extranjero. Lo que verdaderamente echaré de menos es luchar contra el nazi-fascismo de forma directa, con las armas, como primero lo hicieron mis abuelos, formando así por un instante parte de la historia.

XXVI. El comandante comunista

No es casual que Dima, Isaac o Lusvarghi combatieran en la bri- gada Prizrak. De hecho muchos internacionalistas lo hicieron. La comandancia se encuentra en la pequeña Kirovsk, ahora a poco más de 10 kilómetros del frente. Dentro del edificio hay una puerta de hierro, un afiche con la foto del comandante Mozgovoy, asesinado en 2015, y la frase "Viviremos por Siempre". Una escalera al piso superior, un pasillo corto junto a ésta, algunos escalones, una pequeña sala, una imagen de la Virgen María, fotos de soldados muertos, una bandera de la brigada protegida por un vidrio como si fuese una pieza de museo, una biblia sobre una mesa y, junto a una pila de periódicos *República*, propaganda oficial del gobierno de Lugansk, folletos con información militar y geográfica. Al final, un comedor largo, con seis mesas con manteles floridos, una pizarra y mucha más información militar pegada a las paredes. En un extremo del comedor está la oficina del comandante Markov. Tiene el rostro serio, uniforme militar. Da rápidas y escuetas instrucciones a gente que entra y sale de la oficina, responde al teléfono y al celular. Se ve ajetreado, agotado, como si el estrés llevara años jugándole una mala pasada.

El batallón Prizrak se formó en mayo de 2014 a partir de un grupo de manifestantes Anti Maidán locales y para agosto pasó a ser brigada. Inicialmente operó en la región de Lugansk y particularmente en las batallas fuera de la capital, lideró la toma de Lysychansk y las batallas en la ciudad hasta julio, cuando retrocedió hacia Alchevsk siguiendo las directivas de Igor Guirkin. Recién volvió a tomar protagonismo en Debáltseva, en la región de Donetsk, y donde algunos de sus miembros hicieron flamear la bandera soviética en la cima de una chimenea cuando lograron tomar la ciudad en febrero de 2015. Prizrak destacó desde un comienzo por su impronta comunista y retórica antifascista e internacionalista, aunque también contó con miembros ultranacionalistas rusos, defensores de las ideas neoeurasianistas. Estas divisiones internas llevaron a que se crearan distintas unidades, entre ellas InterUnit, organizada por el italiano *Nemo*, en donde combatió Dima.

Muchos voluntarios extranjeros llegaron a Prizrak, no solo gracias a los contactos de *Nemo*. Según Markov, Mozgovoy, el difunto primer comandante de la brigada, era una persona muy abierta y acogedora, le gustaba dar entrevistas a medios pequeños de distintos países y solía recalcar su deseo de crear en la región un estado que tendiera al socialismo:

Muchas personas lo escucharon y decidieron venir a nuestra brigada a ayudar, por eso hoy tenemos muchos extranjeros, muchos que hablan inglés. Tenemos buenas conexiones con grupos comunistas y de izquierda en Europa, por eso muchos voluntarios llegan de países como España o Italia, pero también de América Latina y de lugares más distantes aún, como India. Claro que mantener a un grupo de extranjeros tiene muchas desventajas, entre ellas el idioma. Casi nadie hablaba ruso antes de llegar. También, que vienen con una idea de la guerra como lo que ven en las películas, como si una guerra fuera entretenida, muy activa y todo el mundo anduviera por ahí disparándose todo el día los unos a los otros. Pero en el mundo real la guerra es aburrida. Muy aburrida. Día tras día te la pasas sentado en una trinchera, miras al enemigo, quizás disparas un poco y es todo. Nadie se mueve. Aún así el año pasado tuvimos casi treinta voluntarios extranjeros. De India, Chile, Francia, España, Finlandia y otros países. No se quedan mucho tiempo y no sé bien por qué. Pero yo tengo un profundo respeto por todos los voluntarios extranjeros que dejan sus hogares para venir aquí y pelear hombro con hombro junto a nosotros. Son realmente las mejores personas que he conocido.

Markov cree que, sin duda, la impronta comunista de la Prizrak es la principal razón por la que tantos extranjeros eligieron unírsele:

Nosotros mostramos abiertamente y con orgullo nuestras banderas rojas y tanto el comandante anterior como yo somos comunistas. Eso no significa que todos los soldados de Prizrak sean comunistas. Tenemos gente con distintas ideas, incluso monárquicos. Pero sí, muchos son comunistas, por eso tantos comunistas o socialistas de Rusia y de otros países nos eligieron, para luchar junto a quienes comparten sus ideas. Muchos grupos de izquierda en Europa nos han ayudado, no solo sus miembros han venido como voluntarios sino que nos han enviado distintos tipos de ayuda. Por ejemplo, el Partido Comunista de Rusia nos ha ayudado y estamos muy agradecidos. Nos han enviado vehículos y equipamiento. Equipamiento civil. Mucha gente alrededor del mundo nos apoya porque comparten nuestras ideas de no solo vencer a la junta de Kiev, sino también de establecer un nuevo tipo de sociedad, más orientada al socialismo. Entiendo que parezca una utopía hoy por hoy, en medio de la guerra. Pero todo pasa alguna vez por primera vez. Hoy vemos que muchos rusos comparan cómo era vivir en la Unión Soviética y cómo es vivir en la Rusia capitalista y extrañan los viejos tiempos. Quizás ahora mismo no exista la oportunidad de iniciar un cambio, pero quizás sí dentro de algunos años.

***

A diferencia de Ígor Guirkin y tantos otros, Alexey Mozgovoy, primer comandante de Prizrak, era local. Nació en Nizhnya Duvanka, unos 150 kilómetros al norte de Lugansk, en una familia de raíces cosacas, aunque él nunca abrazó esa identidad, no al menos al mismo nivel que sus colegas Nikolai Kozitsyn y Pavel Dryomov. Antes de la guerra alcanzó el rango de suboficial en el ejército ucraniano, participó en las protestas Anti Maidán de abril de 2014 y

rápidamente lideró un grupo que se unió a Guirkin en Sloviansk. Hacia junio se dieron los primeros avances de las fuerzas ucranianas y el ruso le ordenó marchar a la región de Lysychansk a ayudar a los cosacos en la defensa del área metropolitana de Lysychansk-Severodonetsk-Rubizhne. Ya entonces no era buena su relación con el liderazgo de la LNR, particularmente con Bolotov, a quien acusaba de ser demasiado moderado. Pero la llegada de Plotnitsky al poder, en agosto de 2014, empeoró aún más la situación.

Las manifestaciones Anti Maidán pusieron al comunismo ucraniano en un sitio protagónico que no veía desde la caída de la Unión Soviética. Aunque no fue el principal actor durante ese periodo, sí compartió espacio y presencia a un nivel similar al del nacionalismo ruso, los duguinistas y los que bregaban por la federalización de Ucrania. En octubre de 2014 se fundó el Partido Comunista de la República Popular de Donetsk (KPDNR) tomando como base a la delegación local del Partido Comunista de Ucrania (PKU), ahora proscripto. Boris Litvinov, hasta el comienzo de la guerra a cargo de la oficina del distrito de Kirova, en las afueras de Donetsk, se convirtió en Secretario General. Litvinov fue el segundo Presidente del Parlamento de la DNR, desde julio y hasta poco después de las elecciones de noviembre de 2014, cuando fue reemplazado por Andrei Purguin, fundador del partido República de Donetsk (DR). Curiosamente, al igual que sucedió con el partido Nueva Rusia de Pavel Gubarev, primer líder político de DNR, al KPDNR se le prohibió participar de aquellos comicios bajo diversas excusas burocráticas. Así como el neoeurasianismo duguinista de Gubarev o Guirkin, que pretendía un avance militar sostenido hasta tomar Kiev y toda Ucrania, el comunismo también resultaba algo molesto que debía marginarse. La posibilidad de instaurar un sistema socialista en Donbass nunca tuvo mayor apoyo y en cambio se optó por mantener el *status quo* económico.

El comunismo local terminó apoyando a República de Donetsk, el partido de Zajárchenko, y Litvinov y otros dos comunistas se convirtieron en miembros del parlamento hasta que sus mandatos fueron finalizados anticipadamente en mayo de 2016, tras una decisión de su propio bloque. En una resolución firmada por Denis Pushilin, entonces presidente del Soviet, se establecía que tres diputados miembros del bloque oficialista eran expulsados debido a “la pérdida de confianza del Movimiento Público República de Donetsk”[1]. Simplemente representaban una molestia por no estar lo suficientemente alineados al resto de los miembros.

En septiembre de 2018, a casi un mes de la muerte de Zajár-chenko y pocas semanas antes de las segundas elecciones, explotó una bomba en la sede del KPDNR mientras se llevaba a cabo su 4º Congreso Anual. Cuatro personas resultaron heridas y buena parte del edificio fue dañada. Entre las personas afectadas estaba Igor Jakimzyanov, primer Ministro de Defensa de la DNR, aquel que había sido capturado en Mariupol en mayo de 2014 y liberado cuatro meses más tarde en el marco de un intercambio de prisioneros. Jakimzyanov era el candidato asignado por el comunismo para enfrentar en los comicios a Pushilin, por entonces Jefe de Estado interino. Litvinov no murió, pero fue herido y no pudo ser candidato en noviembre. Una vez más, Gubarev y el KPDNR quedaron fuera de competencia, mientras que Aleksandr Jodakovski, ex líder del batallón Vostok y la única oposición real en DNR, había marchado a Rusia en mayo y no le había sido permitido regresar.

Poco después de las elecciones, Jodakovski escribió en una red social un mensaje cargado de ironía: “Felicitaciones a la nueva composición del Soviet Nacional, un lugar de trabajo estable y con salarios altos, de acuerdo a los estándares de la DNR para los próximos años.

Las reglas para preservar estos privilegios son simples: escuche atentamente y responda rápidamente a las órdenes para levantar las manos (en las votaciones)"[2].

A diferencia del KPDNR, el comunismo en la LNR nunca tuvo mayor peso en el gobierno local y tan solo se limitó a formar parte de una incómoda alianza con el duguinismo. Esta unión pragmática entre el comunismo, centralizado en la figura de Mozgovoy, y el neoeurasianismo se basaba en ciertas coincidencias ideológicas de conservadurismo social y nacionalización de las grandes compañías privadas. La diferencia clave era el rol de la Iglesia Ortodoxa, primordial para el neoeurasianismo duguinista y, como mínimo, secundario para el comunismo.

El internacionalista navarro Patxi dice que las diferencias ideo- lógicas no tienen mayor importancia en medio de la guerra, que de momento basta con pelear contra el mismo enemigo. Dima tiene una visión similar sobre los rusos de extrema derecha, nacionalistas, generalmente zaristas, expansionistas, muy ligados a la iglesia ortodoxa: "de momento son un mal necesario. Pero espero que a su debido tiempo todas estas personas sean expulsadas, por el buen funcionamiento de la república."

Tras el primer Acuerdo de Minsk, la Prizrak comenzó a presentar conflictos internos por las divisiones entre comunistas antifascistas y ultranacionalistas rusos. Esto desembocó en la formación de unidades militares con ideologías particulares al interior de la brigada, entre ellas, la comunista 404, liderada por Markov.

El ahora comandante cree que efectivamente la ideología política de un soldado marca su forma de actuar en combate, que los comunistas tienen más motivación para luchar en esta guerra porque:

> *Los nazis son nuestros enemigos naturales. Para mí, como comunista, es imposible vivir una vida feliz y pacífica si sé que los nazis están oprimiendo a mis hermanos en un país cercano. Es por eso que tenemos una muy buena motivación para vencerlos de nuevo, como lo hicieron nuestros abuelos antes. Pero depende principalmente del comportamiento personal de cada hombre. No todos pueden convertirse en buenos soldados y no todos los buenos soldados son buenos hombres. Es así en cualquier guerra. Pero estamos tratando de educar a nuestros soldados. Por ejemplo, no ahora porque ahora no tenemos tiempo para eso, pero antes dábamos clases a nuestros soldados sobre eventos históricos, sobre política, economía. Queremos que luchen con un claro entendimiento de por qué y para qué. Así que, por ejemplo, discutimos las raíces del nazismo, la conexión entre el capitalismo y los regímenes fascistas en la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler.*

Los cambios en las cúpulas de la LNR y DNR durante el verano de 2014 significaron la caída de esta alianza expansionista entre comunistas y neoeurasianistas, y el golpe de gracia fue el primer Acuerdo de Minsk. Mozgovoy, al igual que tantos otros líderes militares de la región de Lugansk que terminarían asesinados, criticó duramente a Plotnitsky por la firma del cese al fuego, llamó a continuar con la guerra a favor de un Donbass ruso, cuestionó la legitimidad de la LNR y defendió la autonomía de las distintas formaciones armadas de la región. Llegó incluso a crear un partido político llamado Renovación Nacional, el único formado en Donbass desde comienzos de la guerra que fue legalmente registrado en Ucrania. Junto al cosaco Dryomov, con quien combatió en Alchevsk, Stajánov y Pervomaisk, promovió la instauración de un gobierno conformado por los comandantes de los principales

batallones, que debía liderar hasta el final de la guerra, suspendiendo las elecciones durante todo el conflicto. Y, al igual que Dryomov, fue asesinado. El 23 de mayo la camioneta en la que viajaba de Alchevsk a Lugansk recibió disparos de ametralladoras apostadas cerca de la ruta principal. Otras cuatro personas murieron dentro del vehículo y dos más en un coche cercano.

En marzo de ese mismo año, apenas dos meses antes y pese a todas sus críticas, Mozgovoy aceptó que la brigada se incorporase a las fuerzas regulares de la LNR. Prizrak siguió existiendo tras su muerte y, según Markov, se modificó su estructura para bien:

> *En la época de Mozgovoy, Prizrak consistía de grupos muy diferentes. No era una brigada consolidada, sino tan solo muchos grupos conectados débilmente por el nombre de Mozgovoy. Y después de su muerte mucha gente pensó que nos disiparíamos. Pero la situación fue la contraria. Algunas personas se fueron, pero tuvimos muchas más recién llegadas y la brigada se hizo más monolítica. Cambiamos nuestra estructura interna, la hicimos más apropiada para nuestros objetivos en la primera línea. Y Prizrak se convirtió en una de las unidades más capacitadas y motivadas en la LNR. Invertimos mucho tiempo y esfuerzo para eso. Claro que tenemos problemas, como la falta de personal suficiente. Pero hoy seguimos manteniendo nuestra posición, aún estamos vivos y seguiremos vivos hasta el final de esta guerra. Tenemos suficiente fuerza para eso. De alguna manera seguimos de pie. Es nuestra identidad nacional rusa: no alcanza con matarnos, además deben empujarnos hasta caer de rodillas para derrotarnos.*

[1] **НАРОДНЫЙ Совет ДНР (2016) Народный Совет принял постановления о досрочном прекращении полномочий депутатов Бориса Литвинова и Николая Рагозина.** Recuperado de: https://dnrso-vet.su/narodnyj-sovet-prinyal-postanovleniya-o-dosrochnom-prekrashhe-nii-polnomochij-deputatov-borisa-litvinova-i-nikolaya-ragozina/

[2] Declaraciones de Aleksandr Jodakovski disponibles en: https://t. me/aleksandr_skif/678

XXVII. El kazajo y el letón

Las ventanas del edificio de una planta están tapiadas, como si estuviera abandonado. Pero no. Todos los días entra y sale gente constantemente, especialmente de noche. Cruzando la puerta hay una computadora, un escritorio, cables colgados, un viejo calendario con la imagen del cosmonauta Yuri Gagarin y dos letreros: "Camaradas combatientes, los que no respeten las reglas de residencia vivirán en una carpa en la calle" y "¡Se prohíbe el movimiento con armas dentro de las instalaciones! ¡El arma debe entregarse a la persona de servicio!". Encima, y junto a más cables y más cables, una estrella con siete puntas, antiguo logotipo comercial del lugar. Y la palabra Sheriff. Un poco más allá, un espacio oscuro con el techo repleto de lucecitas verdes, azules y rojas que conecta con otra área, algunos escalones hacia abajo, con alfombras, más luces coloridas y un pequeño escenario con un caño metálico en medio. En el extremo más alejado de la puerta principal hay una barra y, detrás, la cocina. Hay también muchas habitaciones, un sauna y una piscina interna.

Esta extinta mezcla de bar, discoteca, spa, cabaret y probablemente prostíbulo llamada Sheriff se ha convertido con la guerra en el hogar de soldados separatistas. Y nadie se ha tomado la molestia de quitar las divertidas luces del techo. Allí suelen descansar los soldados de la Prizrak, a pocas manzanas de la sede central de la brigada en Kirovsk y a unos diez kilómetros del frente de batalla cercano a Donetskyy y a la estratégica ruta 66.

Nieva y el frío es intenso. Oskar abre la puerta de Sheriff y se topa de lleno con la luz intensa y cegadora del día, tan diferente a la oscuridad casi total que domina el interior del edificio a todas horas. Se sube a un coche destartalado y conduce con expresión seria y seca, avanza a mucha velocidad por las calles de la pequeña Kirovsk mientras los copos de nieve golpean en el vidrio. No se ve nada. El limpiaparabrisas de este viejo vehículo no funciona. "No necesito ver", dice el muchacho de pocas palabras, "conozco el camino". A lo largo del trayecto mantiene la seriedad más absoluta. Es de Almaty, Kazajistán, y comunista. Llegó a comienzos de la guerra sin demasiada experiencia militar, pero ahora tiene un alto rango en la brigada Prizrak. Cuando llegó al Donbass era soltero, ahora está casado y esperando a un segundo hijo. "Quizás la guerra termine para cuando el mayor esté en la escuela primaria", dice sin apartar la vista del frente.

Cuando llega al pueblo de Donetskyy, de tres mil habitantes, Os- kar estaciona junto a

una vieja escuela, tan tapiada como Sheriff. Es la base de Prizrak más cercana al frente.
"¿Ves? Allí", *Riga* señala los orificios en un portón metálico. A través de ellos se ve una casa semidestruida, con el techo desplomado. "Esto fue en junio pasado. Nos apuntaron a nosotros, a nuestra base, pero fallaron por unos cien metros y destruyeron una vivienda civil". A medida que recorre el pueblo de Donetskyy, el soldado señala decenas de marcas de los últimos enfrentamientos en edificios, en árboles, en el suelo, en tiendas cerradas. De la vieja oficina local de correo apenas si ha sobrevivido el anuncio sobre la entrada. La sede de un banco y una farmacia también están vacías y oscurecidas por humo. En el pequeño mercado hay solo un puesto abierto y tres mujeres que deambulan por los restos de esta ciudad muerta. "No entrar. Peligro", dice una pintada en la puerta de un edificio de cinco plantas completamente abandonado. Todas sus ventanas han sido destruidas. Detrás de la construcción se estacionan algunos pesados vehículos de combate. "Nada de fotos, por favor", dice el soldado.

Riga en realidad se llama Aleksandr, o Sasha, y está cansado de esto, no solo del encierro sino también de la guerra. Llegó a la brigada Prizrak hace tres años, y desde entonces no ve a su familia y casi no habla con nadie en su país. Nadie sabe que está aquí y se pregunta qué sucederá cuando regrese a Letonia. Pero por ahora no puede, no tiene suficiente dinero. Además hace mucho que no tiene vacaciones. La guerra estancada significa que nunca hay suficiente gente disponible para mantener las posiciones, cada vez son menos los voluntarios, cada vez son más los que desertan cansados de todo, hartos de una rutina bélica sin avances ni retrocesos. Entonces la situación concluye en un círculo vicioso: como hay menos gente, los que quedan deben trabajar más, se cansan más y terminan desertando también.

Los soldados de la Prizrak viven en una escuela. O al menos en lo que era una escuela. Aún quedan algunos pupitres amontonados en las aulas e incluso carteles de las distintas clases, pero todo el sitio ha sido acondicionado para albergar a decenas de soldados. Las ventanas se han tapiado y las aulas se han convertido en habitaciones, hay marañas de cables que cuelgan de las paredes y una sala grande en un extremo que es depósito de municiones. El comedor sigue funcionando como tal, solo que ahora se cocina en los pasillos y todo se llena de humo y del pegajoso olor a grechka, el trigo sarraceno que se come prácticamente a diario. *Riga* vive en una vieja oficina, casi sin luz, con un espacio diminuto de la ventana que no ha sido bloqueado y por donde entra aire. Tiene Internet, una computadora, algunos muebles. A simple vista parece la habitación de cualquier adolescente, algo desordenada pero cómoda.

Sasha piensa irse pronto. Al comienzo de la guerra veía en Donbass una forma de resistencia que creía necesaria para su propio país. Creía que la situación en Ucrania y en Letonia, dos antiguas repúblicas soviéticas, era muy similar, con un oriente predominantemente ruso y un occidente nacionalista. A modo de ejemplo, mencionó que en Daugavpils, segunda mayor ciudad de Letonia, la mayoría de la población era étnicamente rusa:

> *Todos en mi país hablamos ruso, pero los nacionalistas de derecha odian a Rusia, entonces hacen como que no entienden. Se olvidan de que muchos en el país son rusos, ¿qué van a hacer con ellos? ¿Salir a matarlos como hicieron acá?.*

Sasha teme que en su propio país pueda haber un conflicto similar al de Ucrania,

exacerbado por la pobreza y el desempleo que, según él, significó la incorporación a la Unión Europea.

Antes teníamos una moneda fuerte, pero la Unión Europea nos volvió más pobres. Aumentaron los precios y se desplomaron los salarios. Ahora quieren hacer lo mismo en Ucrania y van a terminar culpando a los rusos cuando nadie pueda comprar comida. Pero el problema no es Rusia ni es Putin.

A diferencia de muchos de sus compañeros de Prizrak, Riga no es comunista, dice que el comunismo no sirvió, pero que el sistema actual también está agotado. "Necesitamos cambiar nuestra forma de pensar como sociedad y crear un sistema nuevo. No sé cuál es. Pero no tiene sentido seguir discutiendo si comunismo o capitalismo".

***

Markov, comandante de la Prizrak, afirma:

Para ser sincero, no creo que las personas de Donbass piensen demasiado en si se sienten rusas, ucranianas, ciudadanas del Donbass o qué. Creo que la mayoría de las personas solo quiere una cosa: que la guerra termine lo antes posible. No importa quién gobierne este territorio, si Ucrania, Rusia o las autoridades locales. Pero hay una parte pequeña pero muy activa de la población que ve a esta zona como territorio ruso en el futuro. Entienden que la gente aquí no puede sobrevivir aislada. Quieren reunirse con Rusia como lo hizo Crimea antes. Para ellos es la única forma en que se puede asegurar un futuro para todas las personas locales. Comprenden que Rusia invertirá mucho para hacer nuevos caminos, para mejorar la situación económica. Y Ucrania nunca gastará ni un rublo en este territorio. Así que es una decisión bastante simple para la población local. Rusia ayudará y Ucrania no ayudará en absoluto. La mayoría de los que viven aquí son rusos comunes, solo hablan ruso, escriben en ruso, ven películas en ruso. Entonces es bastante natural para ellos elegir el lado ruso. Yo no tengo una preferencia personal. Si la región se une a Rusia sería una buena opción para la población local, pero no me afecta personalmente porque vivo en Moscú. Sí quiero que el gobierno ruso ayude a la gente local. Si Donbass se mantiene nominalmente independiente, será mucho más difícil para las personas locales, aunque ese no sea necesariamente un mal resultado. Pero si Ucrania reconquista este territorio, habrá una limpieza étnica. Expulsarán a toda la población rusa de este territorio porque nos ven como enemigos. Habría muchos refugiados de aquí en Rusia. Millones. No sé cómo se resolvería esa situación. Es por eso que incluso la situación actual es mucho mejor que volver a Ucrania. Porque en este momento la gente puede vivir en sus hogares y tener algún trabajo.

La situación en Donbass es compleja, con una economía bloqueada, una guerra estancada, cada vez menos voluntarios y grupos sumamente violentos al otro lado de la línea de contacto, muchos de ellos apoyados por el gobierno ucraniano. Sí, ciertamente Zelenski no es Poroshenko. Pero Kolomoisky, factor fundamental para que el presidente alcanzara el poder en 2019, financió a los batallones voluntarios Aidar, Azov y Dnipro. Casi todo el arco político ha abrazado la idea de Rusia como país enemigo, y no son pocos los que van más allá, los

que afirman que el enemigo no es el Estado ruso sino lo ruso en general: la etnia, la población, el idioma, la cultura, la historia. Dos países cercanos geográfica y culturalmente, con tantos lazos en común que se han partido repentinamente ¿Cómo vislumbrar el futuro entonces? Es difícil volver atrás una vez que el gobierno atacó a población civil y catalogó como "terroristas" hasta a docentes universitarios, pero es más difícil aún cuando buena parte de la sociedad ve al otro como la personificación de un mal casi metafísico.

Markov se ve agotado, extenuado. No le gusta la guerra en absoluto y no quiere continuar la carrera militar cuando todo esto termine. Quiere volver a una vida pacífica, a ser profesor de física en Moscú. Pero antes necesita acabar lo que empezó:

> *No lo sé. Quiero tener una perspectiva más optimista, pero en este momento no la encuentro. De todas formas, la historia es buena porque nos enseña que incluso una situación tan difícil como la de ahora puede cambiar en unos pocos meses. Por ejemplo, en la Segunda Guerra Mundial, cuando las fuerzas alemanas llegaron a las puertas de Moscú y todos pensaban que la Unión Soviética caería en unos pocos días. En ese entonces lo logramos, vencimos. Y espero que podamos hacerlo de nuevo. Derrotaremos al nazismo como ya lo hicimos antes. La esperanza es la razón más poderosa para luchar. No queremos ninguna ventaja para nosotros. No necesitamos dinero, no necesitamos tierra, no necesitamos gloria. Solo queremos la victoria. No importa el precio que tengamos que pagar por ella. Por eso estoy seguro de que ganaremos esta guerra. Simplemente porque no tenemos otra alternativa.*

XXVIII. Reinicio

Han pasado cuatro años y el Donbass ha cambiado mucho. No solo ha muerto Zajárchenko, líder de la DNR hasta 2018, sino que también ha desaparecido Plotnitsky, presidente de la LNR. Pero sigue vivo, tan solo abandonó el poder y huyó a Rusia. El excomandante del batallón Zarya había obtenido el 63% de los votos en 2014 y su partido, Paz para Lugansk, era cada vez más grande. Pronto comenzó a requerir afiliación obligatoria para la mayoría de los miembros del gobierno local y otros empleados estatales. Plotnitsky se volvió más fuerte, más indestructible, tanto que incluso sobrevivió a un atentado con explosivos en agosto de 2016. Sin embargo, como tantos otros líderes separatistas del Donbass, finalmente cayó.

Fue en noviembre de 2017. El mes anterior un diputado cercano al líder acusó al Ministro del Interior, Igor Kornet, de ocupar ilegalmente una casa e instó al gobierno a desalojarlo. Plotnitsky lo hizo y el 20 firmó un decreto para destituir a Kornet, que se negó a dejar su puesto. Ya en el pasado habían existido momentos de tensión entre ambos, como cuando Plotnitsky llamó a Kornet "inútil" por no prevenir el atentado en su contra de 2016. Pero esta vez fue distinto. Al día siguiente un grupo de personas armadas y con vehículos militares ocupó el centro de Lugansk, tomó la sede del gobierno y el edificio de GTRK, la compañía estatal de radiodifusión y televisión de la LNR. Kornet dijo entonces que había logrado detener a un grupo grande de "saboteadores ucranianos" y ahora las fuerzas policiales a su mando estaban diseminadas por la ciudad buscando al resto de los miembros del grupo.

Con el centro de Lugansk controlado por hombres armados sin identificación y acompañados por vehículos de asalto de la vecina DNR, Plotnitsky huyó sin ninguna dificultad. El 23 de noviembre apareció en Moscú y al día siguiente un comunicado oficial en el sitio Web de la LNR informaba que había renunciado debido a problemas de salud. El Consejo Popular de la LNR aceptó la renuncia y nombró Jefe de Estado a Leonid Pasechnik, Ministro de Seguridad desde 2014, aunque no hubiera ningún mecanismo constitucional que avalara el nombramiento. Hasta entonces era uno de los miembros del gabinete que más tiempo llevaba en el cargo, junto con el mismo Kornet, Ministro del Interior también desde 2014 y que reasumió oficialmente su puesto apenas cinco días después de ser despedido y tras la asunción de Pasechnik.

El inmenso poder que había gestado Plotnitsky rápidamente se esfumó y algunos de sus aliados fueron enviados a prisión. El ya ex líder de LNR desapareció de la vida pública y se refugió en algún lugar cercano a la capital rusa.

Kornet no podía asumir como Presidente porque su enfrentamiento con Plotnitsky no resultaba cómodo, considerando que este último era firmante de los Acuerdos de Minsk. Además, su experiencia política era escasa. Pasechnik en cambio fue miembro del SBU desde 1993, alcanzó el rango de Teniente Coronel, en 2007 recibió la Medalla por Servicios Militares a Ucrania de parte de Víktor Yúschenko y hasta el comienzo de la guerra era el Jefe del SBU en el Departamento de Stajánov. Contaba además con buenos contactos con el Servicio Federal de Seguridad ruso (FSB), tan buenos que distintos medios ucranianos

publicaron que Pasechnik en realidad había sido elegido y era controlado por el FSB. En definitiva, tenía muchos puntos a favor para liderar la autoproclamada república, muchos más que Kornet, quien de todas formas mantuvo un importante nivel de influencia.

Las disputas de poder al interior de la DNR y LNR nunca cesaron, y casi todos los otrora poderosos líderes políticos y militares murieron o fueron expulsados. A Zajárchenko, *Guivi*, *Motorola* o Mozgovoy, se les suma Markov, quien perdió la vida en octubre de 2020 en un supuesto accidente de tránsito. Y es que quien tiene el poder controla el flujo de dinero, los negocios del Donbass.

La economía de la DNR se mantiene en una situación sumamente endeble. Este territorio depende ampliamente de aportes rusos porque se encuentra aislado y bloqueado económicamente por Ucrania, los bancos internacionales dejaron de operar y carece de acceso a los mercados de capital. La porosidad de la frontera con Rusia facilita el ingreso de ayuda financiera e intercambio comercial, aún en medio de la guerra. Los aportes de Moscú incluyen la provisión de energía a bajo costo, ayuda humanitaria, subsidios sociales, inversiones directas, oportunidades educativas, créditos para pequeñas y medianas empresas, asistencia técnica y pagos de pensiones.

La industria local pasó a operar tan solo a un 30% del nivel previo a la guerra y los daños en infraestructura rondaban los 400 millones de euros tan solo en los primeros seis meses de conflicto. La pérdida total del valor de los activos físicos permanentes en el Donbass supera los 84 mil millones de dólares. Y por otro lado, el PBI de Donetsk cayó un 61,3% entre 2013 y 2018 (71,2% en Lugansk), mientras que las exportaciones disminuyeron un 61,7%. En pocas palabras, los resultados económicos de la secesión fueron pésimos.

La extracción de carbón es una de las actividades centrales del Donbass. En 2013 Ucrania producía 84,8 millones de toneladas anuales, pero para 2018, con la mayor parte de las minas fuera de su control, esa cifra había caído a 34,2 millones de toneladas. De las ciento cuarenta y ocho minas de carbón en Ucrania, noventa y cinco se encuentran en áreas fuera del control del gobierno de Kiev. Y según el ministro de economía de la DNR, la industria local del carbón representa más del 65% de los salarios.

Inicialmente, Ucrania dejó de abastecerse del carbón proveniente de las regiones no controladas por Kiev; intentó comprar a Sudáfrica y a Australia, pero fue un fracaso: era mercadería cara y de una calidad inferior. A partir de 2018 volvió a comprar producción del Donbass, y hoy las centrales eléctricas de las zonas bajo control ucraniano adquieren de la DNR y LNR el 79% del carbón que utilizan. Pero este carbón llega a Ucrania y a otros países en forma tercerizada, con el objetivo de saltear bloqueos y sanciones. Desde las regiones de Donetsk y Lugansk, es transportado a Rusia, y de allí se exporta como material ruso a través de los puertos de las cercanas Rostov del Don, Azov y Taganrog. Otra alternativa consiste en enviar mercadería por vía ferroviaria hacia Polonia y el resto de la Unión Europea a través de Bielorrusia. En 2018 Bielorrusia, que prácticamente no produce carbón, aumentó 340 veces sus exportaciones de antracita y 980 veces las de carbón. Tan solo en 2015, la DNR envió a Rusia 1,3 millones de toneladas de antracita, por un valor de 75 millones de dólares, mientras que entre 2016 y 2019 cruzaron la frontera 3,2 millones de toneladas de carbón del Donbass, según datos de la aduana rusa; esto se traduciría en una ganancia neta de 96 millones de dólares. Un gran negocio, sin ningún tipo de control y en manos de los pocos líderes que no murieron o fueron expulsados del Donbass.

***

Mientras tanto, la guerra significó para Ucrania una importante caída del PBI, la depreciación de su moneda y un aumento de la deuda. A esto se le suma la pérdida de su principal socio comercial. El año anterior a la guerra, Rusia era el destino del 23,8% de las exportaciones totales de mercancías ucranianas, lo que representaba el 8,3% del PBI. Pero ese intercambio comercial se desplomó tanto en términos absolutos, monetarios, como en términos relativos, en cuanto a porcentaje del total de las exportaciones ucranianas. Para 2019 Rusia apenas representaba el destino del 6,5% de las exportaciones ucranianas. Todo esto llevó a que el Fondo Monetario Internacional determinara que Ucrania era el país más pobre de Europa en términos de PBI *per cápita*, con cifras cercanas a la mitad de sus vecinos de Bielorrusia y casi tres veces menores que las de Rusia.

El 1 de septiembre de 2017 entró en vigor el Acuerdo de Asociación entre Ucrania y la Unión Europea, aquel que había rechazado Yanukovich en noviembre de 2013 y que finalmente firmó Poroshenko en 2014. Durante el mismo 2017, la UE autorizó medidas comerciales temporales con el fin de facilitar las reformas económicas acordadas con Ucrania; esto posibilitó un mayor acceso de productos agrícolas ucranianos a los países de la UE, con cuotas más altas de importación sin aranceles. La UE se convirtió en el principal destino de las exportaciones ucranianas y así se compensó parcialmente la caída del intercambio comercial con Rusia. El acuerdo ayudó a que el PBI creciera desde 91 mil millones de dólares en 2015 a más de 154 mil millones en 2019, según el Banco Mundial. Si bien es un crecimiento muy importante, aún son números lejanos a los previos a la guerra y a las disputas políticas y comerciales con la Federación Rusa. Con esto en mente, quizás pueda justificarse la decisión de Yanukovich de privilegiar a Rusia por sobre la UE y no firmar aquel acuerdo. Aun así, estos resultados ayudan a vislumbrar un camino en el que Ucrania se acerca cada vez más a la UE y se aleja cada vez más de Rusia y de sus aliados.

XXIX. Invasión

La guerra terminó el 24 de febrero de 2022. Sí, la guerra del Donbass, esa en la que Ucrania se enfrentaba a lo que el Estado denominaba "terroristas", esa en la que Rusia negaba estar involucrada aunque eso fuera evidente, al menos, a partir de agosto de 2014. Pero el cierre de esta guerra fue el inicio de otra, una aún más terrible en la que Rusia no se oculta ni se camufla. Por el contrario: la invasión a Ucrania quizás haya sido la operación militar más visibilizada de la historia de la humanidad. El presidente ruso Vladimir Putin dijo al comienzo de la invasión que se trataba de una "operación especial" con el propósito de "desmilitarizar y desnazificar a Ucrania". Los tiempos de conflicto estancado y olvidado se terminaron y el mundo volvió a mirar hacia el Donbass, hacia Crimea, hacia Kiev y otras ciudades grandes de Ucrania. Se extinguieron casi siete años de una guerra a baja escala, con violaciones sistemáticas al cese al fuego y disputas interminables a raíz del incumplimiento de los Acuerdos de Minsk.

Estos acuerdos fueron firmados en la capital bielorrusa por representantes de Rusia, Ucrania, Alemania, Francia y las repúblicas autoproclamadas con el objetivo de terminar con la guerra. Además del cese al fuego, planteaban una amnistía general para los grupos rebeldes, diálogo entre Kiev y las autoridades del Donbass y, finalmente, la reincorporación de estos territorios a Ucrania pero con una autonomía especial, excepcional en el marco de una república unitaria. La última vez que intentaron implementarse fue en 2019.

Frank-Walter Steinmeier, Ministro de Asuntos Exteriores de Alemania hasta 2017 y Presidente desde entonces, propuso en 2016 una fórmula para romper con el estancamiento del conflicto y alcanzar una paz duradera. La Fórmula Steinmeier contempla la celebración de elecciones en las zonas controladas por los separatistas según la legislación vigente en Ucrania, y los comicios serían supervisados por observadores de la OSCE. Si la OSCE considera que la votación es libre y justa, se iniciará un estatuto especial de autonomía y autogobierno para los territorios y se devolverá a Ucrania el control de su frontera más oriental, con Rusia. Esto fue firmado en octubre de 2019 y dos meses más tarde se reunieron en París Putin, Merkel, el presidente ucraniano Volodimir Zelenski y el francés Emmanuel Macron.

Si bien es cierto que cada intento de alcanzar la paz llevó a una merma progresiva del conflicto, los choques esporádicos continuaron hasta la invasión rusa de 2022. En Minsk I se entendió que era necesaria la participación de los representantes rebeldes en cualquier negociación; en Minsk II, que se necesitaba una mediación de peso, plazos concretos y la participación de gobiernos extranjeros, algunos de ellos participantes indirectos del conflicto; Steinmeier entendió que se necesitaba una hoja de ruta más allá del alto al fuego. Pero aun así, se falló al no comprender las dificultades propias del conflicto, que exceden a las autoridades del Donbass y de Kiev. No se consideró ni el dinero que ingresa a la región a través del contrabando, ni la participación de la OTAN y de Estados Unidos ni tampoco las disputas políticas y étnicas que dividen al país y que se potenciaron a partir de 2014. Incluso

la firma de la Fórmula Steinmeier por parte del presidente Zelenski fue repudiada por manifestantes que la consideraban una capitulación frente a Rusia y a los grupos insurgentes del Donbass: una suerte de premio a los "terroristas" que recibirían amnistía, diálogo y autonomía. Hubo numerosas protestas en diversas ciudades bajo el lema "no a la capitulación" y nueve de los veinticuatro Consejos Regionales del país (Lviv, Ternopil, Ivano-Frankivsk, Jmelnitski, Kirovograd, Chernivtsí, Rivne, Vínnytsia y Cherniguiv) condenaron oficialmente la Fórmula Steinmeier y llamaron al presidente a no implementarla. Esto prueba que, aún de alcanzarse un alto al fuego, no sería el final del conflicto. Así Minsk I, II y la fórmula alemana nunca se implementaron. Y la guerra no terminó.

En este contexto se dio la ruptura, el cisma que dividió, después de tres siglos, a la iglesia ucraniana de la rusa. El proceso fue interpretado por el gobierno ucraniano como un paso más hacia el fin de la subordinación política, económica y religiosa a Rusia. Pero para Moscú representó un alerta: la posibilidad de perder poder e influencia en un país con alrededor de 30 millones de fieles, el segundo con más ortodoxos detrás de la misma Rusia.

Desde la disolución soviética y la independencia de Ucrania en 1991 y hasta 2018, existieron en este país tres iglesias ortodoxas: la Iglesia Ortodoxa Ucraniana del Patriarcado de Moscú (IOU PM), autónoma pero bajo la jurisdicción del Patriarcado de Moscú; la Iglesia Ortodoxa Ucraniana del Patriarcado de Kiev (IOU PK), fundada y declarada autocéfala en 1992 pero no reconocida como tal por ninguna otra institución ortodoxa; y la Iglesia Ortodoxa Autocéfala Ucraniana (IOAU), fundada por ucranianos exiliados tras la Revolución Rusa de 1917. En 2010, se consideraban cristianos ortodoxos cerca del 70% de los ucranianos, 23% de la población total pertenecían a la IOU PM, mientras que la IOU PK representaba el 15% y la IOAU, menos del 1%.[1]

En octubre de 2018, la Iglesia Ortodoxa de Constantinopla, presidida por el arzobispo Bartolomé I, aprobó la autocefalía de las iglesias ucranianas unificadas. Dos meses más tarde, se llevó a cabo en Kiev el Concilio de Unificación, que votó por fusionar la IOU PK, la IOAU y algunas parroquias de la IOU PM en una nueva institución llamada simplemente Iglesia Ortodoxa de Ucrania (IOU). Este proceso fue ratificado en Estambul en enero de 2019. A 2021, la autocefalía había sido reconocida por tres de las otras catorce Iglesias Ortodoxas autocéfalas a nivel mundial: Constantinopla, Alejandría y Grecia. Para Moscú, sede de la mayor Iglesia Ortodoxa, con más de 100 millones de fieles, fue parte de una disputa más política que espiritual.

***

A comienzos de 2021 hubo una nueva escalada y la movilización de tropas rusas hacia Crimea y a las cercanías del Donbass, echando por tierra la idea de un cierre definitivo al conflicto. Moscú se excusó hablando de ejercicios militares en su propio territorio. El final del invierno fue el momento ideal: Rusia movilizó tropas en marzo, dentro de su territorio y también en Crimea, justificándose en una mayor actividad de la OTAN en la zona. La OTAN justificó su mayor actividad en la zona por la movilización de tropas rusas.

El 26 de marzo se produjo una nueva violación al cese al fuego, esta vez cerca de Gorlovka, 50 kilómetros al norte de Donetsk. Murieron cuatro soldados ucranianos. Estados Unidos anunció que apoyaría a Kiev en cualquier caso y Peskov, portavoz del Kremlin, respondió que la OTAN no debería involucrarse, que Moscú no amenazaba sino que estaba

garantizando su propia seguridad, que Ucrania estaba provocando y que una escalada significaría su destrucción. Zelenski dijo que el único camino para Ucrania era la OTAN y que avanzar en un Plan de Acción de Membresía (MAP) sería una señal importante a Rusia. Además, que no habría más reuniones en Minsk, en el marco de los acuerdos homónimos, porque no podía confiar en Bielorrusia, un gran aliado de Moscú. El anuncio no significaba una retirada de las negociaciones, pero Rusia lo interpretó como el principio de un cambio.

A mediados de abril, Putin habló por teléfono con el recientemente asumido presidente estadounidense Joe Biden: Washington llamaba a respetar la integridad territorial ucraniana; Moscú, a cumplir con los Acuerdos de Minsk. La llamada logró bajar un tanto la tensión y también aportó lo suyo que desde el gobierno alemán descartaran nuevos avances en la membresía de Ucrania a la OTAN. Era lógico: si Ucrania fuera miembro de la organización y se considerara que Rusia invadió y ocupó Ucrania desde 2014, tal como afirma Kiev, la OTAN estaría obligada a una guerra abierta con Rusia. Nadie quería eso.

Durante este periodo fue detenido Víktor Medvedchuk, miembro del Parlamento ucraniano por Plataforma Opositora-Por la Vida, el sector político más cercano a Rusia desde la desaparición del Partido de las Regiones de Yanukovich. Se lo acusaba de financiar al "terrorismo", es decir a la DNR y LNR, cosa que él siempre negó. Desde entonces, Medvedchuk permaneció en prisión domiciliaria. Un punto más en la escalada de tensión fue la decisión de Zelenski de cerrar tres canales de televisión supuestamente prorrusos. Iulia Mendel, vocera de la presidencia, dijo que "estos medios se han convertido en una de las herramientas de guerra contra Ucrania, por lo que están bloqueados para proteger la seguridad nacional".

Pasó el primer encuentro personal entre Biden y Putin en junio y parecía que la escalada de tensión había terminado, que la situación en Ucrania se tranquilizaba y volvía al estancamiento tan común desde 2015. Pero en noviembre Rusia volvió a movilizar tropas hacia las fronteras de Ucrania, alrededor de cien mil hombres, según Zelenski. Una vez más, Rusia habló de ejercicios militares en su territorio y lo justificó a partir de sendos ejercicios de la OTAN en el Mar Negro. Mientras tanto, los ojos del mundo estaban puestos en la frontera entre Polonia y Bielorrusia, donde miles de migrantes y refugiados intentaban ingresar a la UE.

Durante casi cuatro meses, Rusia negó cualquier posibilidad de invasión a Ucrania, insistía en que se trataba de meros ejercicios, pero aumentaba su presencia en las fronteras del país vecino desde el este; desde el Mar Negro, en el sur; y, a partir de enero, desde Bielorrusia, junto a tropas locales, al norte.

Se sucedieron negociaciones, llamadas, encuentros entre los líderes y ministros de Rusia, Ucrania, Alemania, Reino Unido, Francia y Estados Unidos. Pero nada de esto resultó. Moscú insistía en que sus demandas no eran escuchadas ni comprendidas. Demandas que eran, en principio, atendibles: que Ucrania cumpliera con los olvidados Acuerdos de Minsk y, más importante aún, una reestructuración de las políticas de seguridad y defensa de Europa. Estas políticas se establecieron en los años noventa, cuando la Unión Soviética recién se había disuelto y Rusia se encontraba en una situación social, política y económica sumamente frágil. Claro que no podía imponer ningún tipo de demanda entonces. Pero la Rusia de Putin no es la de Boris Yeltsin. Putin es un líder nacionalista y fuerte, sí, pero también es ambicioso: sabe lo que quiere y, al menos, cree saber cómo conseguirlo.

Quizás el punto central de las demandas era el limitar la expansión de la OTAN y que la

organización retirase armamento pesado de Estados que ya son miembros, pero que se encuentran demasiado cerca de las fronteras de la Federación de Rusia. Desde 1999, la alianza ha incorporado a catorce nuevos miembros, todos ellos en Europa Oriental o Balcanes, de los cuales once pertenecieron al Pacto de Varsovia, entre ellos tres que fueron parte de la propia Unión Soviética: Estonia, Lituania y Letonia.

Es lógico que Rusia vea esta expansión, este acercamiento a su propio territorio, como una amenaza. La OTAN nació como una alianza militar defensiva poco después del final de la Segunda Guerra Mundial y en el marco de la Guerra Fría, y se consolidó como tal con el Pacto de Varsovia como claro rival al otro lado de la cortina de hierro. Sin Guerra Fría, sin Pacto de Varsovia, no hay de quién defenderse. No es extraño entonces que el Kremlin vea esta expansión ya no como defensiva, sino como ofensiva y que demande un límite. Al fin y al cabo, alguna vez Estados Unidos reaccionó igual ante el mismo dilema: tampoco le gustó que Moscú pudiera instalar misiles en Cuba, tan cerca de territorio estadounidense. La crisis de 1962 es un antecedente a tener en cuenta.

La posible incorporación de Ucrania a la OTAN fue interpretada por Rusia como una vulneración no solo de la seguridad de su país sino también del orgullo nacional, como si occidente quisiera llevarse consigo a países que corresponden a la esfera de influencia rusa, al patio trasero ruso. No le bastó con saber que Ucrania no podría incorporarse a la OTAN, no porque Putin no quisiera, sino porque no cumplía con los requisitos formales para hacerlo: no controla la totalidad de su territorio (ni Crimea ni la región oriental del Donbass), es el país más pobre de Europa en términos de PBI *per cápita*, tiene el segundo índice más alto de corrupción del continente, está en guerra desde hace casi ocho años y es altamente dependiente de los aportes extranjeros. Sumar a un país así le significa más perjuicio que beneficio a la organización noratlántica. No alcanzaba con saberlo. Rusia quería un compromiso formal, un cambio en la Constitución ucraniana, una garantía a futuro.

A comienzos de febrero, Putin se reunió en Beijing con el presidente chino Xi Jinping. Y, aunque es difícil adivinar qué hablaron a puerta cerrada, es probable que se hayan abordado los planes rusos respecto a Ucrania y las posibilidades de inversión que eso traería para el país asiático. Solo había un punto que el ruso debería respetar: esperar al 20 de febrero, fecha de cierre de los Juegos Olímpicos de Invierno organizados en Beijing. Putin cumplió. Apenas un día más tarde, el lunes 21, anunció el reconocimiento a DNR y LNR como países independientes, tirando por la borda los Acuerdos de Minsk. Es cierto que éstos nunca se habían cumplido, pero al menos servían como un plan de ruta, como una aspiración. A partir de ese día, no hubo más que incertidumbre.

Putin insistió durante años en que occidente no debía cruzar “líneas rojas”, repitiendo una amenaza que nadie creyó, que nadie quiso creer. Pero el 24 de febrero 2022 cumplió. El presidente ruso anunció el inicio de su “operación especial de desmilitarización y desnazificación” de Ucrania. En otras palabras, era el comienzo de una invasión preventiva, como la de George Bush a Irak en 2003: atacar porque se presume un eventual ataque de parte del enemigo. Una estrategia completamente ilegal desde el derecho internacional e injustificable desde el punto de vista humanitario. Rusia dijo que Ucrania atacaría el Donbass e intentaría recuperar Crimea por la fuerza.

Incluso Putin habló de “genocidio” contra las poblaciones étnicamente rusas o rusoparlantes. Sí, claro que hay rusofobia, que sí, es promovida desde el Estado. La retórica

antisoviética se transformó en antirrusa en dos etapas: la primera, durante el gobierno de Yúschenko, de 2005 a 2010; la segunda, a partir del gobierno de Poroshenko, desde 2014. Pero un problema grave de xenofobia y la polarización de identidades consecuencia de la guerra no es lo mismo que un genocidio. Que tan solo el 20% de las cerca de catorce mil víctimas fatales de la guerra sean civiles, prueba que nunca hubo una intención de matanza sistemática contra los habitantes locales.

Algo similar ocurre con el concepto de "desnazificación". Sí, en Ucrania existen grupos neonazis armados, muchos de los cuales forman parte de la Fuerzas Armadas. Probablemente el más famoso de ellos sea el Batallón Azov, con base en Mariupol. Y también aparecen otros grupos que, sin exhibir abiertamente simbología neonazi, representan a la extrema derecha y al ultranacionalismo. La urgencia de Ucrania a comienzos de la guerra, cuando llevaba casi un cuarto de siglo de desinversión en materia de seguridad y defensa, llevó a que el Estado apoyara a estos grupos. Resultaba muy sencillo y conveniente avalar a organizaciones paramilitares que contaran con su propia financiación, armamento, personal y, especialmente, motivación. Pero la Ucrania de 2022 ya no es la misma que la de 2014. Sus Fuerzas Armadas se han incrementado, se ha invertido sostenidamente en la incorporación de nuevos armamentos y nuevas tecnologías y los ocho años de guerra permanente repercutieron en la conformación de un ejército más entrenado. A esto se le suma que el estancamiento de la guerra a partir de 2015 significó una caída en la popularidad de los discursos más nacionalistas. En otras palabras, las agrupaciones de extrema derecha ya no tienen el peso que tenían en 2014.

Por más que sigan teniendo un peso y una influencia preocupantes, estos grupos no tienen la fuerza que Putin les atribuye. Prueba de ello es que tan solo una de las alas políticas de estas agrupaciones forma parte del Parlamento: ocupa un solo escaño. Las ultraderechas de Francia o Alemania tienen mucho más peso.

No importaron las razones o argumentos, ni el diálogo ni los intentos de disuasión, ni las amenazas de sanciones. El Kremlin tenía un plan y solo le restaba que llegara la fecha, que terminaran los Juegos Olímpicos y garantizarse una red de seguridad, el saber que había alguien dispuesto a correr en su ayuda si las sanciones comerciales y financieras resultaban demasiado duras para Rusia. Esa red de seguridad se llamó China. El gigante asiático podría comprar el gas y cualquier otro producto ruso que estuviera bajo sanciones occidentales, y así el gobierno en Moscú no estaría nunca completamente aislado y podría soportar la presión. Sin la garantía de Beijing, probablemente las amenazas de Putin no se hubieran llevado a cabo.

Pero llegó el 24 de febrero de 2022. Los primeros ataques se dieron desde el sur, desde el norte y desde el este sobre grandes ciudades como Kiev y Járkiv, pero también en el propio Donbass. Ucrania atacó Donetsk y las fuerzas de la DNR avanzaron hacia Mariupol. Ahora sí terminaba el estancamiento. Ahora sí, la guerra.

[1] "Religión, Iglesia, Sociedad y Estado: dos años después de Maidán". *Centro Razumkov*, 2018. Recuperado el 19/7/21 de https://web.archive.org/web/20170422181327/http://old.razumkov.org.ua/upload/Religiya_200516_A4.compressed.pdf

XXX. La niebla de la guerra

En Rusia se prohibió el uso de palabras como "invasión" y "guerra" y muchos periodistas de medios estatales renunciaron, entre ellos María Boronova, jefa de redacción de *Russia Today* (RT). Las pequeñas protestas en contra de los ataques a Ucrania en ciudades como Moscú terminaron con miles de detenidos. El apoyo interno a Putin no flaqueó, pero el principio de una escalada bélica inédita e inesperada se tradujo en la imposición de sanciones comerciales por parte de muchos países occidentales. Rusia se alejó más que nunca de la UE y de Estados Unidos. Pero en Donbass muchos vieron los ataques a Ucrania como una salvación, como el fin de la guerra, como la imposición de cierta estabilidad por la fuerza.

Angélica nació en Donetsk, hija de padre colombiano y madre rusa. Es profesora de español en la Universidad Técnica Nacional de Donetsk (DonNTU), en la que alguna vez estudiaron el líder soviético Nikita Jrushchov y el ex presidente ucraniano Yanukovich. Cuando el 21 de febrero Putin anunció el reconocimiento de las repúblicas del Donbass como países independientes, ella sintió felicidad, pero también incertidumbre por el futuro:

> *La situación aquí está intensa en el ambiente. Han sido días muy extraños, ha sido difícil. Tenemos ataques intensos de Ucrania, fuertes bombardeos. De mis conocidos, se han ido unas pocas personas, en general mujeres con niños. Pero casi todos los que conozco siguen aquí. Anunciaron la evacuación y la gente estaba loca, con mucho pánico: eran filas inmensas para sacar dinero de los bancos, para conseguir comida o gasolina. En las calles están reclutando, los soldados están parando a hombres y se los llevan para combatir. Por un lado, estoy alegre porque la situación aquí se ha movido del punto muerto en que ha estado durante ocho años, al fin cambió algo. Pero también estoy con miedo. Lo que más quiero es que no haya muchas pérdidas.*

Tres días más tarde, con el anuncio del inicio de la "operación especial" rusa, empezó una nueva ola de ataques sobre las ciudades del Donbass. Esto no es nuevo para Angélica, de alguna forma está "acostumbrada": "realmente ya no nos sorprende, seguimos viviendo así desde el 2014, cuando empezó esta mierda". Dice que todos los días están bombardeando y que no entiende por qué no muestran esto en las noticias occidentales.

Con el correr de los días, Donetsk se fue vaciando. La mayor parte de los hombres fueron movilizados para combatir, aunque algunos se escondieron en sus casas. Los precios se dispararon, tanto por las sanciones comerciales a Rusia como por la falta de transporte de mercaderías. A una semana del inicio de los ataques, parte de la ciudad estaba sin agua porque un bombardeo destruyó la empresa de distribución. Angélica opina que:

Las personas de Ucrania tienen la vista nublada por cosas que no son reales. Estuve mirando noticias de un canal americano y es cínico, dicen cosas que no son ciertas. Me da mucha rabia. Muchos ucranianos se han peleado con sus amigos y sus familiares que viven aquí. Se está generando un odio increíble y no sé cómo vamos a lograr volver a la normalidad. Pero en este momento todo está más o menos bajo control, gracias a Dios. Mi familia y yo estamos a salvo. Estamos protegidos por Rusia y sé que suena extraño teniendo en cuenta lo que dicen los noticieros, pero es la verdad.

***

Jon, José y Dima han abandonado la región en guerra. Pero Alexis, el colombiano, aún forma parte de las fuerzas de DNR y habla de "liberar" el territorio del Donbass que no está controlado por Donetsk ni por la LNR. "Pronto se verán nuestras banderas en Mariupol", dice. No es una referencia casual: Mariupol es la mayor ciudad de la región que permanecía hasta 2022 bajo control ucraniano, además de ser un importante puerto y la sede del batallón Azov, agrupación abiertamente neonazi. Alexis convoca a voluntarios a sumarse al ejército de la DNR, pero también a periodistas para contrarrestar lo que considera mentiras desde el oeste:

Necesitamos con urgencia a camaradas dispuestos a ayudar con la lucha de la información, los medios occidentales nos están copando con mentiras en la mayoría de los casos fáciles de desmentir a través de fuentes en ruso de personas en el terreno. Necesitamos voluntarios para la traducción y difusión, para mostrar los acontecimientos que se dan en el frente y en las poblaciones cercanas.

Los campos de batalla del siglo XXI se ampliaron y ahora abarcan también a los medios de comunicación y a las redes sociales. Todo es propaganda, todo es verdad, todo es mentira, todo es cuestionable y todo es irrefutable. Como señalaba el militar y teórico Carl von Clausewitz, esa confusión es parte de "la niebla de la guerra". Y la mejor forma de superar la niebla es imponiendo la narrativa propia.

***

Natalia es una muchacha joven y visiblemente optimista, habla un buen castellano y trabaja junto a Angélica en la universidad. Hoy vive en Donetsk, pero en 2014, al inicio de la guerra, intentó irse al oeste de Ucrania junto a su hija y a sus padres. Tras un año de desempleo, decidió volver a su ciudad natal, a su trabajo, a su vida diaria. Para mediados de 2015 la situación en Donbass era más tranquila, los Acuerdos de Minsk habían apaciguado el conflicto y una relativa calma dominaba Donetsk. Hasta aquel día en que Rusia reconoció a la DNR. Natalia no vio pánico, veía gente tranquila en las calles y a ningún soldado ruso. Pero los bombardeos de esa misma semana cambiaron por completo el escenario.

"La situación ahora es grave, nuestra ciudad fue atacada", cuenta Natalia al otro lado de la línea. El acento ruso que decora su castellano se mezcla con un notable dejo de nerviosismo:

Cayeron bombas al mediodía en un barrio céntrico en donde no hay nada militar, solo un hospital grande y tiendas y casas en donde viven civiles. La mayoría de los edificios fueron destruidos. Toda la mañana escuchamos explosiones. No puedo decir con seguridad quién dispara, pero la gente está asustada porque las armas son muy fuertes. Han sucedido cosas muy desagradables, muy terribles. Yo estoy bien, pero lo que pasa me pone triste.

Alexis da por sentado que los bombardeos son ucranianos y que son deliberados. No considera siquiera la posibilidad de un error ruso o de una falla en el armamento. No, son ataques ucranianos y punto. Pero Natalia no está tan segura: "nosotros estamos entre dos fuerzas y no puedo decir de quién eran estas bombas porque todos disparan. Nuestra ciudad es motivo de disputa, ambas fuerzas quieren controlarla. Pudo ser cualquiera."

Donetsk lleva una semana de bombardeos intensos y las consecuencias son cada vez más visibles. Como las universidades están cerradas, Natalia se recluye en su casa y, si hay ataques cercanos, intenta huir hacia otros barrios de la ciudad. Mira por la ventana, intenta proteger a su hija. No hay mucho más para hacer. Tan solo eso y esperar a que los bombardeos cesen.

***

"No puedo dar información, es peligroso", dice Irina, que vive muy cerca de la estación de trenes de Donetsk y a unos tres kilómetros del extinto aeropuerto:

Solo puedo decir que están atacando cada día, no tenemos agua caliente y solo tenemos agua fría por algunas horas. Tenemos problemas con el agua potable. Hay muy poco transporte en la ciudad. No hay buses, casi no hay trolebuses. Y las tiendas están abiertas, pero cierran muy temprano.

No piensa irse, dice que en el oeste ucraniano hay mucha guerra y que Rusia tampoco es un lugar seguro en este momento. Entonces permanece allí, junto a su marido, en el departamento de siempre, cerca de la estación de trenes.

***

Ahora la situación humanitaria vuelve a ser difícil, como en 2014 y 2015, antes de los Acuerdos de Minsk. Parte de la ciudad se ha quedado sin energía eléctrica y las explosiones son constantes y cada vez más cercanas a la céntrica Plaza Lenin. Aun así, Natalia también elige quedarse. No tiene alternativa, más allá del rezo diario para que la guerra acabe y las fronteras se abran. Añora viajar, visitar a sus familiares que viven en Rusia y en Ucrania, conocer gente, pasear. Añora su vida, con la libertad para poder hacer lo que le gusta.

"Nosotros queremos vivir en paz", dice y recuerda que "llevamos ocho años de escuchar disparos por la noche. Es muy difícil, estamos cansados". Pero también insiste en desacreditar a la polarización, a la tan mentada idea de que Rusia y Ucrania son rivales:

Yo no puedo dividir a estos dos países, la mitad de mi familia es ucraniana, la otra mitad es rusa. Y siempre vivimos como hermanos. Para mí es muy difícil pretender estar solo con Ucrania o solo con Rusia. Los dos son parte de algo completo y es muy feo ver cómo ahora estos dos

países son enemigos. Lo más importante es vivir en paz, no conocer la guerra. Eso decían nuestros bisabuelos y nunca entendimos por qué. Ahora entendemos mejor a qué se referían.

Natalia echa un vistazo por la ventana. Al otro lado del vidrio hay oscuridad, pero se escuchan las explosiones a la distancia. Suspira, medita cada palabra que dirá en castellano antes de hablar. Y entonces, como si fuera un nuevo suspiro, con resignación, dice que le gustaría mostrarle el mundo a su hija. “Pero ahora no se puede, ahora no podemos salir”.

XXXI. El submundo

Kiev es una ciudad grande, un acertijo caótico y heterogéneo, un cúmulo de ingredientes sueltos en forma azarosa que no parecen combinar en absoluto. Mil ciudades en una. El río Dniéper, que fluye de norte a sur y parte al medio a Ucrania, la atraviesa y sus costas occidentales, del lado más céntrico de la capital, son barrancos. Hay algunos puntos particularmente turísticos en la cima de estos acantilados desde donde se puede contemplar el río y la gente que vive junto a él desde hace siglos. El Dniéper no es solo de Kiev, pero Kiev sí es del Dniéper. No puede entenderse la estructura ni la identidad de la capital ucraniana sin mirar al río y quizás buena parte de su fortaleza, de su templanza y resiliencia se relacionen justamente con su geografía: una ciudad con un río y acantilados ¿Cómo controlarla, cómo amenazarla?

La invasión rusa tiene el antecedente de la ocupación nazi entre 1941 y 1943, cuando buena parte de la ciudad fue destruida. Pocos años antes, Kiev se fortificó, hubo búnkers, embalses, muros. Pero el Dniéper implicaba un problema: solo había puentes para atravesarlo. Y los puentes podían ser fácilmente destruidos por bombardeos. Por eso Iósif Stalin planificó una serie de túneles ferroviarios secretos y puso a cargo del proyecto a un tal Nikita Jrushchov, quien se convertiría en líder de la URSS en 1953 y hasta 1964.

La construcción comenzó en 1938, en un pantano vacío al norte de la ciudad. El tramo más importante tendría 6,5 kilómetros y estaría a 32 metros de profundidad. Serían dos túneles, uno al norte y uno al sur, tan amplios como para que los atravesaran ferrocarriles con vías desmontables, tanques y camiones suficientes para garantizar provisiones para toda la ciudad en caso de ser sitiada. Para 1940 trabajaban en secreto unas veinte mil personas en un radio de 25 kilómetros. Nadie podía mencionar la palabra “túnel” y en cambio se hablaba de “Objeto”.

El Objeto 1 era la cámara en superficie que permitiría bajar tuneladoras para cavar horizontalmente, evitando que entrara agua. En febrero de 1941 hubo una fuga de aire comprimido dentro del túnel sur provocando que se inundara. No murió nadie pero la tuneladora fue destruida y el encargado, despedido. Las obras secretas recién se retomaron en julio. Pero la Alemania nazi alcanzó Kiev ese mismo mes, pocas semanas después del inicio de la Operación Barbarroja, el plan de Adolf Hitler para invadir la URSS. El proyecto de túneles secretos se postergó y las obras fueron rellenadas con tierra. Apenas se había construido un 10%. Se reinició el proyecto tres años más tarde y aún en guerra, pero finalmente fue abandonado en 1949 por su altísimo costo. Buena parte del material del túnel sur fue utilizado para las estaciones de metro Vokzalnaya e Instituto Politécnico, en el centro de Kiev.

Del proyecto stalinista de túneles secretos bajo el río tan solo sobrevive el Objeto 1: la cámara desde la que se descendería unos 30 metros para comenzar a cavar horizontalmente. Una enorme estructura gris, hueca, abandonada y oscura en medio de un parque costero del barrio de Óbolon. La entrada tapiada al centro de la tierra. El recuerdo de tiempos oscuros

que han regresado y también una lección: el río y su cruce es fundamental para quien busque atacar o defender a la capital ucraniana.

Pero también resultan clave los túneles, como los del metro, tan sorprendentemente profundos. Los trenes atraviesan el río y se adentran en los barrancos que lo bordean, haciendo que algunas estaciones estén a más de 100 metros bajo el nivel del suelo: la diferencia de altura entre el Dniéper y la ciudad.

Ahora que la guerra revive, que Kiev vive sus peores días desde la caída del nazismo, los túneles del metro se han convertido en refugios civiles en donde miles de personas se limitan a esperar. A veces salen a la calle porque no hay otra alternativa, porque hay que conseguir comida, agua, medicamentos. Pero también se vuelve imprescindible salir a respirar y saber que aún hay un mundo allá afuera, por encima de los túneles, que hay viento y nieve y sol. Que aún existe una tierra entre cielos e infiernos. Por más que el submundo del metro se parezca demasiado a los segundos.

El centro de la ciudad es atravesado por la avenida Jreshchátyk, con sus edificios del claro e imponente estilo estalinista, tan glorioso, tan triunfante como los tempranos años cincuenta en las tierras soviéticas, cuando se celebraba la victoria en lo que los rusos aún llaman Gran Guerra Patria. Las décadas siguientes traerían cada vez más dificultades, líderes endebles a los que les faltaba tanta capacidad política como enemigos poderosos. Les faltaban nazis invasores con los que envalentonar a las masas. Y esos edificios, tan pesados, tan cargados, tan estalinistas, simplemente parecían fuera de lugar, como las viejas joyas de la abuela en el hogar del hambriento. Pero Jreshchátyk sigue allí, imponente y luminosa, sede de desfiles, cuna de marchas, de protestas más o menos vanas. Es la sangre, el sudor y las lágrimas de Kiev, el corazón de una ciudad antigua que ha sufrido lo que pocas, aunque no siempre lo recuerde.

Poco antes de descender abruptamente hacia las costas del Dniéper, Jreshchátyk se abre y alcanza la Plaza de la Indepen-dencia, Maidán Nezalezhnosti o simplemente Maidán, el centro neurálgico de Kiev y de Ucrania. La avenida la atraviesa, con lo cual el transeúnte desprevenido se topa de imprevisto con la monumentalidad de la historia, los edificios estalinistas que separan como dedos largos seis calles esparcidas a partir del extremo noroeste de la plaza. El cielo de nubes y el suelo de sangre. En los techos ya no hay francotiradores como en 2014, pero las marcas aún son visibles en paredes, en rostros. Todo sucedió en Maidán, todo comenzó en Maidán: la revolución, la transformación, la guerra, el fin de la Ucrania soviética. La Columna de la Independencia, con su alta figura alada que corona un monumento erigido en 2001, fue punto de referencia durante las protestas de Euromaidán y es punto de referencia durante los bombardeos rusos. Si aparecen fuerzas militares extranjeras junto a esa columna, a 900 metros del Palacio Presidencial y de la sede del Parlamento, significará que la ciudad ha caído.

***

Román ya no vive en Sloviansk, se mudó a Kiev en 2018 y trabaja para una agencia de las Naciones Unidas. Los primeros bombardeos a Ucrania lo obligaron a refugiarse bajo tierra, desde donde comparte algunas imágenes en redes sociales. Sigue tomando fotos, como cuando viajaba al frente de batalla en Donbass casi cada semana. Pero ahora el frente de batalla también está en Kiev: la gran ciudad, la capital nacional, está prácticamente rodeada.

Román habla con un tono que no muestra miedo o siquiera nerviosismo, sino tan solo enojo, una ira explosiva que le ha quitado su hasta hora imperturbable sonrisa. Su buen humor ha sido reemplazado por un sarcasmo feroz. Lo que no ha cambiado es la desfachatez que lo caracteriza y tal vez sea esa peculiaridad la que lo empuje a la calle, a tomar fotos, a posar junto a un letrero callejero que reza "soldado ruso, vete a la mierda".

Dice que es peligroso salir a la calle en Kiev porque los misiles están matando a mucha gente y que esto es responsabilidad de todos los rusos, no solo del gobierno. Ha visto por televisión algunas manifestaciones por la guerra en Moscú y San Petersburgo, vio cómo una pequeña parte de la población rusa protestaba y era detenida por la policía, tal como suele pasar en casi cualquier convocatoria en ese país. Pero no le parece relevante:

> *Al menos la policía rusa no mata a los manifestantes y a nosotros sí nos están matando. Al final del día, me importa una mierda lo peligroso que sea para ellos salir a protestar. Es el gobierno de su país, lo que significa que es su responsabilidad colectiva. Y solo revisando los comentarios en redes sociales se ve mucho apoyo a lo que Rusia está haciendo en Ucrania.*

Agrega que se encuentra bien, relativamente seguro, "tanto como se puede estar en estos días en Kiev".

Mucha gente ha abandonado la ciudad e intenta huir hacia pequeños pueblos rurales, hacia ciudades del extremo occidental de Ucrania o cruzar la frontera hacia las vecinas Polonia, Hungría, Eslovaquia o Rumanía. Estos países, además de ser limítrofes, son miembros de la OTAN, por lo que es muy poco probable que Rusia los ataque y fuerce la intervención de todos los miembros de la alianza. Las rutas y las estaciones de tren están abarrotadas, escasean los alimentos y el combustible. Nieva.

Román ve en redes sociales que Polonia y otros países de la Unión Europea están dificultando el cruce de extranjeros residentes en Ucrania, especialmente aquellos del África subsahariana y árabes. Las imágenes de maltratos policiales parecen muy evidentes, pero él no está de acuerdo:

> *Dejen de difundir la puta narrativa rusa sobre racismo en Ucrania. La evacuación es difícil para todos, la gente está bajo un inmenso estrés. Conozco gente que pasó dos, tres días viajando. Obviamente los hombres extranjeros enfrentan más desafíos y esto es porque el proceso de evacuación prioriza a las mujeres y niños, no porque no sean ucranianos. Dios. Usen su puto cerebro. Estamos al borde de la mayor catástrofe de la historia.*

***

Járkiv es la segunda ciudad más grande de Ucrania, se encuentra a unos 500 kilómetros de Kiev, casi en línea hacia el Este, y cuenta con cerca de un millón y medio de habitantes. Tiene una de las plazas más grandes de Europa: un espacio rectangular seco que se conecta con un sector arbolado rodeado por una calle curva y edificios soviéticos que siguen la línea circular de esa sección. Derzhprom, esos edificios construidos entre 1925 y 1928, son el mayor símbolo de la ciudad, un complejo extraño, irregular y simétrico, fotogénico y curioso.

Pero lo más importante se encuentra al otro lado de la plaza, a unos 600 metros. La gobernación de la Provincia de Járkiv remata una plaza que ahora se llama Libertad pero que

alguna vez llevó el nombre de Félix Dzerzhinski, fundador de la Cheká, la primera agencia de inteligencia soviética y antecesora de la KGB. Claro que, como casi toda plaza soviética, solía contar con un enorme monumento a Lenin. Sus más de 20 metros de altura lo constituían como el segundo mayor monumento de este tipo en Ucrania. Pero, como casi todos, fue derribado en 2014.

Primero hubo intentos para destruirlo en febrero: durante la etapa más cruda de Euromaidán, miembros de Sector Derecho no pudieron derribarlo y terminaron vandalizando este y otros monumentos. Luego tomaron el edificio de la gobernación. Grupos de manifestantes Anti Maidán rodearon el monumento a Lenin durante las siguientes semanas para que no fuera afectado, pero en septiembre hubo un segundo intento, esta vez exitoso aunque originalmente ilegal. Claro que ya no importaban las normativas formales y, pese a que se resistió por algunos meses, el gobierno local terminó avalando todo. Y fin de la historia.

Hasta poco antes de la invasión rusa, ese espacio estaba cubierto por una chapa verde sobre la cual había colocadas fotos de soldados muertos en la Guerra del Donbass, junto a banderas ucranianas y la inscripción "¡Cristo ha resucitado!". La escena la completaban una carpa azul y amarilla instalada frente al edificio de la gobernación y decorada con las frases "Luchad y Venceréis" y "Todo sea por la Victoria". La carpa estaba rodeada de sacos terreros y se exhibían caricaturas del presidente ruso Vladimir Putin caracterizado como Adolf Hitler, entre otras imágenes antirrusas y más fotos de soldados, algunos ya fallecidos, otros aún en Donbass. Había también un pesado misil clavado en la vereda y banderas, muchas banderas ucranianas y de la Unión Europea. Era un centro de reclutamiento en el corazón de la ciudad: buscaban voluntarios para luchar en Donbass.

Pero hoy todo ha cambiado. A comienzos de marzo, un misil de precisión cayó sobre la sede del gobierno regional en Járkiv. Los alrededores de la plaza Independencia fueron bombardeados y aquellos primeros ataques dejaron cuatro muertos, además de un centro urbano en ruinas. El Ministro de Defensa ruso, Serguéi Shoigú, dijo entonces que Ucrania escondía armamento en zonas civiles, que estaba "obligando" a las tropas de Moscú a atacar. Una forma poco sutil de responsabilizar a las víctimas.

Al igual que el de Kiev, el metro de Járkiv es extenso y profundo, exhibe una estética completamente soviética, colorida, llena de referencias a trabajadores, campesinos, soldados victoriosos y otros personajes clásicos de la mitología comunista. En todas las estaciones está estrictamente prohibido tomar fotos y se respeta a rajatabla: cuando alguien intenta hacerlo, aparece de la nada algún guarda, policía o pasajero para bajar la cámara de manera firme y algo agresiva. Y es que las estaciones están preparadas para ser utilizadas como bunker en caso de bombardeos, algo muy común en la URSS. Sin embargo, ni en Kiev, ni en Moscú o San Petersburgo son tan estrictos con las fotografías. Hoy los túneles son el refugio de miles.

***

Quizás lo más importante esté sucediendo en Mariupol, a donde las fuerzas de DNR han puesto la mira. En el momento de escribir estas letras, la ciudad está rodeada y parece a punto de caer. Sasha, aquel productor de documentales cortos para Internet y televisión que habla muy bien castellano, ha abandonado la ciudad. Tuvo que huir y ahora se refugia a unos 200 kilómetros. Al igual que Irina, en Donetsk, él tampoco quiere dar mayor

información, ni sobre su paradero ni sobre su vida diaria. No lo considera seguro:

> *Es una guerra terrible, nos bombardean todo el tiempo, hay muchas fatalidades, las ciudades asediadas sin electricidad, ni agua ni medicamentos. Bombardean todo, hospitales, escuelas, casas, incluso el memorial del genocidio de los judíos en Kiev.*

Hasta el comienzo de los bombardeos, durante los meses de escalada de tensión con movilización de tropas rusas, Sasha ofrecía entrevistas con frecuencia, en inglés o en castellano. Pero ahora ya no. No tiene tiempo. Se dedica a trabajos voluntarios, a ayudar a refugiados y desplazados internos:

> *La situación es muy grave y en este momento estamos más interesados en eventos de solidaridad como los que muestran nuestras películas, así podemos recaudar dinero y seguir colaborando. Una entrevista en radio o en televisión ahora no ayuda mucho.*

Sasha responde al chat en castellano, con una velocidad inusitada y muchos signos de exclamación. Pide ayuda y dice que no entiende por qué Rusia ataca Ucrania o qué pretenden los partidarios de Putin: “esperamos que esta sea la última guerra imperialista en este pobre planeta”.

¡Gracias por llegar hasta aquí y hasta la vista!